

EL COJO ILUSTRADO

AÑO VIII

15 DE MARZO DE 1899

Nº 174

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

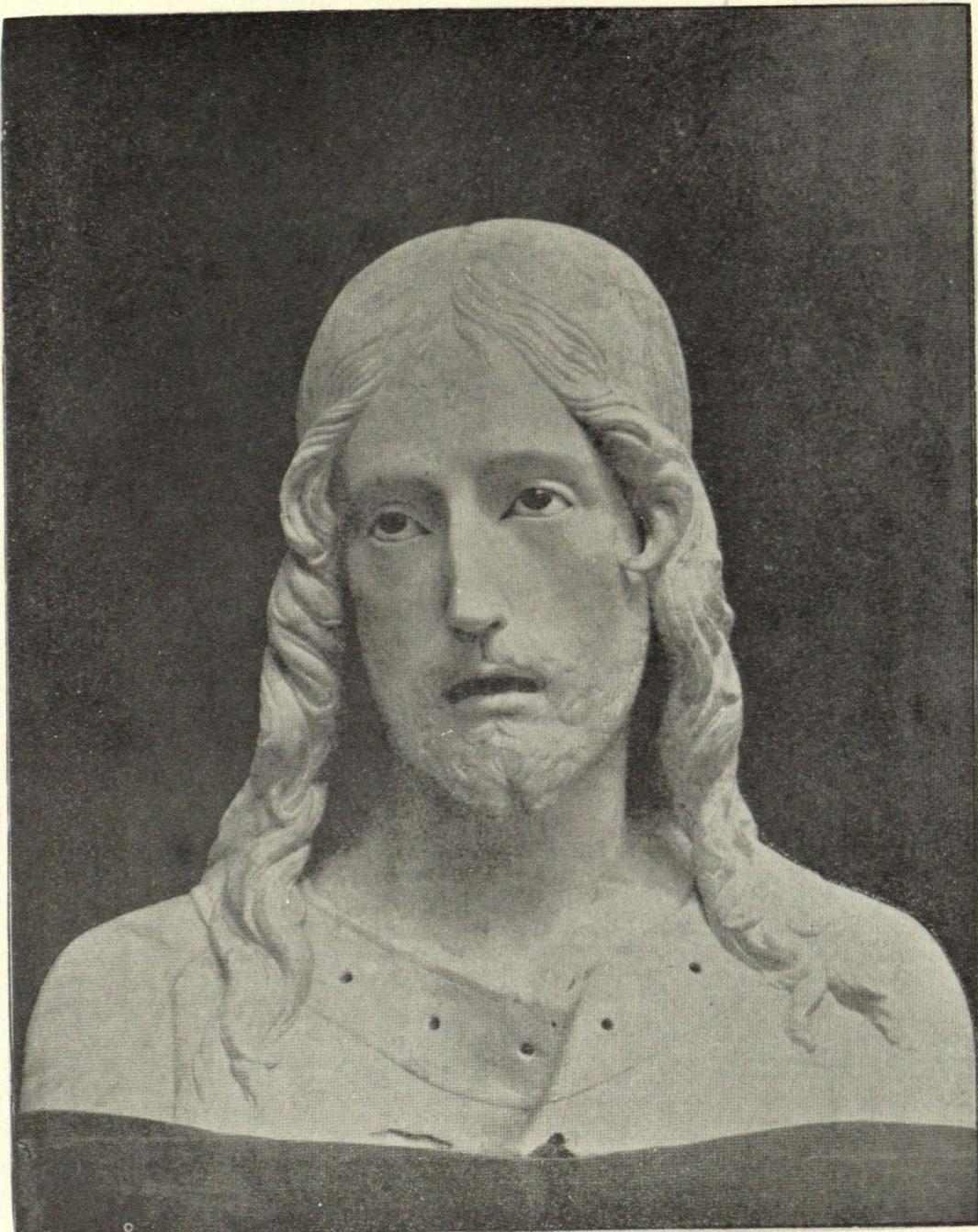
EDICION QUINCENAL

DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



EL CRISTO DE LOS OJOS AZULES

(Recientemente descubierto; y comprado por el Embajador de Rusia en Madrid) — (Se atribuye a Miguel Angel)

LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

SEGÚN EL EVANGELIO DE SAN JUAN

CAPÍTULOS 18 Y 19



N aquel tiempo salió Jesús con sus discípulos á otra parte del torrente de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró él y sus discípulos. Y Judas que le entregaba, sabía también aquel lugar, porque Jesús había ido allí muchas veces con sus discípulos. Judas, pues, habiendo tomado tropa y los ministros que le enviaron los pontífices y los fariseos, fué allá con linternas, con hachas y con armas. Mas Jesús, sabiendo todo lo que le había de suceder, se adelantó y les dijo: † ¿A quién buscáis? Respondieron: A Jesús Nazareno. Dicenles Jesús: † Yo soy. Estaba también con ellos Judas, el que le entregaba. Luego, pues, que Jesús les dijo "Yo soy," volvieron atrás y cayeron en tierra. Volvióles, pues, á preguntar: † ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús Nazareno. Respondió Jesús: † Os he dicho que yo soy. Si me buscáis, pues, á mí, dejad ir á éstos. Para que se cumpliese la palabra que había dicho: "De los que me entregaste, ninguno de ellos perdi." Mas Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó é hirió á un criado del pontífice, y le cortó la oreja derecha. Y el criado se llamaba Marco. Dijo entonces Jesús á Pedro: † Mete tu espada en la vaina; no he de beber el cáliz que me dio el Padre? Entonces los soldados, el tribuno y los ministros de los judíos prendieron á Jesús y lo ataron, y le llevaron primero á casa de Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era pontífice aquel año. Y Caifás era el que había dado el consejo á los judíos, que era necesario que un hombre muriese por el pueblo. Iba Simón Pedro y otro discípulo siguiendo á Jesús. Aquel discípulo era conocido del pontífice, y entró con Jesús en el atrio del pontífice. Mas Pedro quedó fuera, á la puerta. Y salió aquel discípulo que era conocido del pontífice, y habló á la portera, é hizo entrar á Pedro. Mas la criada portera dijo á Pedro: ¿Eres tú, por ventura, también de los discípulos de ese hombre? Él respondió: No lo soy. Los criados y los ministros estaban al fuego, y se calentaban porque hacía frío; y Pedro estaba también en pie con ellos calentándose. El pontífice, pues, preguntó á Jesús por sus discípulos y doctrina. Jesús le respondió: † Yo he hablado al mundo públicamente: yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se juntan todos los judíos, y nada he hablado ocultamente. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que han oído lo que les he hablado, que ellos saben lo que he dicho. Apenas dijo esto, cuando uno de los ministros que estaban allí dio una bofetada á Jesús, diciendo: ¿Así respondes al pontífice? Respondióle Jesús: † Si he hablado mal, muestra en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me hieres? Y Anás le envió atado al pontífice Caifás. Estaba, pues, Simón Pedro en pie calentándose, y le dijeron: ¿Acaso eres tú también de sus discípulos? Él lo negó y dijo: No lo soy. Uno de los criados del pontífice, pariente de aquel á quien Pedro cortó la oreja, le dijo: ¿Por ventura no te vi yo en el huerto con él? Mas Pedro lo negó otra vez, y en el mismo punto cantó el gallo. Condujeron, pues, á Jesús desde la casa de Caifás al pretorio. Y esto era por la mañana; y ellos no entraron en el pretorio por no contaminarse y por poder comer el cordero pascual. Salió entonces Pilato fuera á ellos, y dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Ellos le respondieron y dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te le hubiéramos traído. Dijole entonces Pilato: Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley. Mas los judíos le respondieron: A nosotros no nos es lícito quitar la vida á nadie. Para que se cumpliese la palabra que había dicho Jesús, cuando dio á entender de qué muerte había de morir. Entró, pues, otra vez Pilato en el pretorio, y habiendo llamado á Jesús, le dijo: ¿Eres tú Rey de los judíos? Jesús le respondió: † Dices tú eso de tí mismo, ó te lo han dicho otros de mí? Pilato le replicó: ¿Acaso soy yo judío? Tu nación y los pontífices te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho? Respondió Jesús: † Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis ministros, sin duda, pelearían para que no fuese yo entregado á los judíos: mas mi reino no es de aquí. Dijole entonces Pilato: ¿Según esto, tú eres Rey? Respondió Jesús: † Tú dices que soy yo rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio á la verdad. Todo aquél que es de la verdad, escucha mi voz. Dicenle Pilato: ¿Qué cosa es verdad? Y dicho esto, volvió de nuevo á los judíos y diceles: Yo no hallo en él ningún delito. Mas vosotros tenéis por costumbre que yo os suelte uno en la Pascua: ¿queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos? Entonces gritaron todos de nuevo diciendo: No á éste, sino á Barrabás. Barrabás era un ladrón. Pilato, pues, tomó entonces á Jesús y le hizo azotar. Y los soldados, entretejiendo una corona de espinas, á Jesús y le hizo azotar. Y los soldados, entretejiendo una corona de espinas, á Jesús y le pusieron sobre la cabeza y le pusieron un vestido de púrpura. Y se acer-

caban á él y le decían: Dios te salve, Rey de los judíos. Y le daban de bofetadas. Pilato, pues, salió otra vez fuera y les dijo: Hé aquí, os le traigo fuera para que sepáis que no hallo en él ningún delito. Y salió Jesús fuera, llevando la corona de espinas y el vestido de púrpura. Y diceles Pilato: Ved aquí el hombre. Y como le vieron los pontífices y los ministros, daban voces diciendo: "Crucifícale! ¡Crucifícale!" Diceles Pilato: Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo no hallo en él delito. Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se ha hecho hijo de Dios. Pues como Pilato oyó estas palabras, se intimidó más, y entró otra vez en el pretorio y preguntó á Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le respondió. Entonces Pilato le dijo: ¿Qué, no me respondes? ¿no sabes que tengo poder para crucificarte y que tengo poder para librarte? Respondió Jesús: No tendrías sobre mí ningún poder si no te hubiera sido dado de arriba. Por tanto, el que me ha entregado á tí tiene mayor pecado. Desde entonces buscaba Pilato algún medio para librarme. Mas los judíos gritaban diciendo: Si dejas libre á éste, no eres amigo de César: porque todo aquél que se hace rey, se declara contra César. Pilato, pues, habiendo oido estas razones, sacó fuera á Jesús y se sentó en su tribunal, en el lugar que se llama Lithostrotos, y en hebreo Gabbatha. Y era la Paraseve de la Pascua, y como la hora sexta, y dijo á los judíos: Ved aquí vuestro Rey. Mas ellos gritaban: "¡Quita, quita, crucifícale!" Diceles Pilato: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los pontífices de los sacerdotes. No tenemos más rey que á César. Entonces se le entregó para que le crucificasen. Y tomando á Jesús, le llevaron. Y él, llevando su cruz, se encaminó hacia el lugar llamado de la Calavera, y en hebreo Golgotha, donde le crucificaron, y con él á otros dos de una parte y de otra, y á Jesús en medio. Pilato escribió también un título, el cual hizo poner sobre la cruz, y el escrito era: "Jesús Nazareno, Rey de los judíos." Y muchos de los judíos leyeron este título, porque el lugar donde crucificaron á Jesús estaba cerca de la ciudad, y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Y decían á Pilato los pontífices de los judíos: No escribas Rey de los judíos, sino que él dijo: "Rey soy de los judíos." Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito. Los soldados, después de haberle crucificado, tomaron sus vestidos (y los dividieron en cuatro partes, una para cada soldado) y la túnica. Esta no tenía costura, sino que toda era tejida de alto á bajo. Por lo cual dijeron entre sí: No la partamos: más echémosla á suerte á quien toque. Para que se cumpliese la Escritura, que dice: "Repartieron mis vestidos entre sí, y sobre mi túnica echaron suertes." Y esto fue lo que hicieron los soldados. Y estaban junto á la cruz de Jesús, su Madre, y la hermana de su Madre María de Cleophas, y María Magdalena. Y como vio Jesús á su Madre y junto á ella el discípulo que amaba, dice á su Madre: † Mujer, hé ahí tu hijo. Despues dice al discípulo: † Hé ahí tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió consigo. Despues de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: † Sed tengo. Estaba allí puesto un vaso lleno de vinagre, y ellos empaparon una esponja, la revolvieron á una vara de hisopo y se la aplicaron á la boca. Y luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: † Cumplido está. É inclinada la cabeza, entregó el espíritu. Mas los judíos (por cuanto era la Paraseve) para que los cuerpos no quedasen en la cruz el sábado (porque era muy solemne aquel día de sábado), rogaron á Pilato que les rompiesen las piernas y que los quitasen. Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero y al otro que había sido crucificado con él. Mas como vinieron á Jesús, viéndole ya muerto no le rompieron las piernas. Mas uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua. Y el que lo vio dio testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad; para que vosotros también creáis. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: "No quebrantaráis ninguno de sus huesos." Y también otra Escritura dice: "Verán al que traspasaron." Despues de esto José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque oculto por temor de los judíos, rogó á Pilato que le permitiese quitar el cuerpo de Jesús, y Pilato se lo permitió. Vino, pues, y quitó el cuerpo de Jesús. Vino también Nicodemo, el que la primera vez había ido á buscar á Jesús de noche, trayendo una confección como de cien libras de mirra y de aloé. Y tomaron el cuerpo de Jesús y le volvieron en lienzos con aromas, como los judíos acostumbraban enterrar. Había un huerto en el lugar donde había sido crucificado, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. Allí, pues, por causa de la Paraseve de los judíos, porque aquel sepulcro estaba cerca, depositaron á Jesús.



JESÚS Y MARÍA Y MARTA. — Cuadro de R. Eichstädt

liza esta misión, y ello sucede cuando esa fortuna cae en manos de herederos indiferentes ó disipadores.

Pero las cosas no deben juzgarse por el abuso que pueda hacerse de ellas, y la influencia económica de la gran fortuna y la eficacia de su producción sobrepasan con mucho los escándalos de la prodigalidad.

En cuanto á aquellos que, sin caer en la disipación, ó mal uso de las riquezas tratan de hacer mérito de la ociosidad y del lujo, no hay duda que no tienen que admirar, pero tampoco se les debe condenar tan duramente como se hace. Muchos de ellos (smarts) contribuyen indirectamente, á veces inconscientemente, al desarrollo social.

Por poco gusto que tengan de las artes, las ciencias, la literatura, los viajes, tienen no obstante cierto refinamiento intelectual, sin el cual es difícil concebir una sociedad verdaderamente culta.

El lujo mismo, tan condenado siempre, merecerá todos los anatemas prodigados por los moralistas?

El lujo insolente y mórbido sí; el que se complace en hacer gala de desproporción entre las materias y el trabajo con el destino del objeto, y da preferencia intencional á los artículos efímeros sobre los duraderos.

Pero debe excusarse y hasta aprobarse el gusto delicado por los muebles elegantes, por la habitación amplia y estética, por las telas finas, por las obras de arte, por las flores, las frutas raras.

No debe olvidarse que el introductor de muchos progresos de la higiene ha sido el lujo, en las personas, en las habitaciones, en el perfeccionamiento de los productos naturales; y finalmente el lujo inteligente sostiene mil industrias que ofrecen á los obreros, principalmente á las mujeres, trabajos menos rudos y penosos, mejor remunerados que las arduas labores primitivas.

Hasta el *sport* de la gente opulenta suscita mejoras económicas generales.

Por más que se critiquen las carreras de caballos, por ejemplo, y á pesar de los resultados funestos que ellas tienen, ello no ha impedido que la raza caballar se haya refinado y mejorado notablemente.

Ha sido precisamente el ansia de diversión de esos desocupados ó ociosos lo que ha hecho conocer esos dos instrumentos perfeccionados de locomoción moderna, el uno ya completamente generalizado, la bicicleta, el otro que también lo será pronto el automóvil.

Estos dos elegantes modos de transporte, nacidos en medios elegantes, están llamados á efectuar una verdadera y pacífica revolución en favor de las clases obreras, á los que permitirá unir, por la velocidad de la traslación, el trabajo en el centro de las grandes ciudades á la residencia en los campos.

En Francia, por ejemplo, el *sport* del *yachting* contribuye á mantener el gusto por las cosas marítimas y á sostener cierto personal de marineros en servicio, hoy que la marina francesa tiende á decaer.

No debe pues juzgarse con severidad implacable y tanto rigor esas prácticas elegantes, inofensivas y á veces indirectamente útiles.

El verdadero filósofo, el que considera las cosas humanas bajo todos sus aspectos y no tiene la parcialidad de censurarlo todo, debe tener indulgencia para ciertas prácticas de lujo.

Por lo demás, bien sabido es que esos ricos ociosos no son los que forman las grandes fortunas, sino todo lo contrario, es muy raro que sepan conservar esas riquezas heredadas, durante mucho tiempo.

La baja del interés, las dificultades de colocación para el capital, la insuficiencia económica acaban por decrecerla; hasta que gradualmente van siendo reemplazados en su situación social por esos espíritus, aler-

tas siempre á todo progreso en la producción y que acumulando sin cesar esfuerzo sobre esfuerzo, llegan, para bien de la sociedad á constituir nuevas fortunas.

De esos hombres, que la evolución natural de la sociedad coloca en las cimas altas de la industria y el comercio, y confía la dirección general económica, ninguna nación tiene bastante número de ellos; pues es á favor de ellos que un pueblo progrese económicamente y se hace más activo, ingenioso y próspero.

ELIAS TORO.

DE LA TIERRA AL CIELO



A conocí cuando tenía más de setenta años. Era doña Eduvigis una viejecita muy arrugadilla y apergaminada, pero muy pulera y muy decidora. Jamás se vio una mancha en sus vestidos, y á pesar de su genio alegre y dicharachero, nunca mancharon su lengua la murmuración ni el sarcasmo. Era, en suma, limpia de cuerpo y limpia de alma, vieja por fuera é infantil por dentro, devota sin llegar á beata, generosa sin caer en pródiga, y sana de corazón, como lo demostraba su entusiasmo por los niños. Solterona impenitente—no sé si por propio propósito ó por desvío ajeno,—en cuanto veía un niño se llenaba su alma de maternidad; que de otro modo no sabría yo cómo expresarlo. Relucían sus ojos con claridades de cariño, se endulzaba su voz con maternales acentos, y hasta sus miserias arrugas cobraban esa dignidad que tienen las arrugas que hemos visto en los rostros de nuestras madres. Doña Eduvigis, como todos la llamaban en el barrio, sin añadir apellido ni despegar nunca el nombre del respetuoso tratamiento, era, en fin, una viejecilla muy simpática, que adoraba los niños y el agua fresca, y conseguía la estima y el afecto de cuantos la trataban.

Pues á pesar de tan excelentes cualidades, la pobre doña Eduvigis se murió tranquila y limpiamente, sin que la administraran potingues ni le aplicasen emplastos; se murió de pronto, después de haber bebido un vaso de agua como para despedirse de lo mejor que hay en el mundo, ó por lo menos de lo que ella tenía en más estimación y había hecho uso más frecuente durante toda su larga existencia. Y cuando llegó al cielo la noticia de la muerte de doña Eduvigis, dijo San Pedro:

—A esa buena señora no hay que mandarle un ángel que la acompañe hasta aquí, pues de seguro que se sabe el camino.

Y como por entonces tenía muchas cosas de que ocuparse el celestial portero, no volvió á pensar en doña Eduvigis.

Efectivamente; la simpática viejecilla, desvalida de ángel que la guiará, subía por las regiones etéreas sin dudas ni apresuramientos, sin asombros ni temores, rezando y hasta tosiendo discretamente entre oración y oración como en el mundo solía. Pasado bastante tiempo, San Pedro, que se acordó repentinamente de ella, le preguntó al ángel que hacia la guardia en el cielo:

—¿Ha llegado ya doña Eduvigis?

—No, señor, le respondió inclinándose el ángel.

—¡Es extraño! Aunque bien considerado, á su edad todos los caminos son largos. En fin, en cuanto llegue, abre la puerta y ven á decírmelo para que se lo avise al Señor.

Transcurrió otra largo lapso de tiempo y San Pedro, ya impaciente, volvió á preguntar:

—Pero no ha llegado todavía doña Eduvigis?

—No, señor; todavía no ha llegado.

—Pues por dónde andará esa alma de Dios? ¿A que se nos ha metido en el Purgatorio? Ea, asómate un poco á ver si la distingues por el camino. ¡Esto de que no haya de poder un santo fiarse ni de su sombra! ¡La ves ya?

—Nada veo.

—¡Cerrojos! Esto ya pasa de la raya. Voy á contárselo al Señor.

Y llegando San Pedro á su augusta presencia, dijo:

—Señor, que se nos ha perdido un alma!

—Muchas se nos pierden, Pedro, en los caminos del mundo.

—Pero si ésta se nos ha perdido en el cielo!

—¿Crees que la tentación no acecha á los hombres aun en ese mismo camino?

—Pero si lo que se nos ha perdido era una viejecilla incapaz de pecar! ¡La buena de doña Eduvigis, que no tenía, salvo el amor divino, otro amor que el de las criaturas y el agua fresca! . . .

—Pues bien, búscala, Pedro, que ella parecerá.

—Al Purgatorio iré, Señor, á buscarla, porque en él debió meterse por equivocación.

Y después de inclinarse tres veces ante el trono de Dios, salió del cielo San Pedro camino del Purgatorio.

La jornada no es larga y el camino es bueno. Todo él se reduce á un hermosísimo puente de un solo arco que arranca de las puertas del Purgatorio y remata en las mismas puertas del cielo. Lo construyó la Esperanza; su fábrica es hermosísima. En el Purgatorio fue acogido San Pedro con aclamaciones de la más intensa alegría. ¡Cómo le miraban á las llaves todos los que allí esperaban la remisión de sus culpas!

—¿Ha venido por aquí una viejecilla muy limpia y muy alegre que se llama doña Eduvigis? preguntaba San Pedro.

—No, señor, le respondían. Aquí no ha entrado nadie que esté tan limpio como ella, ni tan alegre tampoco.

San Pedro, no fiándose de tales respuestas, revolvió todo el Purgatorio, mandando apagar un instante las gigantescas llamas para que la viejecilla no pudiera quedar oculta entre ellas; pero no la vio, á pesar de tantas precauciones y pesquisas. Decididamente no estaba allí.

—Buena la hice yo por no mandarla el ángel! repetía apesadumbrado el apóstol, mientras los abrasados pecadores le decían:

—¿Por qué no manda usted apagar otro poquito las llamas, para que la busquemos mejor?

—En suma, Señor, que doña Eduvigis no parece! exclamó San Pedro llegando de vuelta del Purgatorio á la presencia de Dios.

—No dices, Pedro, que le gustaban tanto los niños y el agua fresca?

—Si, señor; un verdadero delirio.



LA MAGDALENA. — Cuadro de Otto Lingner

—¿Hay algún manantial en el camino del cielo?

—Que yo sepa, no hay ninguno.

—¿Manantial de agua, ó manantial de cariño?....

—Nada, no Señor; no recuerdo que haya camino del cielo más que el Limbo; ¿pero a qué persona de edad se le va a ocurrir meterse allí?

Una inefable sonrisa vistió los divinos labios, y después el Señor dijo:

—Búscala en el Limbo, Pedro, que ese es el manantial.

..

Y efectivamente: apenas abrió San Pedro las débiles puertas del Limbo, menos resistentes aún que las de un aprisco de ovejas, oyó entre las infantiles carcajadas de las innumerables criaturas albergadas allí una voz gangosa que decía:

—Ahora jugaremos un rato a las tabas, y otro rato a escondernos luégo.

San Pedro no volvía de su asombro. ¡Una persona de edad como doña Eduvigis, que tenía un puésto tan digno y respetable en el cielo, jugando a las tabas con las criaturas del Limbo!

—Pero señora!.... le dijo apenas la divisó.

Y no pudo decir mas.

¡Cómo estaba doña Eduvigis! ¡Ella, que jamás había tenido una mancha en su vestido, bueno se lo habían puesto los inocentes!

Pringue de caramelos, manchones de babas, ¡un verdadero horror! ¡Y qué especie de felicidad resplandecía en su rostro! en su rostro, que corriendo igual suerte que el vestido, conservaba profundas huellas de los infantiles labios que estamparon sus besos en él.

—Pero, señora, repitió con nuevo alieno al apóstol apartando dos ó tres criaturas de las que rodeaban a doña Eduvigis, ¿de parece á usted esto bien? ¡Cree usted ni medio regular siquiera que mientras la busco á usted por todas partes y voy por su causa con embajadas al Señor, se nos esté aquí jugando a las tabas con estos mamonecillos? Ea, levántese usted, y vámmonos resando un rosario por el camino al cielo.

—Al cielo! respondió toda confusa doña Eduvigis. ¡Pero no es éste el cielo!

—Qué ha de ser, señora, qué ha de ser!

—Pues qué es esto? preguntó la infeliz solterona mirando con maternal afán a todas las criaturas, que estaban acobardadas á su alrededor.

—Esto, señora, es el Limbo. ¡De dónde ha sacado usted que pudiera ser el cielo?

Doña Eduvigis se puso primero muy encarnada, después dobló la cabeza, y respondió con voz muy queda y temblorosa:

—Crey que era el cielo por que aquí me llamaban madre.

San Pedro, pescador al fin de hombres, comprendió la inmensa copia de cariño maternal, oculta y estéril tanto tiempo en el alma de la solterona, y enmudeció.

Y cuando salian del Limbo, entre las lamentaciones de las criaturas, que agarrándose á las faldas de doña Eduvigis le decían con cariñosas y suplicantes voces: “Madre no te vayas!”, en los ojos de la viejecilla temblaba una lágrima, esa hermosa lágrima que tiembla en los ojos de todas las madres que se van al cielo.

JOSÉ DE ROURE.

EMILIO BOBADILLA

(CRÍTICO)



As de una vez ha llegado á mis oídos la peregrina ocurrencia de que Emilio Bobadilla, el saleroso crítico de Cuba, no tiene pizca de talento. Y no se crea que la he escuchado de los belfos de cualquier horriollo de carga ó de carreta, sino de los autorizados labios de gentes de esas que se permiten el lujo de gastar mucho renombre en el mundo de las letras. Aseguran, además, que es un ignorante, un envidioso, un egoísta.....; y eche usted enormidades á diestro y á siniestro, ya que el tonel no tiene fondo! En suma, que le improperan y contunden hasta dejarle hecho una miseria.

Los que aquí hablan de Bobadilla atrocidades, que son pocos, han leído sus obras á retazos, y no se han fijado en la legitimidad de sus censuras, sino en la manera chispeante con que están escritas. Los que niegan el talento, se fundan en que no hace períodos oratorios harto enrevesados, largos de á página, difusos á fuerza de incidencias, con mucho lirismo en las entrañas y bastantes cascabeles por la orilla. Los que aseguran que es un ignorante como cualquier gacetillero-de villorrio, es porque se atienen á lo que contra él vocean aquellos que le profesan tirria ó ojeriza; ó porque echan de menos en lo poco que han leído de sus críticas la magistral pedantería con que ciertos ciudadanos disertan en voz gorda acerca de cualquier utilidad que no vale la pena del discurso. Y los que dicen que es un envidioso empedernido, són los que creen á pies juntillas que Cañete es el mejor crítico de España, porque llama alto poeta á cualquier adocenado versificador hispano-americano.

Lo cierto es que, aunque se lo nieguen apenas por capricho ó por maldad, Bobadilla tiene talento que le sobra, y de ello puede convencerse el que desde luégo quiera, leyendo los libros que hasta ahora ha publicado. Y no es que el hábito haga al monje, ó que el talento del donoso crítico se saque por lo grueso de su equipaje literario, que bien pudiera estar hidrópico de lugares comunes, de perogrulladas y sandeces; sino que Bobadilla escribe muy sabroso, posee un gusto literario que ya se lo quisieran muchos para sí, discurre generalmente con acierto, entiendo de lo bello como pocos, y sabe poner los picos de la pluma en los defectos que caen bajo la luz de su mirada.

De ignorante no tiene ni una chispa. No sabe más, porque es muy joven, á lo cual se agrega que no todos los hombres poseen la memoria prodigiosa y el extraordinario talento de asimilación de Menéndez Pelayo. En los libros de Bobadilla se conoce que él ha leído mucho, que ha estudiado con ahínco, que la lectura y los estudios le han aprovechado, y que el criterio que posee ha vivido siempre sobre aviso para que nadie le sorprenda con exageraciones. Y vaya otro distingo en este punto. La ilustración de un escritor no se conoce en la abundancia de citas que verifica para robustecer sus opiniones, sino en la discreción con que las hace, de manera que las contradicciones no le resulten de continuo en el desenvolvimiento del discurso, y que en las ideas que profesa reine por contado la unidad.

Lo que más gusta en Bobadilla es la independencia de criterio y los bríos soberanos con que escribe. Donde quiera que la encuentra, rinde culto fervoroso á la belleza, y ni se deja avasallar por los exclusivismos de esta ó aquella escuela literaria, ni permanece

tampoco indiferente á los reclamos del progreso. La timidez no le detiene para expresar sus opiniones, y como sabe que su retaguardia es poderosa, ó lo que es lo mismo, que sus fuerzas no son las de ningún anémico, llama á las cosas por su nombre y juzga con arreglo á los preceptos del buen gusto. Con ningún autor se casa á ciegas, ni opina como los demás opinan sino cuando los ve ó cree verlos en lo cierto, ni se atiene á las pasiones de nadie para reconocer los méritos ajenos, ni gusta de las intransigencias temerarias. Al escritor que tiene *peros*, se los muestra; pero si ha hecho algo que merezca la pena del elogio, lo confiesa con la mayor sinceridad y buena fe. Los versos de Menéndez Pelayo, por ejemplo, no le gustan, porque les falta el fuego de la inspiración y la gracia de la espontaneidad; en cambio, se hace lengua de la opulenta prosa de tan eminente literato, y se queda lleno de admiración y asombro ante las profundidades de su crítica. Todo lo cual no quita que á las veces le ponga vendas en los ojos el entusiasmo con que profesa sus ideas políticas y filosóficas netamente radicales, y que por afianzarse en ellas para emitir el juicio de una obra, antes que en las bellezas de la forma literaria, que es el arte, caiga de lleno en el resabio de la intolerancia. “El verdadero objeto del arte es expresar lo bello,” escribió Hegel; por consiguiente, la crítica literaria es una cosa, y otra la simple polémica de ideas.

A Bobadilla se le puede tildar de sobrio en sus apreciaciones, sobre todo, cuando trata de asuntos de cierta profundidad y trascendencia, de los que necesitan dialéctica nutrida y gran copia de argumentación robusta. Apenas los desflora; pasa por sobre ellos como si caminara por sobre ardientes ascuas, y para impugnarlos se contenta en ocasiones con la opinión de otro escritor, que muchas veces resulta completamente equivocado. Lo demás se encarga el lector de sacarlo á flor de agua por el método inductivo. Hay materias en que el crítico, á riesgo de no poner las cosas en su punto, tiene la obligación de ahondar y de extenderse para que sus escritos aprovechen. El crítico es un maestro que, en no pocas ocasiones, ha menester decir las cosas harto claras, bien razonadas y con apoyo suficiente, á fin de que los ignorantes, que son muchos por desgracia, saquen de sus lecciones buen partido. Las medias palabras no persuaden, y los chistes, cuando se da en la flor de los chistes, sirven para que la gente ría; pero ni enseñan ni convencen.

El estilo de Bobadilla es harto fácil, muy sencillo y un si es no es descolorido, pero insinuante en grado sumo, riquísimo de veces, desenfadado y delicioso. La nota que en dicho estilo predomina es la espontaneidad: se adivina que la pluma ha corrido sobre las cuartillas sin encontrar ninguna clase de tropezos, y por dondequiera que se abre un libro del escritor donoso, chorrean las páginas ingenio y buen humor en vistosísimo derroche. Esto sin contar con los párrafos de verdadera poesía, olorosa como una cepa de violetas, que de tarde en cuando lucen en medio de los chistes y las sátiras. La corrección no brilla por su ausencia en la dialéctica zumbona de Emilio Bobadilla, los adjetivos innecesarios escasean, la encantadora facilidad de los períodos le arrulla á uno como el isócrono rumor de un chorro de agua cristalina, y la gracia que charlotea por las páginas le hace desternillarse de la risa. Lástima es que á las veces se deje dominar el escritor por las numerosas incidencias que le ocurren, y que por menudear los chistes con verdadera indiscreción, llene el discurso de paréntesis inoportunos, y obligue al infeliz lector á caminar de salto en trompicon. A esto se agrega que Bobadilla como que se preocupa poco, ó casi nada, de las



JESÚS Y SAN JOSÉ. — Cuadro de Zimmermann

anfibologías que puedan resultarle al escribir. Verdad es que las corrige con una frase asaz intencional que siempre encaja dentro de un paréntesis; pero al fin y al cabo choca la resobada muletilla. Tal que otra vez puede pasar hasta por gracia del ingenio; mas en cuanto el recurso se prodiga, no sirve para otra cosa que quitarle á la dicción buena pieza de desenfado y eufonía.

Bobadilla es un hombre de combate, y gue rra por su bandera con tenacidad rayana en heroísmo. La crítica es su campo de pelea, la sátiра su arma, el buen gusto su ideal. Contra quién lucha con tan resuelta bizarriá? Contra los versificadores que no tienen nada de poetas, contra los oradores palabrerros, contra los novelistas de trampa, conspiración, trastienda, chisme, embrollo y efectismo. Nadie como él para derribar de un solo empuje una fortaleza vetusta, asentada sobre crímenes, llena de las injurias de los tiempos, con mucha yedra en los ruinosos muros, y con mucha grímpola destefida en las almenas. Sólo que Bobadilla no es más que un guerrillero, pero un guerrillero tenaz que con el tiempo ostentará sobre los hombros las charreteras de General con gruesos canelones. Su crítica no es la de Sainte-Beuve en Francia, la de Macaulay en Inglaterra, la de Menéndez Pelayo en España, la de Caro en Colombia; sino una crítica ligera, no nada minuciosa, ilustrada en cierta forma, que expone los efectos sin desentrañar las

causas, y que para juzgar á un escritor se contenta con fijarse en los rasgos más salientes de su individualidad literaria. ¿Es fácil suponer, acaso, que Bobadilla cambie con los años? No tendría nada de extraño, porque así empezaron muchos que yá hoy, sin perder ni un solo rasgo de su índole especial, explayan los recursos poderosos de su perspicuo ingenio en más amplios horizontes. Bobadilla es muy joven todavía, porque no cuenta de edad sino treinta años. A medida que su cerebro se aquilata en el estudio perseverante y obstinado, y á proporción que su sentido crítico vaya entrando en madurez, sus obras cobrarán, no hay que dudarlo, mayor seriedad y trascendencia.

Lo cual no empece para que Bobadilla continúe siendo hasta el sepulcro el mismo carácter pendenciero, batallador, inquieto, chistoso y acerado que es hoy y que fue ayer. Algunos creen que esta rara manifestación de su individualidad es un defecto, porque la suponen afectada y no espontánea, ó lo que es lo mismo, no dependiente de su índole. La suposición es falsa en absoluto, si bien se considera que cada ingenio tiene fisognomía propia, y que su manera especial de producirse no se origina de otra cosa que de su íntima genialidad. El escritor obedece ciegamente á los impulsos de su temperamento, que es la resultante de su organización moral é intelectual. Aconsejarle á Bobadilla que cambie de procedimiento para

escribir sus críticas, es lo mismo que tratar de convertirle en un escritor adoceñado. Esta charla picareña, esa movilidad de ingenio, ese humorismo delicioso que ríe constantemente en sus escritos, unas veces con alegría expansiva, otras con la amargura honda del escéptico, es la originalidad de su talento. Quítarsela equivale á despojarle de los legítimos recursos con que da á sus ideas expresión. Cada quien descuenta en la manera que posee: Rubén Darío en el color, Juan Montalvo y Cecilio Acosta en la elocuencia, Bobadilla en la gracia y en la sátira. Pretender que Núñez de Arce escriba una letrilla intencional y aguda, es exigirle que desbarre lastimosamente; suprimirle la sátira á *Clarín*, es quitarles la sal á sus maleantes libros y folletos; despojar á Palacio Valdés de aquel riquísimo optimismo, de aquella gracia soberana que le hace el más notable, el más brioso, el más fácil y espontáneo de los humoristas españoles, vale tanto como dejar á sus novelas sin el irresistible encanto que poseen.

Hasta qué punto es conveniente y hasta qué grado provechosa la crítica á lo Bobadilla, es término que ignoro en absoluto. Lo único que yo puedo decir á este respecto es que hay muchos desmazalados escritores que no se enmiendan nunca: lo primero, porque no tienen chispa de talento, y lo segundo, porque han dado en la extraña manía de creer que el fin del arte no está sino en la ex-

presión y representación del ideal. Se figuran que escribir es cosa fácil: que con poner un título en la primera página, y llenar las que le siguen de faltas de gramática y de injurias al buen gusto, yá tiene el que lo haga para andar por esas calles estirado, ahuecando la voz con demasiada impertinencia y saludando con protección á todo el mundo. Lo que es para ellos, la forma literaria no pasa de ser una madería vulgar é inaguantable.

En habiendo expresión, por chabacana que resulte, de lo que á ellos les palpita en el cerebro sin positivo orden ni concierto, lo demás importa poco. El fondo, eso, eso es lo que interesa en las creaciones del talento, aunque la gramática padezca humillaciones, aunque se muera de pesadumbre horrible la retórica, y aunque los disparates se declaren en soberana juerga demágica. A D. Cecilio Santa-Anna, por ejemplo, que llama *crítico inconsciente* á D. Antonio de Valbuena (¡ como suena !), le repugnan los críticos que no tengan "un criterio estético más amplio y menos sujeto á reglas y medidas."

¿ Que se desalientan los autores con semejante género de crítica ? Pues el que no sirve para literato, que tome otro camino.

¡ Qué necesidad tenía, y valga esto sólo como ejemplo, el señor Cánovas del Castillo, criticado más de una vez por el salido autor de *Escaramuzas*, de hacer tan malos versos ! Ni qué poesía puede crear un ingenio como aquél, que carece en absoluto de imaginación hermosa, que si posee sentimiento jamás pudo encontrar la graciosa manera de expresarlo, y que no ha sido, ni es ahora, ni llegará nunca á ser artista, aun cuando sea un gran político ! Lo inaceptable de la crítica á lo Bobadilla, y también de la que no se ríe en ningún caso, no consiste precisamente en que censure lo que no es artístico, sino en que muchas veces se deja dominar

por la innegable influencia que sobre el entendimiento ejercen las ideas políticas y filosóficas, y como consecuencia lógica de ello, niega el mérito literario de una obra en virtud de las ideas que ésta encarna. Por eso D. Miguel Antonio Caro ha censurado á Núñez de Arce, D. Felipe Tejera ha dicho que Pérez Bonalde es un poeta en decadencia, D. Antonio de Valbuena ha menospreciado con verdadera saña á Echegaray, y *Clarín* y Bobadilla les han gritado amargosísimos diatribos á no pocos poetas españoles. La crítica que para juzgar las producciones de un ingenio se atiene á este resabio, confunde lastimosamente los ideales de las escuelas filosóficas, que pueden variar y en realidad varían de entendimiento á entendimiento, con los preceptos y aspiraciones del arte, que no es más que uno, y por lo tanto, siempre el mismo.

Amarillo de cubierta, de título encarnado, saltándose de fojas á fuerza de leerlo y manosearlo, descuadrado, en suma, porque se me cae de las manos cada vez que con sus chistes suelto el trapo de la risa, está sobre mi mesa de trabajo el libro á que antes me refiero. ¿Qué no tiene talento Bobadilla ? Pues que lean y saboreen, los que se lo niegan tan de firme, estas *Escaramuzas* deliciosas, en donde el ingenio chorrea oro pu-

rísimo, y ya verán después que es una temeridad insopportable eso de juzgar á un escritor, con más ó menos veneno en las palabras, sin haberse pasado sus producciones por la vista con el cuidado que merecen. Además, para juzgar con acierto á un escritor, no debe tenerse en cuenta que sea antipático ó simpático, ni que se haya mezclado en la política con más ó menos tacto,

hermoso y puro, un estilo que encanta por lo ameno y desembarazado..... y la sal del mundo !

GONZALO PICON - FEBRES.

1891.

En los estudios titulados *Aptitudes poéticas y Páginas Literarias* por Eduardo Calcaño, se deslizaron algunos errores sustanciales, que al autor no le fue posible corregir en las pruebas por hallarse ausente de la ciudad cuando aquellos aparecieron.—N. E.

SAN FABIAN EVANGELISTA

Todas las tardes, cuando el sol bajaba por entre nubes sanguinolentas, como un Señor que se retiraba á su castillo precedido de vasallos con hachas encendidas, salía yo á pasear con el cura de la parroquia. Me tomaba él de la mano, y nos encaminábamos á las afueras del poblado, por la ancha carretera polvorosa y amarilla.

Más allá de la última casa atravesábamos el riachuelo de *San Antón* por un puente de mampostería, en el cual nos deteníamos con frecuencia para admirar el panorama que ante nosotros se desarrollaba. Abajo, el pequeño río de aguas azules y tranquilas, visitado á esa hora por los mozos y criadas de la población, que van á lavar sus herramientas ó á traer agua para las casas. Atrás, los techos rojos y las paredes blancas de la parroquia, la única torre del templo, y las columnas de humo de las cocinas. Y enfrente, los campos sembrados de trigo, y las aspas de los molinos.

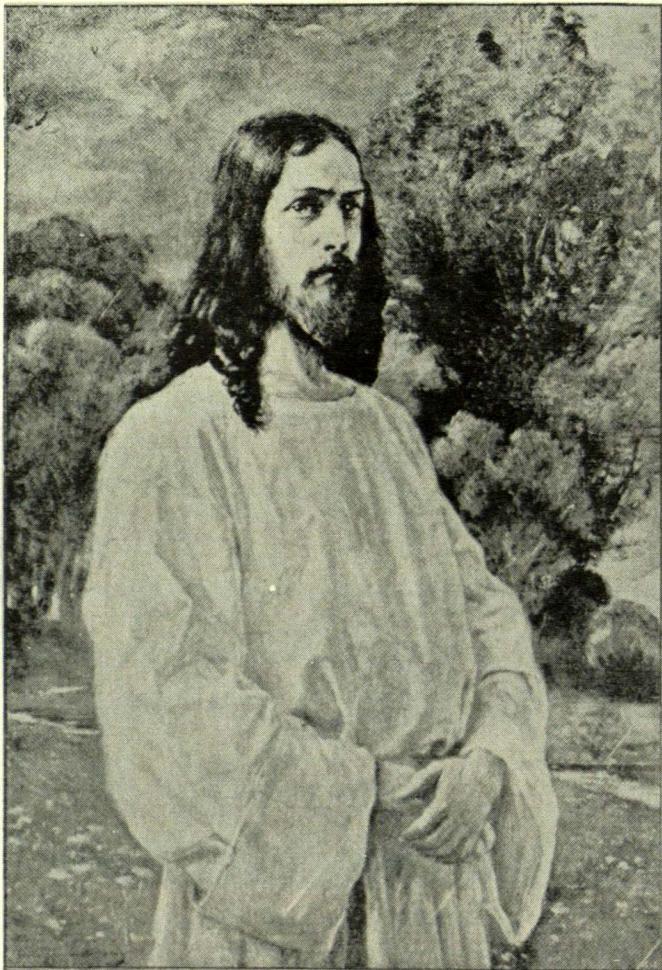
— "Míralo, muchacho, y bendice á Dios. ¡Qué hermoso que es todo lo que nos rodea ! No debemos envidiar á París, que tiene más y más bonitas casas que nuestro pueblo ; pero son casas que aplastan ; del París de *Nuestra Señora* no debemos estar celos, porque es el París del Sena ; y si nuestro templo es pequeño y humilde, nuestro *San Antón* no arrastra las inmundicias morales y materiales que lleva en sus aguas plomizas el Sena. Aquí no tenemos bosques, ni parques, ni palacios

artificiales ; pero, ¡ hay mejor bosque que el de *Los Dos Siervos*, parque más hermoso que esta carretera rodeada de árboles en que cantan las cigarras hasta reventar, y palacio más imponente que el molino del tío Andrés ?

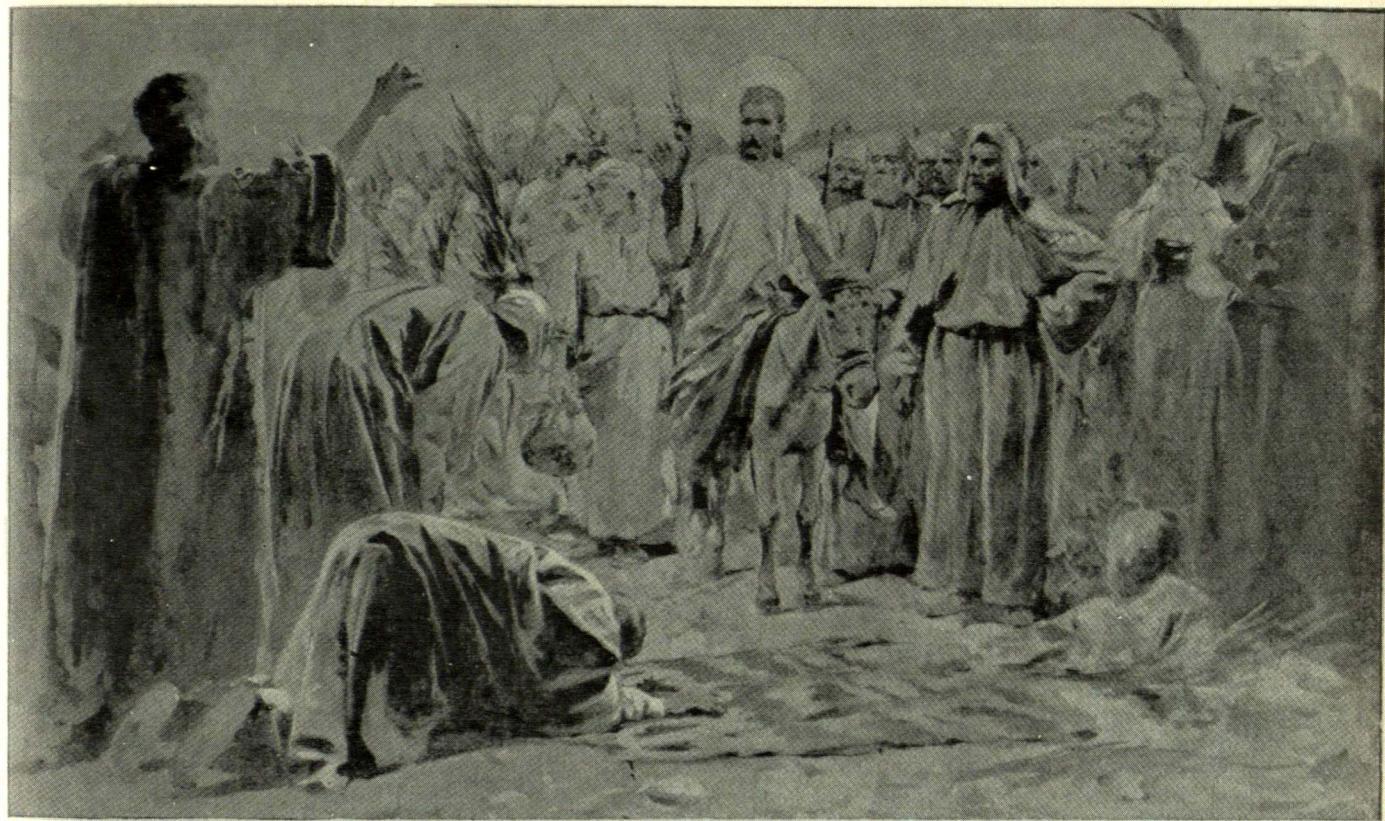
Fijáos en una cosa : lo que nosotros mandamos á París es todo bueno : mujeres robustas y sanas que erían á los parisienstos ; hombres honrados y trabajadores que van á las fábricas, y sacos de harina blanca y esponjosa que va á las tahonas. En cambio, ¡ París qué nos manda ? Libros infames que corrompen á nuestros niños ; jóvenes dérépticos y mozuelas descocadas que salen á pasear sus vicios ó sus enfermedades vergonzosas, y telas lujosas y joyas de apariencia para sacar de cascós á nuestras jóvenes : eso es lo que nos da París."

Yo oía al buen pastor, y á pesar de mi corta edad, le daba la razón. Verdaderamente, nuestro pueblo es muy bonito, y sus gentes muy sanas, al paso que París.....

Pero si yo no pensaba ya en París desde que conocí á Marta, la hija del tío Andrés, el del molino, una muchacha á quien galanteaba yo de algún tiempo de una manera muy original. Como ella no me permitía decirle "te amo," porque díz que eso no estaba bien, me desquitaba diciéndole todos los versos que aprendía, intercalados con



EL CRISTO. Por Zimmermann



ENTRADA A JERUSALEM. — (Boceto de un cuadro de Herrera Toro)

declaraciones de amor en prosa y con pensamientos baratos que yo atribuía á los autores favoritos del señor cura. Muy lejos estaba éste de figurarse que su Virgilio, las Pandectas, el Flavigny, y hasta los mismos Evangelistas—esos santos graves y solemnes, cuyas imágenes adornan los nichos del altar mayor—me servían de pretexto para conquistarme el amor de la hija del molinero.

La tarde á que me refiero, como de costumbre, extendimos nuestro paseo el señor cura y yo hasta la casa del tío Andrés. Las gentes que volvían á sus hogares se detenían para saludarnos, y continuaban su camino conversando en voz alta. Pronto abandonamos la carretera y tomamos el repechito que conduce al molino, por entre los sembrados.

Dejé ir adelante á mi compañero, porque así me traía más cuenta, hasta que sólo vi por encima de las doradas mieses la parte alta de la sotana y el sombrero de teja del párroco. Entonces dí un pequeño rodeo, para que no me viera el tío Andrés, con quien tenía una cuenta que saldar, y me entré de rondón por detrás de la casa en busca de Martica.

El molinero fumaba concienzudamente en su pipa de barro, y ofreció un asiento al cura á la puerta del molino. Tranquilo ya por este lado, eché una mirada á la cocina, pero con tanta desgracia, que la mamá Estefanía alcanzó á ver el hocico que husmeaba, y me mandó entrar.

Marta hacía calceta en un rincón, la mamá repasaba la ropa, y Julián, el nene, gemitaba allá en su cuna, estirando y recogiendo sus patitas sonrosadas y regordetas. No se oía más ruido que el del gato, que sobre la piedra de la estufa roncaba como si estuviera hilando en rueca; el del niño, y el del pucherero, que cantaba sobre una llama clara y alegre.

—Ya sabíamos que venías, me dijo Marta. Uno de los tizones se quebró sobre la parrilla, y los carbones apagados se llenaron de estrelitas.

—¿Viniste con el señor cura? me preguntó

tó la madre. Has debido saludar á Martín, que está muy resentido contigo desde que le derramaste la harina por jugar con Marta. El no sabe que esta simploña tiene también la culpa, que si no..... Y para acabar de componer el cuento, le sacas el cuerpo á Martín! Esto está mal, y si no te enmiendas, le pongo la queja al señor cura, para que vea la buena ficha que eres.

—No, tía Estefanía: no le diga nada, y le traigo la viñeta de la Virgen. Yo le prometo enmendarme.

Y la buena vieja, que tenía debilidad por mí, me dio un poco de fruta y se fue á atender á la visita, mientras que Marta cogía en brazos al niño para seguirme, y yo al gato para enharinarlo.

Ni á Marta ni á mí nos gustaba quedarnos en casa por las tardes: nos ahogábamos entre las cuatro perdes de la habitación. Por eso salíamos siempre al aire libre, allí donde pudiéramos admirar la puesta del sol y ver los cambiantes de las nubes, que á esa hora parecen corazas de cobre, amarillas, terrosas y gilvas. Pero yo tenía otro motivo para no quedarme en casa: quería hablar á mis anchas, sin que oídos ni ojos importunos nos lo estorbasen.

Detrás del molino está el aventadero; allí nos sentamos sobre las espigas secas y desprovistas de grano.

En el cielo revolaban las últimas gavillas de luz, y del río se levantaba el valo lechoso que lo cubre por la noche. El perro del cortijo dormía con la cabeza estirada sobre las manos, y miraba de soslayo al gato, que hilaba en rueca entre mis piernas, y á dos palomos que no lejos de allí se besueaban. Había en la atmósfera pesadez y bochorno, y en mi cabeza muchas declaraciones en ciernes.

—¿En qué piensas? me dijo Marta sin levantar la cabeza de su regazo, en el que sonreía el niño acallantado.

Yo tenía muy buena memoria, y aprendía con facilidad los trozos líricos de los libros que pasaban por mis manos. Creí oportuno

contestar á Marta con un parlamento ampulosso que le diera buena idea de mí, pero matizado con frases de mi cosecha, para darle más visos de verdad.

—En qué puedo pensar sino en tí? Pregrúntale al río por qué corre presuroso al mar; pregúntale al humo por qué se alza hasta las nubes; dile á la llama por qué agota el tronco que la sostiene, y al viento dile que no lleve en sus alas gémenes de vida, pero no me pregunes nunca en qué pienso. La palma que se alza al oriente del poblado puede pensar en otra cosa que en la palma que demora al Poniente? El marino que se embarca ¿lleva impreso en su alma otro rostro que el amado? Puede el señor cura dejar de pensar un momento en sus ovejas?

—Te tengo dicho, Carlos, que no me saques esas conversaciones.

—Pero si lo que te dije ahora es del Evangelista San..... Fabián, capítulo quinto, versículo sexto, libro séptimo!

—Ahora querrás hacerme creer que San Fabián sabía que en el pueblo hay dos palmas!

—Seguramente en el pueblo de él las habrá: nada tiene de raro. No discutamos más sobre eso, porque quiero decirte una cosa muy bonita que vi en el Flavigny: la amada de mi corazón es más bella que una aurora boreal: tiene mucho azul en los ojos y mucho oro en los cabellos; su boca, más roja que la guinda, es más dulce que un confite, y en las comisuras de los labios se le forman unos hoyuelos cuando ríe, que á uno le provoca comerse la guinda y devorar el confite.....

—Alto ahí! Me parece que en un libro de esos no puede haber tales cosas.

—Y más también. Dice que cuando dos jóvenes como nosotros se quieren bien, deben casarse cuanto antes.....

—¿Quieres callar? majadero!

—No, señora Marta. No me da la gana. Quiero decírtelo ahora, porque pronto me llamará el señor cura para irnos, que si no

prometes ser mi mujer, me voy para París, que es un lugar muy malo, en donde se echan á perder los hombres que no se casan con sus novias.

—Y qué apuro es ese?

—No me digas que no; ya somos dos personas formales: tú tienes doce años y yo catorce. Entre los dos formamos veintiseis, que es una edad de viejo. El señor cura será mi padrino de confirmación apenas venga el obispo, y entonces me regalará la casita que queda detrás de la iglesia, y un solar en las afueras. Verás qué bonita ponemos la casa.

—Vámonos, porque el niño se durmió y mamá me llama.

—Sí, pero entremos al granero á enharinar el gato.

Por la puerta grande entramos al granero: yo adelante, y Marta detrás. Un rayo de luz vino á herir y hacer brillar el dorado vello que cubría las mejillas de mi compañera, y no pude contenerme: quise coger entre mis labios los labios de guinda y confitura, y tapar los hoyuelos que se formaban en la comisura de esa boca. Sujeté el gato entre las rodillas, y estampé un sonoro beso en la boca de la desprevenida é indefensa Marta.

Pero más sonoro aún fue el puntapié que me hizo rodar por el suelo hasta los pies del señor cura.

—

Quince minutos después llegábamos el pároco y yo al puente de mampostería. Nada me había dicho por el camino mi compañero; sin embargo, me hizo más impresión que un regaño el hecho de no apoyarse en mi hombro, como de costumbre, sino mandarme adelante de él con la linterna.

En el cielo, las estrellas parpadeaban y la luna revolaba por entre nubes de lomos negros y redondos; y en la tierra se oían los ruidos de la noche, el ladear de los perros, el grito de algún caminante rezagado, el canto gutural del mochuelo y las aguas del río, al deslizarse por entre las piedras. Las casas del pueblo y el bosque de *Los Dos Cierres* se veían sobre el acero gris del horizonte como grandes manchones negros esfumados por la distancia y por la noche, á semejanza de los bultos borrosos que vagan por los cuadros de Rafaeli, el impresionista.

En la puerta de mi casa me dijo el señor cura:

—Tienes que enseñarme la página del Flavigny en que se habla de las guindas, y los Evangelios de San Fabián.

GUILLERMO B. CALDERON.

EL ZAPATO BLANCO

(CUENTO AJENO)

De este sencillo episodio no sé decir si llegó á mis manos en blanco y negro, en idioma patrio ó extranjero ó si me lo contó alguien ó si me fue leído por el primero que se tomó la molestia de darle forma. Una seguridad tengo: que no me pertenece. No creo como el inimitable autor de Monte-Cristo, que me sea dado mejorar los productos de otros ingenios, pero mi modestia no me impide, (muy de tarde en tarde, por supuesto), poner á saco el bagaje del vecino. Después de este introito, te sorprenderá, lectora amada, lo cursi de la narración y ese precisamente es el motivo que me obliga á confessar que no es cosa propia sino *asimilada*, como dicen nuestros políticos.

**

López, el primer dependiente de la lujosa zapatería de Peccato y C^a, era un joven como de veinte y cinco abriles, alto, bien formado, de rostro agradable y mejores maneras.

Muy correcto en el vestir. Su chaleco de hilos, de corte irreprochable, guardaba siempre la blancura del armiño. Su corbata de piqué, blanca también, se destacaba sobre el fondo rosa de una camisa acabada de salir de manos de algún habilidoso hijo del Celeste Imperio. En la corbata lucía una hermosa perla negra, cuya autenticidad no garantizo. Hombre metódico, un día vestía de gris y el otro de chocolate, especialmente durante el invierno, dando la preferencia al chocolate en los días de lluvia, de modo que las chicas del taller, entre puntada y puntada, suspiraban mirando al acicalado López:

—Esta tarde Hoverá; Pascualito está vestido con su tercio marrón.

Y luégo, aquel esmero en el peinado; aquella amabilidad exquisita con que despachaba á los parroquianos; la delicadeza que derrochaba al ofrecer á una dama las mercancías de la casa, hacían que López fuese el brazo derecho, como vulgarmente se dice, de Peccato y C^a.

Desde la señorita que llevaba los libros, hasta la última de las ribeteadoras, las muchachas empleadas en el negocio se despepitaban por una mirada de Pascualito, como cariñosamente le llamaban.

Y, sin embargo, López era desgraciado. Los güinos y monadas de las muchachas se estrellaban ante la valla de su glacial indiferencia. A veces, cuando el despacho estaba pasado, se paraba en la puerta del almacén y se quedaba ensimismado é inmóvil, tan estatíco, que una vez se presentó al mostrador un caballero, en solicitud de ropa hecha.

—No señor; le contestó muy atuado el segundo dependiente, aquí calzamos al por mayor y á la medida, garantizando el material!

—Usted dispense, balbuceó el agredido, me pareció que había visto un maniquí en la puerta.

Seis años antes, cuando Peccato y C^a se resolvieron á ensanchar su negocio, instalándose en aquel espacioso local, habían contratado al joven López, que acababa de cumplir los diez y ocho años. El mismo día en que se inauguró el salón de señoritas, se presentaron dos parroquianas, una dama y una niña, pimpollo de algunos dos floridos lustros.

—Cuánto me alegro de tenerlos por vecinos, dijo entre otras cosas la señora, que era muy comunicativa, es tan cómodo tener la zapatería cerca! Además, un establecimiento lujoso como este, le dará mucho ser á la calle.

—La calle no necesita quien la adorne, teñéndola á usted, señora, contestó solemnemente López, atusándose el incipiente bigote é inclinándose con respeto, pero la casa se promete prosperar si cuenta con el apoyo de vecinas de la categoría, elegancia y *chic* de usted!

Peccato, que estaba presente, le guiñó el ojo á C^a como diciendo:

—Este chico es un hallazgo!

La niñita era preciosa. A López se le hizo la boca agua cuando el maestro pasó la cinta del metro por la contorneada pantorrilla y desde aquel momento resolvió aprender el oficio, para sustituirlo en ciertas y determinadas oportunidades.

Y pasaron los años y creció Florita, que así se llamaba la linda parroquiana, y López llegó á estar interesado en los negocios de Peccato y C^a. Y cada tres meses, puntualmente, venían á la tienda la dama y su niña.

Cumplió Florita los catorce. Llegó el día de la primera comunión y tanto ella como su mamá resolvieron consultar con López el punto de los zapatos:

—A mí, decía la señora, me gustaría mucho que los llevara corte-bajos. Esta tiene el empeine muy bonito y como todavía está muchacha, es bueno que lo luzca!

—Jesús, mamá! protestó Florita.

—Usted tiene razón, contestó López, conciliador pero celoso, son más bonitos corte-bajos, pero los modelos que hemos recibido de París, son todos altos y hay que obedecer á la moda.....

Los zapatos se hicieron altos, y cuando la niña vino personalmente por ellos, la dijo López, en són de chanza, pero con voz temblona:

—Que pronto tengamos el placer de hacerle los de novia!

Luégo vinieron los zapatitos del primer baile, de seda rosa, que fueron causa de grandes risotadas y bromas sin fin, porque Florita decía que ya estaba muy grande para dejarse medir con López y que era mejor que viñiera el viejo maestro.

—Niña, no seas fatua, dijo la señora, ni se fijará López en las medidas que toma!

¡Cuánto habría dado López por decirla que sólo por ella, por estrechar un momento entre sus manos aquel pie menudo y retozón, manejaba él, el socio de Peccato y C^a, aquel metro tan poco adecuado á su gerarquía en la casa! Pero nada, su timidez excesiva se lo estorbaba y ni siquiera en sus miradas se revelaban sus simpatías por Florita.

Una mañana amanecieron colocando un andamio frente á la hermosa casa que habitaba la señora de su pensamiento. Luégo vinieron los pintores y la pusieron como nueva. Numerosos mensajeros entraban y salían con grandes paquetes. En aquella casa se preparaba algo gordo. De seguro que pensaban dar un baile.

A semejante idea, el pobre López sentía que una ola amarga le subía al gaznate. Aquella gente aristocrática no se acordaría de él, porque para ellas, sus seis años de atenciones estaban saldados junto con los recibos de Peccato y C^a. Jamás le habían ofrecido la casa. Sin embargo, poseído de esa especie de fiebre que castiga á las víctimas de Cupido, esperaba.

—Trilín, Trilín, López, gritó el segundo, la señora de Ramos lo llama al teléfono.

—La invitación! pensó el cuitado, y luégo, para darse importancia, ¡será á la casa!

—No señor, dice que á usted personalmente.

—¡Ah! Mi señora, muy á sus órdenes, cómo están todos ustedes?

—Bien López, muchas gracias, tengo un compromiso yuento con usted.

—Señora, siempre á la orden!

—Ya lo sé López, es cosa de Florita.....

—Manden ustedes á su servidor!

—Imagínese usted, López, que Florita se casa el sábado y todo lo tenemos arreglado menos los zapatos. Ya hoy es jueves y no tenemos tiempo que perder. Usted cree que pueden hacerlos por la última medida?

—No ‘nga usted cuidado, señora, estarán sin falta para mañana en la tarde. Se hará un esfuerzo por servir á tan buenas parroquianas.

—Mil gracias, amigo López, mandaremos por ellos.

—Señora, á los pies de usted.

**

El sábado en la mañana, la novia, impaciente porque aún no se habían terminado sus zapatos, entró al volver de misa en casa de Peccato y C^a. El diligente López le salió al encuentro:

—Sus zapatos? Aquí están. Los trajeron anoche muy tarde y me proponía mandarlos ahora mismo. ¿Cree usted necesario medírselos? Bueno, pasemos al salón. Sí, he pasado muy mala noche, me parece que me va á dar un *gripazo*. Permitame usted.

Y López, arrodillado ante aquella mujer que resumía cuanto de joven y de poético encerraba su existencia prosaica, calzó con la zapatilla blanca el lindo pie que Florita, en su deseo de cerciorarse de que no la desluci-



MAGDALENA. — Cuadro de Pompeo Batoni

rian los zapatos, le abandonaba por completo Una lágrima resbaló lentamente por sobre la mejilla de López y cayó, formando un éfule mate, en la brillante superficie del raso.

—Están muy bien, murmuró sonándose con su pañuelo para disimular.

—Bueno, me los llevo. Cuídese, López, usted tiene muy mala cara, cuídese!

**

Cuando Florita se hubo puesto las medias blancas que parecían fabricadas por una araña que tejiese sus redes con hilos de seda, la camañera le entregó un zapatito y acercó el otro á una bujía.

—Niña, este tiene una mancha, enalquiera dirás que era una gota de agua ó una lágrima!

Una lágrima! Aquella palabra fue como una llave mágica, á cuyo contacto se pusiesen en movimiento las escenas animadas de un pasado no lejano. Las sospechas de Florita se cambiaron en certidumbre y ella, que se casaba enamorada y contenta, sintió oprimirse su corazón á impulsos de una congoja que hacía temblar los deliciosos encajes de su camisa de novia, al descubrir aquella pena de que era inocente causa. Sus pupilas de color de cielo se anublaron y sus labios, que parecían dos cerezas maduras, suspiraron compasivamente:

—Pobrecito mi zapatero!

S. BARCELÓ.

CLARO DE LUNA



El cañón había tronado todo el día sobre Venecia: llovían las bombas, haciendo saltar hasta el cielo el agua del mar.

Ahora la ciudad duerme su reposo nocturno, con tanta calma como si para ella no existiese el pasado, ni fuese amenazante el porvenir. El mismo claro de luna parecía viejo, extinto, diferente de los que hubiese en el resto del mundo.

En un rincón sombrío, dos palacios gigantes chocan sus negras masas, como para cerrar todo paso: allí vela un centinela aislado en su garita de piedra, con la inmovilidad de una estatua. Difícilmente aquel hombre podría moverse, porque á dos pasos de él la mar viene á morir contra la coraza de piedra musgosa que encuentra allí desde hace siglos, inmutable como el destino. Sin embargo, sólo manos humanas habrían podido levantar aquel obstáculo contra el cual en vano se debate la onda poderosa.

De pronto, el centinela se irguió y alargó la cabeza hacia el angulo del canal, en donde aparecía un extraño cortejo entre las tinieblas. Primero una góndola, tripulada por cuatro remeros. A pesar del ruido acompañado de los remos, se adivinaba que no eran vulgares gondoleiros, sino cuatro hermanos de noble estirpe. El bote iba vacío y llevaba a remolque otra góndola, a cuya cabeza se encontraba un hombre agobiado, envuelto en una manta. Sobre la góndola había una parihuela. ¿Era un muerto lo que en ella se veía tendido? No, pues en aquel momento los barcos entraron bajo el rayo de la luna y el centinela distinguió los rasgos de una mujer joven que

parecía próxima á terminar su viaje por este mundo. Sus ojos sin miradas se abrían mas y mas; y las manos cruzadas sobre el pecho como las de un cadáver, se desenlazaban lentamente; una sortija brillaba en ellas. La moribunda la llevó á sus labios, la retiró del dedo y la extendió á su joven hermana, alta y débil niña de diez y seis años apenas, la cual se inclinaba hacia la enferma con angustia. En aquel momento el cortejo desapareció á los ojos del centinela. El soldado creyó ver agitarse los palidos labios, pero no oyó ni una palabra, a pesar de que el ruido de los remos era débil y apagado.

—Téo, hermana mía! murmuró la moribunda, es esta la última vez que puedo hablarle. Pronto el ruido del tren ahogará mi voz: no podrás oírla mas, y cuando lleguemos ya habré dejado de existir. Toma esta sortija... no llores mas! Se la darás al pobre Jorge, le dirás que he leído en sus miradas mudas y que te agradece el silencio que ha guardado y que haya callado sus protestas de amor. Bien sabe él que yo no podía corresponderlas. Y es por eso que le envío ahora el legado mas precioso. Que lleve esa sortija en mi recuerdo; que piense en mí, sobre todo, si algún dia es feliz! Ve! Téo, la turquesa ha tornado á ser azul, porque ha sonado la hora de mi dicha. Aquel á quien amé, me dijo al dárme: "Mientras que la piedra permanezca azul serás dichosa." Te acuerdas cómo enverdeció en el momento de su muerte? Ah! Téo, ha pasado aquel terrible dolor: no he podido sobrevivir. Dios no exige esto de mí! Yo lo he inmolado todo, mi amor y el suyo, á mí se religiosa: qué sacrificio puede ser mayor? He preferido morir á ser perjurada á mis creencias. Dios ha tenido compasión de mí. No me condena a vivir cuando él ha muerto.

Un acceso de los interrumpió aquel débil murmullo a menudo indistinto, que ella precipitaba para decirlo todo, antes que los ruidos del tren interrumpiesen aquel testamento supremo.

—Dame tu mano, Téo! Me parece que me sumerjo en el mar, en esa onda oscura y fria. Moriría aquí de buen grado, pero Dios no lo permite. Quizá haya querido este viaje para apurar mi fin, para apresurar el momento de mi liberación. ¿Desde cuándo estamos aguardando ese fin? Cinco meses, cinco largos meses de sufrimientos! Te acuerdas del navío ornado de flores que llevaba su ataúd? Creí que iba a precipitarme hacia él y gritar: "El es mío, mío sólo. Que se me entierre con él!" Pero, debía callar. Yo no tenía ningún derecho sobre él, era el prometido de otra y si yo hubiese hablado, el mundo habría creído que me había sido infiel. Para que me perteneciese, debía pagar esta dicha con la vida. ¿No crees que su muerte me lo ha devuelto? Más allá de la tumba la otra no tendrá derechos sobre él. ¿Te acuerdas lo que yo decía siempre? "Quiero ser bella una vez más,—el día de su matrimonio,—para que el público no tenga que murmurar. Luego quiero ver á su mujer, ver si puede hacerlo feliz." Ahora todo ha concluido: no subsiste sino mi grande y santo amor, que en una ó dos horas me llevará al cielo.

La luna iluminaba de lleno aquel rostro demacrado, radiante de éxtasis. Al

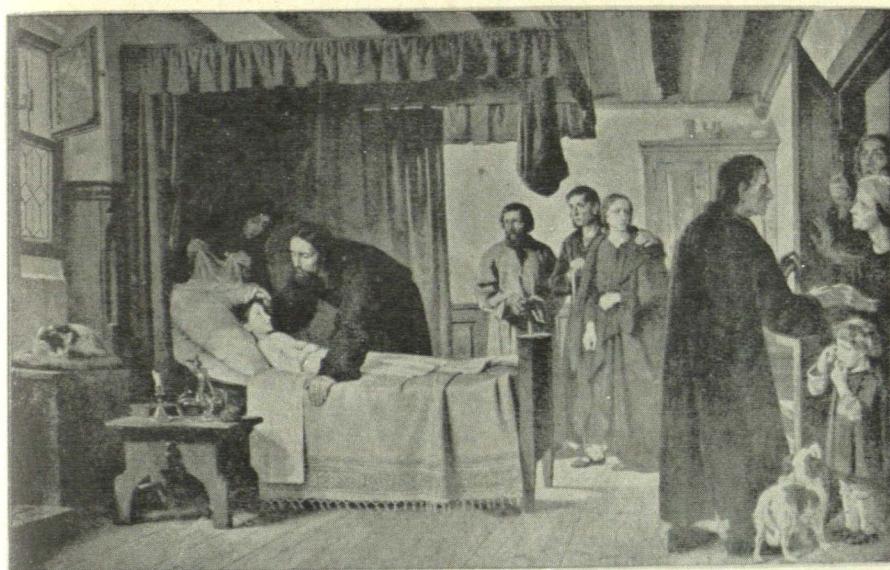
verla, se pensaba en esos cirios que se consumen hasta el fin y cuya llama brilla á través de una pared de cera delgada y transparente, que aún no se ha fundido.

—Dios me ha evitado ese día de nupcias y no he tenido necesidad de ver la otra. Ella ha llorado mucho su muerte: yo no he llorado, pero muero. Ella lo amó, lo amó mucho. La amaba él? Cuando me dio su sortija, sabíamos que no debíamos amarnos y nos juramos solamente una santa y eterna amistad. Era una mentira, pero nosotros no lo sabíamos. Se juraron ellos amor? Entonces él mentía y ambos quizás lo sabían! O bien, no mentía? La amaba? Se puede amar dos veces, dí, hermana mía?

Un nuevo acceso de los, que coloreó de sangre fresca el pañuelo de la joven hermana. Y aquellas manchas parecían negras al claro de luna!

—Tengo tanto frío! Me habían dicho, sin embargo, que la noche era calida, muy calida! Esto no es posible. Ve: mis uñas están ya azules, casi negras. Si él hubiera vivido, yo no habría podido morir: habría querido vivir, verlo todos los días y decir: "Jamás lo he amado!" Habría vivido por orgullo.... imagina qué tortura!—Se estremeció:—Oh! Téo! no llores así. Regocijate al verme libre de la vida. Era ésta tan difícil desde el principio: tantos días sin goces, tantas divergencias, tanta hipocresía, tantos pesares y amarguras: un solo punto luminoso: él! La noche se hizo, una noche sombría, sombría! Ahora veo levantarse el día sin fin. Téo! no llores: regocijate por mí! No me amabas, no me amas lo bastante para alegrarte? Prométeme que á la hora de mi muerte dirás: "Gracias, Dios mío!" Si aún pudiera, entonaría un *aleluya* que comoviese el mar, porque he comprado el cielo al precio de indecibles sufrimientos. Ahora lo veo abierto ante mí. Tú no querrás creer que lo amaba hasta desechar morir. Eres muy niña: qué puedes saber de amor? Cuando venga a ti, abrele el corazón y déjalo entrar: si el corazón se rompe, qué importa! habrá alcanzado su fin terreno. Ahora, piensa en nuestro anciano padre, toma mi lugar, sé todo para él y para nuestros hermanos; sé para nuestros hermanos el apoyo y el sostén, el modelo, la amiga. No sacudas la cabeza. Tu tienes fuerzas. En este momento te abate el pesar; pero yo te he probado durante mi larga enfermedad: eres fuerte. En tu delgado cuerpo reside un heroísmo al que no pesará ningún sacrificio. Ellos están habituados á verme: que no sientan el vacío. Estaré á tu lado y te daré fuerzas; y luego, Téo, me cerrarás los ojos? Lo harás?.... Tú lo puedes, tú lo puedes todo! Gracias á mí padre, á mis hermanos, á los fieles servidores; yo rogaré por todos!

La góndola llegaba á la orilla. El cortejo silencioso subió las gradas, en medio de las tinieblas. Solamente el rostro de la moribunda y sus manos cruzadas sobre el pecho brillaban con blancaura de mármol. Había cerrado los ojos. Los cuatro hermanos llevaban las andas; seguía el padre, apoyado en la joven de grandes ojos siempre llenos de lágrimas; bajaba la cabeza y nadie veía sus rasgos. Iban así, sin decir una palabra, y a su paso las gentes se persignaban y se des cubrían, creyendo que pasaba un cadáver.



Jesús resucita á la hija de Jairo. — Cuadro de Gebhardt

EL ANTEPASADO

El abuelo, erguido bajo los años, era el orgullo de la familia. Aquellos á quienes se llamaba ancianos y que, sin embargo, no tenían su edad, se marchaban de la vida por grupos, arrebatados por males insignificantes, que en su progreso les taladraban los huesos hasta abatirlos definitivamente. El gran Ternage descolgaba sus vestidos de domingo, y siempre fuerte, apoyado ligeramente en su caña de puño de oro, los acompañaba por cortesía al cementerio. En tales ocasiones, las gentes bromaban.

—Ah! maese Ternage, todavía no ha nacido el carpintero que haya de fabricar vuestra urna.

Invariablemente contestaba:

—Eso sucederá cuando haya de suceder. Sin embargo, quisiera llegar hasta el fin del siglo.

Y el fin del siglo sería dentro de diez años. Estaba alegre, aíñaba la juventud, y sin cansancio hacía diariamente sus tres horas de paseo después del almuerzo. En el campo, acariciaba la mejilla á las muchachas y decía riendo: "Ah! si fuera todavía mi tiempo!" En la tarde, se saciaba de patatas y de cuartos de rosbis. Aquel apetito de ogro divertía á los

comensales. En seguida, á la luz de la lámpara, sin gafas, leía sus viejos libros. Se recogía hacia las once y dormía con sueño tranquilo hasta la mañana.

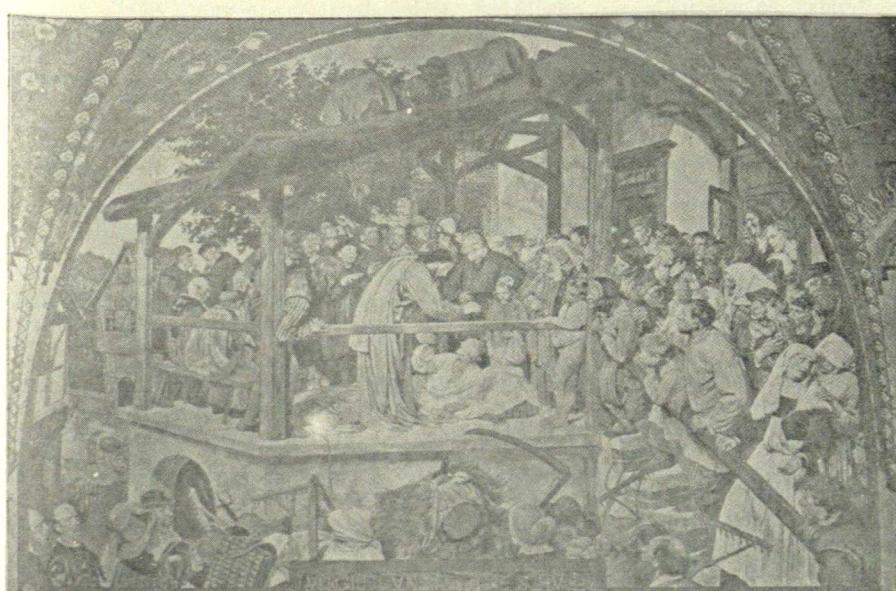
Tocaba ya en los ochenta y cuatro años, cuando una tarde, bajo una lluvia fría, contrajo un constipado. Al día siguiente se presentó la fiebre; el médico guardó una actitud circunspecta. Pero al tercer día ya no dudó: una racha de pneumonía le arrasaba el pecho; era el único rumor que se oía en el silencio de la casa consternada. Deliraba, hablaba siempre de grandes días nuevos que habían de venir con el siglo. Bajo los cobertores, su mano hacia un movimiento profético. Entonces, por vez primera, se pronunció en voz baja, misteriosa, esta palabra en los aposentos:

—En casa de los Ternage esto acontece siempre entre los ochenta y cinco y los noventa . . .

La vida volvía á pasos lentos: era preciso alimentarlo como á un niño, leche, caldos ligeros, un racimillo de uvas; estaba débil, inmóvil en su butaca, con las manos sobre las rodillas convertido de repente en un anciano. Parecía admirado de haber visto tan cerca la muerte; permanecía largo tiempo extático, como mirando venir algo del lado de la ventana. No hablaba ya con gran confianza de los grandes días futuros. Sin embargo, al rededor de sí



Resurrección de Lázaro. — Cuadro de Eduardo Gebhardt



Jesús curando á un paralítico

renacia la alegría, una alegría grave, como después de una penosa travesía ó de una larga ausencia. Cuando comenzaba á caminar, al pasar por la puerta baja del comedor, inclinó instintivamente la cabeza como otras veces, por temor de tropezar con el dintel. Era un buen síntoma. Toda la familia estaba reunida en redor de la mesa; muchas manecitas llenas de flores se dirigieron hacia él; un pariente que desempeñaba un cargo postal, levantó su copa y murmuró un brindis. Solamente él no participaba de la alegría de la casa; asistía á la fiesta con cierto aspecto de extraño, como si fuese á otro á quien se festejase. Toda aquella locura parecía recordarle, no la vida que había vuelto á entrar bajo el viejo techo, sino la muerte que había permanecido detrás de la puerta. Veía brillar las luces sobre el mantel como quien ve encenderse los cirios desde el fondo de una gran desolación. De pronto se levantó y dijo simplemente, alzando la cabeza:

—Ahora es necesario vivir hasta ese día.

Una profunda arruga de voluntad surcaba su frente.

Desde aquel momento le rodeó una supervigilancia estrecha; su apetito fue puesto á ración; suplicaba que se le volviese á su antiguo régimen; se había vuelto glotón y no cesaba de

comer confituras. A veces el correo le llevaba cartas orladas de negro. Eran los últimos amigos, quienes unos tras otros, se marchaban á sus sepulcros. Las cartas eran arrojadas al fuego, y ya no descolgaba más sus vestidos de domingo; no tenía la íntima satisfacción de sobrevivir á los que fueron sus compañeros. Se admiraba y se decía:

—Ya nadie muere en esta ciudad! . . . ¡Querrán también ver el primer día del siglo?

Algo le faltaba. Pero como había vuelto á sus paseos campesinos y hacia con pie firme sus ocho quilómetros de camino y comía á satisfacción, se consoló de no ser el único que viviese á aquella grande esperanza. Prolongaba sus salidas; le parecía no ir jamás bastante lejos y no habría sabido decir por qué. Se apoyaba contra un árbol y veía el horizonte. Por la tarde, después de la comida, empuñaba su caña y marchaba á grandes pasos hacia la plaza: allí se detenía á contemplar el cielo al extremo de la gran avenida.

—Maese Ternage, véis algo que no vemos nosotros?

Golpeaba alegramente la acera con la caña y contestaba:

—Sí, sí . . . Y por allí vendrá, os lo digo . . . Los mismos ciegos verán ese día.

La mayor parte de las gentes ignoraban de qué quería hablar. Sus hijos, que conocían su manía, alzaban los hombros suavemente.

Al alba de cada aniversario reaparecía erguido, rejuvenecido en su belleza de fresca senectud. La vida parecía atornillada á sus huesos. Con el ramillete que sus nietos le colocaban en el ojal, los días en que la familia lo festejaba, semejaba un novio aguardando á su prometida para llevarla al altar. Se rumoraba en la ciudad que á vuelta de cada primavera el viejo Ternage renovaba su contrato con la vida. Sin embargo, á medida que crecía la carga de sus años, se alzaba cierta inquietud en la casa. Se cernían viejos duelos, se veían imágenes veladas que dispersaba un viento fatídico cuando sonaba en el reloj cierta hora; y volvía á murmurarse:

—En casa de los Ternage, esto acontece hacia los noventa . . .

El abuelo, con su gran sueño de vida en la frente, no contaba sino los años que tenía ante sí, los que lo separaban de la maravilla del mundo para la cual quería vivir.

—No más que tres años . . . luégo dos . . . después uno . . . ah! entonces . . .

Abrumó su espíritu de inauditas fuerzas de energía. Con su alta talla, salida hacia adelante como un hombre que se inclina en una ventana, parecía colocado fuera del tiempo, en la porción de eternidad en donde se agita el prodigo. Prohibió que le cortaran el cabello y la barba: quería conservar íntegro todo su sér, hasta en sus menores fibras, para alzarse en el umbral del gran día y ver la enorme cosa que á cada nuevo siglo han visto, pálidos de agonía y de delicias, todos los ancianos. Toda su existencia parecía hecha para encaminarse á la hora sublime.

—Sí, los viejos . . . los que fueron antes que yo y que también esperaron . . . y vieron.

Hablaban como en un sueño y se pasaba la mano por la frente.

Bajo la arcada del tiempo pasó el año fatal, la hora de los destinos que siempre había abatido á algún Ternage. Y el amplio torrente de su vida no se había detenido; continuaba corriendo, lamiendo con sus lentes aguas los niveos Alpes de su frente.

Entonces creció la tímida admiración de sus hijos por aquel nudo hecho en el hilo de los destinos. La casa se estremeció de susurrantes confesiones.

—No pensamos nunca que llegue hasta allá . . . Acaso eso sea desafiar al cielo . . .

Fue él, en el milagro de la vida eternizada, como una reliquia, como los huesos de un santo antiguo bajo la cerradura de un relicario. Era el árbol de las razas, con infinitas raíces en la tierra de los muertos, con profundas ramificaciones cuyos extremos acariciaba sobre el pecho.

Ya no iba más al campo; á paso lento bajaba á la plaza, con la mirada fija delante de sí.

—A qué ir tan lejos, se decía sonriendo, cuando todos los que verán esto no se han marchado!

No se le comprendía bien, en su misterio de vida, en su bruma de espíritu, como un Moisés sobre la montaña.

—Ya veréis, habrá grandes cosas.

—Qué habrá, abuelito? preguntaban sus nietos.

Alargaba la mano, su mano de plantador de vidas.

—Yo no lo sé . . . pero ya veréis, ya veréis . . . Aun los ciegos verán!

Era una superstición en él, la idea de un acontecimiento inexpresable: todas las almas cantarán al borde de los caminos, con un Mesías venido de Oriente, entre palmas y músicas: un día pascual y de Eternidad.

Y cerraba los ojos, y veía en sí, tan profundamente que no reconocía de pronto á nadie.

Toda el alma de una familia parecía concentrada en la palpitación del silencio, al rededor de aquella vida inmóvil.

—Cuando llegue ese momento, me conduciréis frente á la casa, me tendréis la cabeza bien levantada . . . Entonces, todo será dicho. Despues de ello, ya podré morir.

No quería dormir después de las comidas, temiendo no levantarse más, acosado por los ensueños, bajo los párpados entreabiertos. Y permanecía como una sombra ante la inmensa sombra, envuelto en su fe religiosa, esperando el primer día del siglo.

CAMILO LEMONNIER.

PARÁBOLA DE LAS VÍRGENES PRUDENTES

Y LAS VÍRGENES LOCAS

Y habiendo tomado sus lámparas, las diez vírgenes salieron al encuentro del esposo. Al principio caminaron silenciosas todo á lo largo de los jardines fragantes. Iban las unas en pos de las otras, atentas únicamente á las tenues llamas que oscilaban en las lámparas de oro cincelado, que tenían la forma de tortolas. Las ligeras vestiduras mecidas al andar, deshojaban los rosales que florecían en los linderos, y la onda de perfumes desbordaba de los jardines sobre el camino como el círculo desborda de las luengas copas sobre la mesa del festín.

Cinco de aquellas vírgenes iban delante, porque era más ligero su peso, Maheleth, Jezabel, Idida, Thamar, Azuba. Cuatro llevaban únicamente la lámpara encendida, pero Jezabel, la que tenía sus cabellos de púrpura, á más de la lámpara llevaba un salterio.....

Las otras cinco caminaban más lentamente, un poco fatigadas, porque al peso de las lámparas se unía el de unos vasos que llevaban llenos del más puro aceite de oliva, para alimentar la luz. Eran las vírgenes prudentes, y se llamaban Gomer, Hodes, Orpha, Atara, Jerusa.

Como temieran quedarse demasiado atrás, dieron voces llamando á las cinco compañeras que se habían adelantado; y todas cinco al oírlas se detuvieron, riendo, con sonoras risas, que derramaban en torno grata frescura, como el primer ruido de la lluvia que hiere los verdes y abundantes follajes, en calurosa siesta.

Gomer, sintiendo en su corazón el encanto juvenil de aquellas risas, dijo á sus compañeras:

—¡Por qué llevar estos vasos que nos fatigan? ¡No será mejor ir á la fiesta sin esta carga? Aquellas caminan más ligeras; se mostrarán al esposo antes que nosotras, y tendrán mejor sitio en el banquete, y dijo Orpha, mirando á la luz que temblaba entre las dos alas de la tortola de oro.

—Ved que todavía no es de noche, y que el aceite de oliva se consume rápidamente.

Pero las locas reían; y de tiempo en tiempo se mezclaba á sus risas argentinas una nota del salterio herido al azar, en los juegos, donde los cuerpos aparecían divinamente armónicos como si el crepúsculo fuese la deseada vestidura de la juventud y de la gracia.

Y Jezabel aquella que ostentaba los cabellos teñidos de púrpura, dijo: —Oísteis la voz de Atara? ¡Oísteis la voz de Hodes? Dicen que las esperemos.

Y Thamar, que tenía los labios como los granos del racimo, donde el sol encierra sus ardores, dijo:

—Detengámonos aquí bajo los granados, el fruto está maduro, y las ramas cargadas como jamás las he visto.

Y Maheleth, la perfumada de nardo, suspendiendo su lámpara de una rama, dijo:

—Hé aquí una granada que ríe con todos sus dientes bermejos.

Y entonces Idida y Jezabel y Thamar y Azuba, también colgaron sus lámparas de las ramas, y se dispusieron á recoger los frutos. Y sus manos blancas, ávidas y ligeras escalaron entre el follaje, y semejaban alas palpitan tes en rededor de nidos nuevos. Mas como la alegría del pillaje las condujera al extremo de recoger demasiados frutos, Idida dijo:

—Ved que no tendremos donde llevar tanta carga.

Y Thamar contestó recogiendo sus vestiduras bordadas como las de una reina:

—Yo las llevaré en mi túnica y te daré mi lámpara.

Y su túnica se llenó con el fruto y tuvo dos lámparas Idida.

A este tiempo llegaron las vírgenes prudentes y contemplando asustadas tal pillaje dijeron:

—¡Qué habéis hecho! ¡No teméis la cólera del dueño, si os sorprende?

Y las otras burlándose de ellas, y sin cesar de reír, se dirigieron hacia el bosque de cipreses. Y Thamar iba delante con la túnica llena de frutos deliciosos.

Llegadas al lindar del bosque hicieron alto, y miraron hacia las colinas por donde el esposo debía venir con su cortejo de músicos. Y nadie aparecía, ni se escuchaba rumor alguno. Entonces miraron por entre los cipreses venerables, como por una sucesión de pórticos y descubrieron á lo lejos la morada, deslumbrante como la nieve de las cumbres, y abierta sobre sus goznes de oro, la espléndida puerta de cedro, que conducía al cenáculo de estío donde el banquete nupcial se hallaba dispuesto.

Gomer dijo depositando al pie de un ciprés su vaso lleno de aceite:

—El esposo se ha retrasado. Es preciso esperar.

Jezabel dijo:

—Sentémonos, aquí al borde del camino. Al verle de lejos; iremos á su encuentro danzando alegremente.

Y todas ellas se sentaron en aquel paraje, menos Thamar, que fué de una en otra ofreciendo sus granadas.

Pero las prudentes rehusaron, porque ellas deseaban guardar sus labios para los sabores del banquete nupcial; y mudas, sentadas en actitud recogida, teniendo cerca la lámpara y el vaso; la sien reclinada en la palma de la mano, y el codo en la rodilla, avizoraban con ojos ardientes la llegada del esposo. Y el lineamiento de las colinas azules, en el silencio del horizonte, tenían la dulce sinuosidad de aquellas bocas mudas.

Thamar, dijo, abriendo la más rica de las granadas, con el gesto, que hubiera abierto un cofre asirio lleno de pedrería:

—Alabemos al Señor que nos concede este fruto, el más bello entre todos los que engendra la feracidad de la tierra! ¡Ala-



PRIMERA CAIDA. — Cuadro de Martín Schongauer

bemos al Señor que así nos testifica su grandeza !

Azuba dijo :

—Es el fruto elegido por el Señor en su morada. Para adornar el templo, el rey Salomón hizo labrar á Hurán cuatrocientas granadas de oro, las cuales fueron puestas en los capiteles que sostienen las columnas.

Maheleth dijo :

—Y el rey Salomón, todavía hizo á Hurán que labrase otras cien para adornar el tabernáculo.

Maheleth dijo :

—Y el rey Salomón cuando celebra las exultencias de la esposa, compara el color de sus mejillas al de la granada.

Y Jezabel con los dedos teñidos por el rosado zumo tocaba el salterio. Y sus cuatro compañeras, con las mieles del fruto en los labios, entonaban loores al Señor Dios de Israel.

Y su cántico era de esta suerte :

I. ¡Oh Señor, recibe la ofrenda voluntaria de mi boca, que se deleita en tu obra.

II. Bello es Señor este testimonio de tu poder, y tú lo depositas en mis manos para mi alegría.

III. Exalta ¡oh alma mía ! La benignidad del Señor, que así pone dulzores en tu lengua.

VI. De una flor roja, crea el fruto del granado á semejanza del santuario.

V. Y divide su interior en dos recintos, como el velo de púrpura bordado de querubes, divide el santuario.

VI. Y en uno y en otro recinto hizo tantos camarines como sierpes hay en torno de su morada amenazando de muerte á los impíos.

VII. Y tantos como cofres dispuestos á recibir las ofrendas en la corte de Israel.

VIII. Y fue su voluntad, que tuviesen un mismo nombre el lugar sagrado y el fruto hermético.

IX. Y prodigó su magnificencia en una y en otra arquitectura.

X. ¡Oh ! Alma mía, exalta al Señor que formó tal maravilla para tus ojos, para tu boca y para tus manos.

XI. En la corte de Israel yo cumpliré mis votos, no con sedas, ni con palomas, ni con perfumes, sino con fruto de mis granados.

De esta suerte cantaron aquellas vírgenes locas. Y las palomas familiares que dormían en los cipreses, despertáronse á este canto insólito ; y un estremecimiento de alas agitó el negro follaje de los árboles, sobre la cabeza de las vírgenes prudentes, sentadas al pie.

En el dulce silencio que siguió al cántigo, Hodes levantándose celerosa dijo :

—¡Hé aquí el esposo que llega !

Al oírla, todas asieron sus lámparas, y se levantaron mirando hacia las colinas. Pero por aquel lado no se veía á nadie, ni se escuchaba el más leve rumor.

Thamar dijo riendo :

—Tú sueñas, Hodes. Sí, el ensueño pasa sobre tus pupilas, duerme Hodes, duerme.

Y todas ellas volvieron á sentarse ; y en la larga espera, miraban las constelaciones que resplandecían en el azul profundo.

Y aquella inmensa palpitación lícida del firmamento, parecía guardar un ritmo misterioso con la secreta palpitación de las vidas. La molicie nocturna ondulaba en el silencio, como un lago perezoso de flores impalpables. Los cipreses augustos, poblados de palomas, dejaban caer desde sus cimas, velos de tinieblas, más delicados que las túnicas paganas de Coos. Los estremecimientos de alas y los arrullos interrumpidos, eran como el ruido dulce de las ánforas que rebosan en la fuente cercada de laureles.

Jezabel, apoya la frente en el salterio de marfil, y murmura vagas palabras. Su rostro que el sueño enlanguidece, queda oculto

en la púrpura sedosa de los cabellos. La lámpara posada á sus pies, recorre con una danza de reflejos los bordados de las sandalias, la pedrería del cinturón, las cuerdas del salterio. Y como el rocío destila de una rosa, de su boca entreabierta destilaba la dulzura del sueño. Luégo, todas ellas, una tras otra, se durmieron como Jezabel. Primero su respiración fue suspirante, después igual, tranquila, lenta con la mesura de los antiguos cánticos.

Sobre los rostros, se extendía el misterio de las regiones lejanas á donde las almas armónicas son conducidas por los ensueños. Y los labios de aquellas vírgenes parecían besados por un amor invisible, en el fondo encantado de grandes lagos inmóviles. Las lámparas ardían á sus pies iluminando la bordada fimbria de los ropajes ; las coronas inextinguibles de los astros, ardían sobre la cima de los cipreses negros. El tiempo pasaba. Y al mediar la noche, inesperadamente, se oyeron clamores que decían :

—Hé aquí al esposo que se acerca ; id á su encuentro.

Y entonces todas las vírgenes abrieron los ojos estremecidas, y se inclinaron para tomar las lámparas, y se pusieron á reanimar las tenues llamas que se extinguían.

Thamar dijo :

—Mi lámpara se apaga.

Y Maheleth :

—Mi lámpara ya no arde.

Y Azuba :

—Ya no queda en la mía ni una gota de aceite.

Idida y Jezabel, dijeron lo mismo, y todas ellas se dolían porque ya escuchaban cercano el són de las músicas.

En tanto las otras, alegres y ligeras, verían en las lámparas el aceite que llevaban en los vasos. Y las vírgenes locas dijeron á las vírgenes prudentes :

—Dadnos un poco de aceite porque nuestras lámparas se apagan.

Y las vírgenes prudentes respondieron:

—Id corriendo á casa de los mercaderes, y compradle. El que nosotras llevamos, quizás no llegue para todas.

Azuba dijo:

—Es la media noche. ¿Dónde buscar á los mercaderes?

Pero las prudentes sin responder, se adelantaron al encuentro del Espeso que llegaba seguido de su cortejo.

Idida, dijo á sus compañeras, viéndolas ocultarse en la sombra con las lámparas apagadas:

—¿Qué haremos nosotras?

Y pasó el esposo, la faz cubierta por un velo de Asiria, á través del cual brillaban sus ojos como carbunclos engastados en joyel de oro; y con el esposo pasaron las náusicas y las antorchas, y las ramas de mirtos y las palmas y los aromas. Y todo el cortejo desfiló por el bosque de cipreses hacia la morada, resplandeciente como la nieve de la cumbre; y se dirigieron á la puerta de cedro y goznes de oro que conducía al cenáculo de estío donde el banquete nupcial se hallaba dispuesto. Y entró el cortejo; y rodeando al esposo iban aquellas cinco vírgenes que conservaran encendidas sus lámparas y todo lo vieron retiradas en la sombra Idida y Maheleth y Jezabel y Azuba.

Idida dijo:

—¿Qué haremos nosotras?

Thamar dijo:

—Acerquémonos á la puerta, y llamemos para que nos sea abierta. Hartas luces hay en el banquete, y no será menester que arden nuestras lámparas.

Y se adelantó por el bosque de cipreses, que parecía poblado de un estremecimiento de alas.

Jezabel, la que ostentaba los cabellos de púrpura, la que pulsaba el salterio dijo entonces:

—Ved ! En esta noche, hasta las palomas se embriagan de amor.

Y Maheleth, perfumada de nardo, suspira pensando en el amado de su alma.

Y llegaron ante la puerta, que era espléndida, toda de cedro, sobre goznes de oro. Y llamando con las lámparas apagadas, gritaron á un tiempo:

—Señor, Señor, ábreños !

Y callaron, atentas al rumor de unos pasos que se acercaban de dentro; y luego repitieron todas juntas este grito:

—¡Señor, Señor, ábreños !

Y el Señor respondió:

—Yo no os conozco.

Y las vírgenes suplicaron:

—Cantaremos de nuevo, para volver á soñar bajo las estrellas. La noche es breve y las colinas palidecen porque han sentido el aliento del alba.

Y pulsó el salterio, y sus compañeras la rodearon asidas de las manos; y en corona armoniosa se adelantaron por el bosque de cipreses, sin volver los ojos á la puerta de cedro y goznes de oro, cerrada para ellas; y si algo lamentaron fue solamente que sus lámparas, no pudiesen convertirse en sistros sonoros.

De esta suerte, tornaron al lugar donde antes se durmieran, y se tendieron sobre la tierra florida. Y las unas reposaban su cabeza sobre el pecho de las otras, buscando la actitud más propicia para reanudar el hilo de los ensueños. Y las almas eran semejantes á los tejedores que habiendo interrumpido su tarea, vuelven á ella y recogen la lanzadera acostumbrada á cantar, como la golondrina, entre el lino.

Jezabel dijo, al mismo tiempo que cubría el pecho de Thamar con la púrpura de su cabellera :

—¡Oh ! Thamar, como embalsama tu pecho.

Y Thamar que llevaba entre sus senos una bolsa de mirra suspiró pensando en el Amado.

Y después de algún tiempo las almas virginales comenzaron á tejer los bellos ensueños.

Thamar fue la primera en despertarse; soñaba que el amado la sostenia y que le daba los besos de su boca, más dulces que

el vino. Se incorporó estremecida, y Jezabel también se levantó, y todas se levantaron del sueño como de un bien hacia otro bien. Y la fuerza de la vida, como la luz en el agua de un surtidor, palpitaba con palpitación sin nombre, en la turgencia de las formas gráciles, y las vestiduras sobre los cuerpos juveniles, eran como la piel sobre la almendra blanca y lechosa que debe saborearse desnuda.

Y Thamar exclamó, adelantándose hacia las colinas :

—El sol se levanta; salgamos á su encuentro.

Y huyeron, con las palomas de la umbría de cipreses hacia las colinas; y abandonaron sobre las amapolas deshojadas, las lámparas de oro. Y ni una sola de las cinco vírgenes se volvió para mirar si relucía á lo lejos la puerta de cedro y goznes de oro,



SAN JUAN. — Cuadro de Gebhardt Sugd

—¡Abrenos, Señor !

Y el Señor respondió:

—En verdad os digo que no os conozco.

Y oyeron los pasos que se alejaban. Y á través del bosque sonoro la alegría confusa del banquete; y pusieron atención por entender las voces de sus compañeras.

Idida, dijo:

—¿Qué sitio tendrán ellas en el banquete ?

Y Thamar :

—Cualquier que sea, nunca sabrán lo que vale la alegría.

Y Azuba :

—Sobrábales aceite para sus lámparas y para las nuestras, y no han querido partirla.

Y Maheleth :

—¿Vamos á permanecer aquí ante la puerta ?

Y Jezabel :

porque todas habían olvidado el banquete.

Y Jezabel la que ostentaba sus cabellos de púrpura, dijo levantando su salterio:

—Sigamos adelante; y saludemos al Sol con un cántico.

Y pulsó las cuerdas; y sus compafieras, la rodearon asidas de las manos, entonando un nuevo cántico.

Y cada una miraba con el deseo secreto de ver aparecer de improviso en la alegría de la luz, al mancebo blanco y bermejo elegido entre diez mil.

GABRIEL D'ANNUNZIO

A UNOS

A dónde? Al porvenir! A la alta cumbre
Donde brillan, cual fúlgidos fanales,
Del Arte los eternos ideales
Bajo cascadas de sidérea lumbre.

En medio de la absorta muchedumbre
Entonad vuestros cánticos triunfales.
; Subid, volad cual águilas reales,
Y luz de gloria vuestra senda alumbe!

Para que eterna viva vuestra fama
Buscad las cimas, nunca los atajos;
; Subid! Volad! El porvenir os llama,

.....Pero mi anhelo es vano; oh seres viles!
; Cómo podréis subir, si sois tan bajos!
; Cómo podréis volar, si sois reptiles!

ISMAEL ENRIQUE ARGINIEGAS.

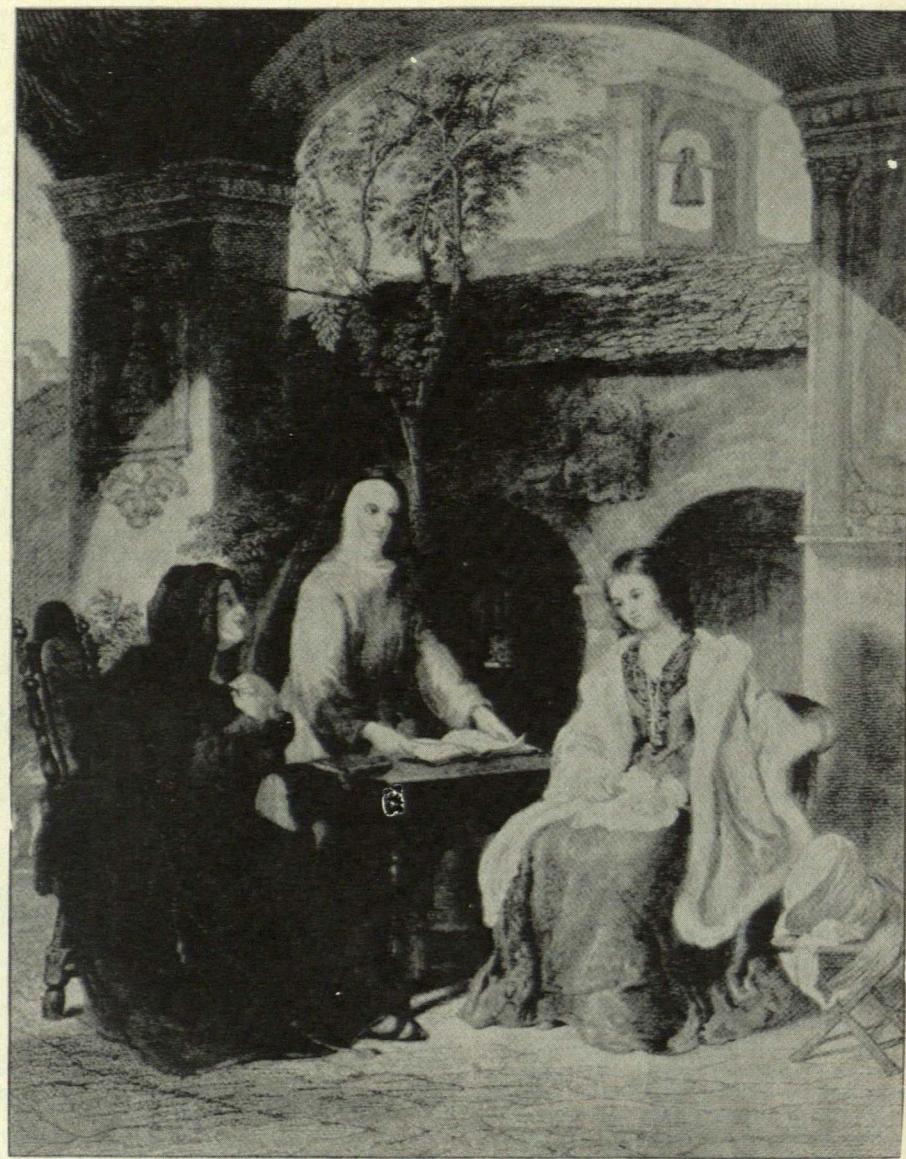
ANOTACIONES

CUENTOS DE COLOR POR M. DÍAZ RODRÍGUEZ

CARACAS—TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.—1890

POcos escritores, entre nosotros, han sabido como el autor de estos cuentos, encauzar sabiamente las facultades con que, de manera prodigiosa, lo dotara la naturaleza. En la obra de Díaz Rodríguez, algo numerosa ya, se advierten las huellas de un proceso evolutivo, hondo y sosegado, que desde su aparición en el campo de la literatura ha venido operándose en su personalidad. Puede decirse que el rasgo más notable de su labor artística es la armonía, una deliciosa armonía que convida á pensar en una acabada organización cerebral. Cada uno de sus libros, si se los estudia cuidadosamente, representa el eslabón de una cadena luminosa cuyo fin no es fácil de adivinar, un paso más hacia el perfeccionamiento, una faz desconocida del edificio de sus sueños—especie de palacio maravilloso que un arquitecto de la lengua hubiese imaginado en un rapto de inspiración.

Uno á uno, han venido sus libros á mostrarnos el precioso rincón de alma donde, por largo tiempo se albergaron, gallardas y lozanas, la infinidad de sensaciones que el artista logró arrebatarle. Y en ese trabajo, minucioso y paciente, las facultades todas de su espíritu fueron adquiriendo el desarrollo adecuado á la producción artística. El no ha sentido, como otros, la imperiosa necesidad de revelar, á un tiempo mismo, el caudal de belleza que el sonoro instrumento de su alma es capaz de emitir; sino que, muy por el contrario, como gran conocedor del alma humana y de los fines misteriosos del arte, lentamente y por grados, ha venido recorriendo la escala de su espíritu y afinando las fibras más delicadas que forman esa escala. De esta suerte, cada libro suyo es como la representa-



EL MUNDO O EL CLAUSTRO. — Cuadro de W. Collins

ción de una faceta de su espíritu, faceta que, al juntarse en el tiempo y en el espacio con otra nueva, descubierta y pulida por el artista, nos hace ver las llamas multicoloras que arden en su interior.

Por cuanto él ha meditado largamente acerca de los asuntos que le han servido para exteriorizar sus sensaciones, los órganos que á tal efecto ha puesto en juego han adquirido en medio á un ejercicio ininterrumpido la mayor suma de bondades á que es permitido aspirar y con ello, el poder de sus sentidos, de continuo despiertos, al acrecentar su esfera de acción, van poblando de imágenes, cada día más perfectas, el mundo ilimitado en que él se agita.

Quizá la solidez de su educación científica haya contribuido en mucho á realizar esa armonía que tanto nos seduce y que ella, en el momento mismo en que al artista le fue revelada la belleza, refrenara los ímpetus de su imaginación de tropical y de latino y le enseñase á descubrir y contemplar las cosas bellas con el mismo método y los mismos procedimientos de que antes se valiera en laboratorios y anfiteatros para resolver los problemas vitales.

Se hace tan evidente ese desarrollo armónico de la personalidad artística de Díaz Rodríguez que para la mejor comprensión de este libro es necesario acudir á los datos que nos suministran los anteriores y mantener viva

la impresión que dejaron en muchas almas. Quien no los haya leído, ó los hubiese leído de carrera, no sabría apreciar debidamente esta colección de cuentos, ni alcanzaría á formarse idea cabal del alma del escritor. Esos cuentos, en nuestro sentir, antes que un producto aislado son la necesaria continuación, ya de las preciosas sensaciones que el viajador recibiera en el curso de su vida trashumante, ora de aquellas monografías de refinado análisis que la pasión amorosa le dictara. Del brillo radiante, de la imagen fiel y coloreada, de la música evocadora de oídos é infinitos goces, de la profunda concepción de la idea, de los engaños y apariencias fugaces de almas complejas, del dolor y la amargura, del perfume suave y acariciador que exhala el espíritu acostumbrado á la vida interior, de la curiosidad y el entusiasmo de una inteligencia en cuya formación laboraron de consumo la belleza y la ciencia, de todo eso, amalgamado, cuidadosamente combinado, posee este libro de cuentos.

Para que, con pie seguro y conciencia plena desvelase él esta faz desconocida de su espíritu, le fue necesario esa obra de iniciación contenida en sus tres primeros volúmenes que á más de representar, separados ó en conjunto, una exquisita y quasi acabada labor de artista, se nos antoja la expresión más eloquente de las excelencias de sus procedimientos y, por ende, el ejercicio más prolonga-

do que escritor alguno haya practicado entre nosotros. Sin duda, él lo ha comprendido así; y esa inalterable y serena trasparencia que hallamos en sus producciones donde parece que todo naciera fácilmente, como sin ningún esfuerzo, nos descubre, con mayor claridad, esa su reposada y magnífica inteligencia.

Anatole France ha dicho del cuento que es elixir y quintaesencia y ungüento precioso. En efecto, y quizás debido á nuestro actual género de vida y á las inquietantes necesidades de la inteligencia moderna, un cuento—y demás está decir un cuento bueno—equivale á algo muy puro y muy perfecto, á la condensación de muchas ideas, á la realización de un grande anhelo, á la evocación de multitud de sensaciones adormecidas, al despertar de rápidas e intensas vibraciones del alma humana. Por ello, y aun cuando en nuestros días es muy socorrido este género de composiciones literarias, muy escasos son aquellos que en justicia merecen el nombre de cuentistas.

Como el arte en general, el cuento ha evolucionado también y á los antiguos procedimientos de factura han sucedido otros nuevos con ayuda de los cuales se le ha dado vigor y elegancia á esa rara y perfumada fluorescencia del espíritu. El cuento, tal como hoy lo entendemos está muy lejos de esas pesadas e indigestas narraciones en que se entretienen para solaz de comadres y lectores de folletín muchos de los que han dado en la manía de acabar con las musas. Ni por la exposición de los asuntos que la vida real ofrece, ni por el rasgo de espíritu que sus autores revelan, ni por el estilo, casi siempre desmafiado e informe, ni mucho menos por el arte, podrían considerarse como cuentos esas producciones anodinas con que suelen destruir el buen gusto ciertos escritores, de una especie rara, á quienes permite vivir la excesiva tolerancia de nuestro siglo.

Muchos, y de ello darían fe las columnas de nuestros periódicos, han llegado á creer firmemente que para escribir un cuento basta sólo recoger una de las tantas crónicas que van por la ciudad de boca en boca y trasladarla luégo al papel, sin más cuidado que el de abrillantar la obra con algunas de las tantas preciosidades que de buen grado ofrece para el caso el extenso catálogo de los lugares comunes. No son escasos los moralistas de parroquia que en la estrechez de sus cerebros se imaginan que cualquier anécdota, vulgar y limitada como ellos, referida en tono de predicador y provista de una moraleja, constituye el mejor de los cuentos; y no son pocos los megalómanos que pretenden, en razón de los desórdenes mentales que la enfermedad trae consigo, haber realizado una obra maestra en materia de cuentos con arrebatarle la existencia de un modo inesperado, á una criatura convencional que ellos toman en la cuna y conducen luégo á un rincón de cementerio, después de haberla hecho pasar al través de la pila bautismal, de la escuela, del salón, del garito y hasta de la vicaría. Criminales á quienes la justicia no persigue, para ellos no hay cuento si la sangre no ha sido vertida, si el personaje fantástico y sobrenatural que han concebido no sucumbe en la narración.

Cuánta historia tonta y banal cuyo único encanto consiste en salir de la boca, necesariamente perfumada, de un conde ó de un marqués; cuánto sucedido despreciable anda por ahí usurpándose el calificativo de cuento!

Las leyes de la estética nos enseñan que toda obra de arte tiene por fin expresar el carácter esencial ó saliente de algún objeto real. Por ello, ese carácter ó rasgo, al ser transformado por el artista en materia ideal, debe procurarnos, hasta donde sea posible, la representación más completa del objeto que le sirve de base.

Es precisamente en el cuento donde debe observarse con mayor cuidado esa regla de estética. Obligado el cuentista á encerrar en los

estrechos límites de la composición la idea que le ha suministrado un suceso cualquiera de la vida, debe, para evitar un fracaso, estudiar más y mejor que otro artista esa cualidad esencial y comunicarle tal grado de intensidad y tal poder de evocación que le permitan despertar en el ánimo del lector la más amplia representación de la imagen por él entrevista. La elección de los asuntos, que en mucho depende del temperamento de cada escritor, no ha de influir directamente en el mérito del cuento, si se atiende que la belleza y hermosura de ellos depende menos de la grandeza de la idea que de la manera de exponer.

Todo cuento, por el solo hecho de su extensión representa un trabajo de detenido análisis, de paciente condensación y de honda labor creadora en la cual ha necesitado el artista poner en ejercicio gran parte de sus facultades. El estilo, la correspondencia que entre sí han de guardar los diversos términos de la obra, la penetración del artista frente al asunto, el ambiente en que se desenvuelve la narración, la nota característica, la sensación sostenida, todo en el cuento debe armarse complementarse. De esa armonía, y no de otra cosa, ha de brotar como un perfume la impresión dominante, la imagen ideal, la música exquisita y, en una palabra, el alma, toda gracia y encanto, de esa preciada flor del arte.

Díaz Rodríguez se ha servido muchas veces para escribir un cuento de una imperceptible vibración anímica, asida con maestría y que él, hábil en el manejo del análisis, ha sabido descomponer hasta extraerle todos los secretos y todas las bellezas que encerraba. Muchos y muy variados son en este libro los estados de alma, conmovedores y raros, que constituyen la base de los distintos cuentos; y puede decirse que en algunos de ellos la imagen ha sido tan persistente y tan fecunda que con sólo exponerla ha hallado el autor los medios de hacernos sentir más de un problema complicado y difícil. Cada cuento de los suyos, representa ya el símbolo de un sentimiento ó de una aspiración, ya la sutil y dolorosa evocación de un pesar muy íntimo, ya el temblor fugaz ó el detalle que, por sí sólo, manifiesta las torturas ó los goces de un espíritu. Pero símbolo ó temblor, no adquieren su verdadero significado sino merced á la fácil y sabia manera de exponer. La impresión total que el hecho aislado produjera en el alma del artista no se nos revela sino lentamente, pausadamente, como si él hubiese querido poseicionarse del lector y hacerle sentir, en toda su plenitud y en todo su vigor, la serie de sensaciones que ese mismo hecho fue despertando en su mente.

Con el objeto de alcanzar tal fin él empleó todos los medios que en casos parecidos acostumbran los buenos escritores y por ello, su obra reciente está destinada á vivir.

Para desentrañar el oculto sentido de una sensación—que referida tal cual aparece y es notada por todos pierde la magnífica fragancia y el misterioso encanto de que está animada—no existe quizás otro instrumento más ventajoso que un análisis bien dirigido. Es sólo después de una descomposición y de un estudio prolongado cuando el sentido que contiene un suceso cualquiera toma para nosotros los verdaderos caracteres de la más completa realidad; y sólo es entonces cuando podemos gozar intensamente, ora de la belleza, ya del poder de ese suceso. Necesario es, para suministrar en cortas líneas todo un estado de alma, que á las veces resulta complicado, proceder á un examen de los antecedentes que hayan podido originarlo. El artista que sea capaz de verificar tal labor sin traspasar los límites asignados al cuento habrá de salir airoso en sus afanes. En los cuentos de Díaz Rodríguez la pasión por el análisis es constante sólo que, no dejándose llevar exclusivamente de esa pasión, su análisis no destruye la

imagen como á otros le acontece sino que, por el contrario, la embellece y fecunda.

Puede decirse que es muy rara la obra moderna donde el ambiente físico, el aspecto general de la naturaleza haya sido olvidado. De algunos años á esta parte, entre los escritores naturalistas sobre todo, el medio exterior ha sido debidamente apreciado como materia artística.

El trozo descriptivo es casi un deber y no en balde abrimos un libro sin que al instante demos con una descripción. No es esto una novedad, ni mucho menos, porque en los libros de todas las edades y de todos los pueblos, el paisaje bello y ameno salta á cada paso; pero si existe, entre antiguos y modernos, una radical diferencia en cuanto á la manera de aprovechar y hasta de sentir la naturaleza. Los artistas de otros tiempos se servían de ella como de mera decoración, de simple adorno, mientras que para los escritores del día, debido sin duda al poder abrumador de los descubrimientos científicos y al espíritu de la filosofía dominante, el paisaje, la naturaleza toda se ha tornado en algo más complejo. Para esa filosofía el mundo exterior ha dejado de ser cosa inerte, obra caprichosa de un artifice que le dio forma para mayor alegría de sus criaturas, y se ha convertido en perpetua fuente de emociones. La ciencia no ve ya en el hombre un sér aparte, que vive como un rey dentro de lo existente, ni en las manifestaciones de su alma el poder de una entidad abstracta ajena á toda influencia, sino un organismo, el más alto sin duda en la escala de los seres, cuya inteligencia ha vivido estrechamente ligada á cuanto la rodea; de modo que para ella todo acto mental es sólo la resultante de una serie de acciones y reacciones que muchas veces tienen su origen en el mundo físico. Por otra parte, la literatura y el arte que siempre han sido reflejo del estado de los conocimientos y de las ideas reinantes, no pudiendo sustraerse al influjo de la ciencia, recogieron esas enseñanzas y le dieron su más debida aplicación y á tal punto, que no existe obra de las publicadas en los últimos treinta años, por lo menos, donde no veamos el más ligero estado de alma y la más silente turbación de un espíritu determinados, complementados ó explicados por la descripción de un paisaje. En esas obras los seres viven y se agitan bajo un ambiente adecuado á su temperamento y á su carácter y se armonizan con él de tal manera que sería difícil concebirlos en otras circunstancias.

Díaz Rodríguez ha creado para cada uno de sus cuentos un medio apropiado, una atmósfera que participa del estado y condiciones de las almas que estudia y les ha comunicado así un nuevo elemento de belleza y de verdad. En casi todos sus cuentos el factor del ambiente exterior realiza por sí sólo un encanto y concurre á fijar la imagen y á fortalecer la sensación. Pero es á nuestro entender en el "Cuento gris" donde esa facultad de reproducir la fisonomía de las cosas y de referirla al asunto tratado se hace más evidente. Sin el auxilio de ese paisaje cuidadosamente elegido, la idea del cuento habría perdido en intensidad y quizás el autor no hubiera podido ofrecernos, por la primera vez, una obra de sabor y colorido netamente americanos. Ojalá que ese ensayo feliz oblique á Díaz Rodríguez á dirigir sus miradas y á consagrarse su talento, aun cuando no fuese sino en parte, á las cosas de la patria, cuya literatura, todavía naciente, reclama el concurso de grandes inteligencias como la suya.

Tratándose de cuentos debe exigirse siempre la mayor perfección en ese instrumento del arte de escribir llamado estilo. Y ese estilo, que difiere según el temperamento del escritor, ha de responder en cada caso al brillo y condiciones del asunto. En algunas ocasiones la materia de que se sirve el artista es en sí misma de tan escasa importancia que sin el recurso que brinda el estilo carecería la obra



GRAN HOTEL VENEZUELA. — Esquina de La Torre. — Fotografía de F. C. Lessmann

de interés y de encanto. Ello se explica fácilmente si atendemos al verdadero significado del estilo y á las condiciones que, para ser bueno, debe encerrar un cuento.

Además del significado que el léxico asigna á los vocablos, los verdaderos artistas ven de continuo en las palabras ó en las combinaciones de palabras, algo extraño y misterioso, músicas y colores, que el ojo inculto no sería capaz de descubrir y que, bien expresado, es lo que constituye el estilo. Así, quien ateniéndose sólo al sentido estricto y reducido de las voces tratará de darle forma á sus pensamientos alcanzaría, en todo caso, un éxito mediano, pues existiendo una relación íntima entre la idea y el órgano de emisión, llámese este palabra, sonido ó color, la mayor extensión que quiera dársele al pensamiento resultará siempre del conocimiento que se posea de los resortes de ese órgano.

En lo que al cuento se refiere, es tan reducido el espacio en que el artista ha de encerrar toda una pasión humana ó todo un concepto de la vida, que le es necesario apelar á ciertos medios que únicamente el estilo puede suministrarse. Un grupo de palabras sabiamente elegidas nos harán sentir por medio de una imagen ó de una sinfonía, y por la sola virtud del lenguaje bien manejado, lo que muchos no alcanzarían con una explicación detallada. Lo que en el cuento buscamos no es la relación completa de una existencia ó de un suceso real sino más bien un conjunto de sensaciones que, al ser complementadas por nosotros mismos, nos hagan ver los secretos de esa existencia ó el estado de alma produc-

tor de ese hecho. A más de los elementos que para estos casos ofrece el análisis, la detenida observación y el conocimiento del espíritu, el cuentista ha de meditar muchísimo acerca del estilo.

Es en estos cuentos donde el estilo de Díaz Rodríguez ha alcanzado su mayor desarrollo. En efecto, el artista ha perfeccionado de tal suerte su escritura artística, que bien puede considerársele como maestro de estilo. Sin duda, él se ha propuesto, á ejemplo de D'Annunzio, "hacer obra plástica y sinfónica, rica en imágenes y en músicas," pues el idioma castellano en manos suyas adquiere nuevas bellezas y nuevos encantos. Pesando el valor de cada palabra y el de las relaciones de esas palabras entre sí, él ha descubierto matices exquisitos de un colorido sobrio, y armonías raras y deliciosas.

Su prosa se hace cada día más sonora y más plástica y por consiguiente la imagen que él va formándose de las cosas que observa, suministran de manera prodigiosa las propiedades de esos dos elementos. Después que leemos uno de sus cuentos queda flotando ante nosotros la visión coloreada de la imagen general expresada por el estilo. Ha sido por ello, y no por mero capricho de artista, que el autor asignó á sus recientes creaciones un color diferente. Ese color es algo que se compenetra con el asunto del cuento y se desprende de él como una ligera emanación luminosa que arropa el objeto, idealizándolo. De igual manera, la música amable escapada de las frases aliena el espíritu; y la armonía persistente que, como un *leit motiv*, recorre todo el relato, sostie-

ne y complementa el brillo de las imágenes, depura la sensación, pone á vibrar las fibras más delicadas, ofreciéndonos algo que podríamos llamar el alma del cuento.

Hacer sentir y pensar en cortas líneas: tal parece ser el oficio del cuentista; y quienes lean este libro de Díaz Rodríguez tendrán ocasión de valorar el poder de su inteligencia creadora y de su grande alma de artista. Más de un problema complicado nos presentan las páginas de esta obra, más de una idea fecunda, reveladora de un largo proceso mental, bulle en esos perfidos armoniosos, más de una turbadora sensación hallamos en medio á las bellezas de la prosa.

ANGEL C. RIVAS.

TEMBLAD !

Cuentan que un rey,
soberbio y corrompido,
cerca del mar con su conciencia á solas,
sobre la playa se quedó dormido ;
y cuentan que aquel mar
lanzó un rugido
y sepultó al infame entre sus olas !

Hoy..... bien hacéis
¡ oh déspotas del mundo !
en estar con los ojos muy abiertos,
porque el pueblo es un mar
y un mar profundo,
que piensa, que castiga y que iracundo
os puede sepultar ! ; Vivid despiertos !

JULIO FLOREZ.

IN MEMORIAM

PARA "EL COJO ILUSTRADO"

Aroma de flor mística, fugaz viajera blanca,
Aquí se acerca, un alma doliente á consolar;
Perfuma un solo día la tierra; el vuelo arranca
Y parte, otras esferas de sombra á iluminar.

Del cáliz de amargura probó una sola gota,
Y en éxtasis de excelsa, feliz serenidad,
Apenas principiado el ardiente viaje, flota
Su barca en el océano de ignota eternidad.

Cual orla espuma cáudil t la ola en el naufragio,
Ella las asperezas del mundo embelleció;
Jamás el mal tocóla con su mortal contagio,
La calma de su espíritu la vida no turbó.

La muerte á impedir vino con ala protectora
Que el tiempo profanara su amor, su excelsa fe;
Guardóla ese tesoro intacto y en su hora
Amante, amada y pura con ese amor se fué!

Ya entró en la tumba augusta. Tal vez las margaritas,
De aquellos caros átomos su savia tomarán,
Y abiertas á los rayos de auroras infinitas
Su esencia en misteriosos efluvios verterán.

Mas ella, el sér, lo íntimo, la indeficiente llama
Trasunto de la eterna belleza y del amor,
Como un sublime *sursum* hacia su cumbre llama,
Más fuerte que el olvido y el llanto y el dolor.

Es un viviente fuego de inspiración; esencia
Que en los seres purísimos se vino á refundir;
En ellos, ella existe con fervida presencia;
¿Qué importa que al perderla me sienta yo morir?

¿Qué la espantosa herida del corazón? ¿La fría
Hoja que en ese instante de horrible lentitud,
Arrebató en el vértigo de trágica agonía
Mi ensueño, mi esperanza, mi amor, mi juventud?

Dolor de los dolores! Lo quiso estrella acaiga;
No al golpe he sucumbido, para sentir después,
Que mi razón un hábito de horror azota, apaga
Y se hunde ya vacío, el mundo ante mis pies!

El llanto—estéril lluvia—del corazón desborda
Y el alma en el sombrío naufragio en que se hundió,
Halló en su desamparo la tierra ciega y sorda.
Llamó al cielo, y sus puertas cerradas encontró!

Oh Dios! si nada dura, si todo es solamente
El sueño de una hora, la sombra de un ayer,
¿A qué el esfuerzo heroico del brazo y de la mente?
¿A qué la vida surge del fondo del no sér?

Si la esperanza que habla al mísero ha mentido,
Si es el amor que el alma devora un sol falaz,
Más vale el limbo vacuo de los que no han nacido,
Más vale ¡oh tumba oscura! tu sempiterna paz!

Mas no, que á veces brillan estrellas fugitivas
Que muestran del camino la etapa superior,
Por eso se iluminan las frentes pensativas
Marcadas con el sello del genio y del dolor.

Oh estrella de mis noches! oh esposa que partiste,
Tú has sido para el alma suprema anunciacón,
Mi espíritu en la llama de la verdad prendiste
Y del amor sin límites mi ardiente corazón.

Muriendo hora por hora la humanidad avanza
Y todos allegamos del Bien eterno en pos,
Los unos sus dolores, los otros su esperanza,
En esa escala inmensa que va del polvo á Dios.

Y si—Deidad infauta—la Vida exige ofrenda
De lágrimas, si el lote del Hombre es el pesar,
Síganos recorriendo la solitaria senda
Donde el Destino acerbo mi flor vino á segar.

Trepemos sin descanso la cuesta áspera y triste:
No es daño del recuerdo ni de la lucha huir;
La muerte es una cumbre; miseria cuanto existe
Y somos todavía indignos de morir!

En tanto, retroquemos las tintas de ese ocaso
Y de su luz que muere al rayo evocador,
Guardemos las reliquias del destrozado vaso
Que perfumó por siempre la rosa de Lahor.

Visiones infinitas del alma que agoniza!
Oh ensueños fugitivos! oh plácida ilusión!
Dejad que yo remueva la pálida ceniza
Que cubre el fuego extinto de un muerto corazón.

¿Quién sino yo el gran culto tendrá de su memoria?
¿Quién, sino yo la lámpara reanimará en su altar?
Oh muerte! fue incompleta tu fúnebre victoria;
Yo vivo; no del todo pudistela llevar.

Oh sombras silenciosas de su nativa selva,
Oh noches melancólicas que no la veréis ya,
Guardadme de ella el santo recuerdo hasta que vuelva,
Venciendo la corriente del tiempo que se va!

Y tú, flor, astro, espíritu! un rayo, un solo rayo
Envía hasta este abismo, de tu radiante luz,
Confórtame en la hora sinistra en que desmayo
Exámine, entre sombras, al peso de mi cruz.

CARLOS ARTURO TORRES.

1899.

PAGINAS PARA LAS DAMAS

Para EL COJO ILUSTRADO.

La moda en París y Viena—El raso cristalino y el terciopelo—Fantasías primaverales—Los dijes—Mesas aristocráticas—El Carnaval—Mujeres y flores—Un libro para las damas—La Princesa de Asturias—Las bellas artes y el feminismo—Austeridades de la Cuaresma.

Madrid.—1899.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.

La moda tiende á un transformismo radical, y de ello vemos sobrados indicios, en la evolución que sufrieron este invierno los trajes. Las túnicas habrán de generalizarse durante la primavera y el verano, así como las sobrealfaldas sueltas, ya que París y Viena, los dos centros de la elegancia europea, se han singularizado en este sentido. Aun dentro de los escasos modelos de túnicas que circulan, se encuentran diversidad de gustos; túnicas cortas y largas, bullonadas y lisas, debiendo advertir sin embargo, que la hechura más bella es la de túnica ceñida en las caderas, y muy larga. Suelen adornarse con bieses, trencillas y bordados, porque si bien se ven algunos volantes, éstos, chocando radicalmente con la extremada delgadez anterior de las faldas, parece que no halgan los gustos de las damas europeas.

El raso cristalino, en la actualidad goza de gran boga para los trajes de baile y reunión, por ser una tela brillante, flexible, vaporosa, muy á propósito para la interpretación de las fantasías modernas. Predominan en su elegante tejido, el azul—porcelana, el blanco—nieve, el rosa—salmón y el Corinto; combinado con otros géneros de mayor consistencia, y diferente pero armónico matiz, se obtienen creaciones muy bellas. El terciopelo también disfruta de entusiasta aceptación en las más distinguidas esferas, para trajes de ceremonia, siendo sus adornos singularmente al tratarse del terciopelo de clase superior: pasamanerías y bordados. Por ahora, quedan divorciados de esta riquísima tela los bieses de raso, acusán pobreza de inventiva, puesto que se usaron antiguamente, y los bordados en seda, en diversidad de tonos, es de lo más artístico que se puede imaginar.

La proximidad de la primavera se adivina más que en la bonanza de los días, en lo que predominan los tonos claros, risueños en los trajes de las damas. La escala encantadora de los verdes acaba de ponerse en circulación, así para vestidos como para sombreros, evidenciando un refinamiento de coquetería por todo extremo simpático. En los sombreros primaverales, predominarán los adornos de flores, lirios, jazmines, margaritas y violetas, en forma de guirnalda poco recargada, descansando esas poéticas y delicadas florecillas sobre bullonadas de raso, de terciopelo y de encaje, cuando no se coloquen caprichosamente esparcidas, de modo que cubran por completo la copa del sombrero.

Ya raya en exagerado el afán por los dijes; hay dama que lleva doce ó quince de ellos, suspendidos de la larga y delgada cadena pendiente del cuello. Nos parecen ya muchos, demasiados dijes, para ajustarnos á las es-

trictas leyes del buen gusto, tan sobrio comunmente de adornos.

Respecto á los adornos de las mesas, detalle de la moda, que nunca descuidan las señoras, á cuyo cargo corre la dirección complacida de una casa, diremos que el lienzo glaseado blanco es lo que priva, con listas ó dibujo otomán, en las mantelerías novedad. Todos los manteles ostentan anchos jaretones y encajes; las marcas en color no se estilan ya, sino blancas, y con referencia al adorno general de las mesas, importa consignar, que ha tiempo quedaron desterrados canastillas y jarones monumentales, para ceder la plaza á esbelto búcaros de cristal blanco. La vajilla que priva es de porcelana transparente, sin adornos ni filetes dorados; bastan las cifras del dueño de la casa grabadas en el reverso de la misma. Los cubiertos de plata cincelada son la última palabra de la elegancia; la cristalería ha de ser sencillamente tallada. Lo mismo búcaros, que copas y botellas, se adornan con coquetones lazos de cinta, y hasta un punto tal ha llegado el furor por los lazos, que aun los candelabros se adornan con ellos. Caprichos de la moda, que no cabe disentir sino aceptar! La fiebre de la novedad á todos invade, y así vemos inventar entre cosas indiscutiblemente bellas y útiles, otras que ni son prácticas ni hijas del buen sentido.

Para las máscaras, este año se han puesto en boga los simbolismos de las flores, más que los trajes de época, y en verdad que resulta bella y atractiva una mujer, simbolizando una violeta, un clavel, un lirio ó una rosa. La gentilicia fiesta que va degenerando de año en año, en sus postrimerías busca en los disfraces simbólicos de flores, poesía, y en los bailes de niños, el reflejo mágico de la inocencia. No nos parece mal, así su ocaso no será tan pálido y triste, aunque no menos rápido, porque á despecho de los esfuerzos que se realizan en contrario, el Carnaval se va por ser diversión incapaz de llenar las aspiraciones de la gente nueva.

La vizcondesa de Barrantes, viuda del esclarecido literato señor Lorenzana, ha publicado en elegante tomo un *Plan nuevo de educación para señoritas*, del cual viene ocupándose con elogio la prensa española. Nosotros que hemos leído ese interesante libro, deleitándonos con las saludables enseñanzas y dulce moral que contiene, no vacilamos en recomendarlo á nuestras habituales lectoras venezolanas. Se escribe tanto en perjuicio de la mujer, que cuando llega á nuestras manos un libro destinado á marcarle un derrotero acertado á través de las agitadas sociedades, nos parece poco cuanto digamos en su elogio.

La Princesa de Asturias, ha hecho ya su presentación oficial en las solemnidades palatinas, el día del santo del infantil monarca, siendo este acontecimiento motivo de íntima satisfacción para su augusta madre, y de cariñoso interés por parte de cuantos al real alcázar concurren, para reiterar al Trono el testimonio de su adhesión y amor. La regia niña, que cuenta ya diez y ocho años, es hermosa, de fisonomía muy expresiva y inteligente, reflejándose en toda su persona los rasgos distintivos de María Cristina y no desunívitiéndose de madre á hija la bondad, preciada herencia que parece vinculada en cuantos individuos componen la familia real española.

La Exposición de Pinturas femeninas, organizada en París con laudable oportunidad y lucimiento, continúa siendo el tema de apasionadas polémicas por parte de cuantos combaten ó ensalzan el feminismo. Es justo reconocer que á la mencionada Exposición, han aportado las damas valiosísimos elementos, que hablan con elocuencia en favor del cultivo por la mujer de las Bellas Artes. En nuestro sentir, la cuestión feminista, tratada bajo este punto de vista, resulta extraordinariamente simpática y exenta de cuanto

inspirar recelos, puesto que no es abrogarse varoniles aptitudes, ampliar la esfera de los conocimientos femeninos, á fin de que así pueda la compañera del hombre abroquelarse contra los embates de la suerte. El paisaje y los retratos son lo que más desciella en la meneada Exposición, evidenciando desde luégo eso mismo, hasta qué punto tiene que luchar con contrariedades la mujer, para dar noble y digno empleo á sus maravillosas facultades.

Pasadas las fugitivas alegrías del Carnaval y cerrados los elegantes salones donde brillan con deslumbradora luz las bellezas europeas, el gran mundo abre un paréntesis á sus placeres, entregándose las aristocráticas devotas á ejercicios de penitencia durante la Cuaresma. Se llenan los templos de fieles, la Iglesia recuerda á la humana criatura lo deleznable de la vida, y mientras el macilento Miércoles de Ceniza nos induce á hondas y sombrías meditaciones, las primeras violetas asomando tímidas junto á las últimas escarchas del rudo invierno, ponen de relieve los eternos contrastes en que abunda el mundo, en el cual casi siempre van unidos el dolor y la alegría, la luz y la sombra, el desconsuelo y la esperanza, reflejándose como en fiel espejo, de igual manera en el fondo de cada sér, que en el fecundo seno de la madre naturaleza.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

NOTAS Y OBSERVACIONES

"Mariposas" (Primera Serie), por L. Torres Abandero.

La Naturaleza, tal como se ofrece á nuestras almas, nos presenta como caso ordinario el agrupamiento de los seres semejantes. El aislamiento es la excepción. Abajo, los individuos se agrupan en el rebaño ó en la especie. Arriba, en el cielo inmenso, los mundos celebran en sus curvas armoniosas el culto á un mismo sol; y una sola condensación de materia y de luz, liga una muchedumbre de soles.

También hay constelaciones de artistas, agrupaciones de poetas que se atraen, aunque aparecidos en días no simultáneos y forman un archipiélago de luz á cuyo alrededor imperan la sombra y el vacío. Los artistas aislados son excepcionales, y la historia del Arte es á menudo la historia de esos grupos cuyos individuos, aun siendo cada uno bien definido y distinto, tienen algo de común, originado en las condiciones del medio social en los días que viven.

El poeta de "Mariposas" pertenece por sus primeros versos á la agrupación de jóvenes venezolanos que para 1885 se sentían ligados por un ideal común: querían abandono de viejas prácticas políticas; abandono de viejos moldes pseudo-clásicos: libertad para el ciudadano, para el pensador y para el artista.

Epocha interesante ésa, para los jóvenes que han venido después, porque en ella se echaron los cimientos de la construcción gloriosa que aún estamos levantando. Torres Abandero resueta ese pasado generoso y combatiente con la edición de la primera serie de "Mariposas". El es nuestro, de nuestros días, por su espíritu juvenil que marcha con el Arte en la continua renovación de los ideales, pero es

demasiado poeta para olvidar las flores tempranas de su ingenio que prestaron encanto á sus días de soñador. Ese libro puede aparecer extraño hoy, cuando han variado tanto las condiciones del escritor y el medio mismo, y para apreciarlo en lo que es, hay que imaginar los días en que fueron escritos los versos que lo forman.

no y muchos versos delicados fueron á verter su perfume bajo otro cielo. De los que trámontraron cumbres y cruzaron ríos y mares, fueron las *Mariposas*. Y de entonces pudo la musa de Torres Abandero lisonjearse de haber salvado las vallas del solar nativo.

Fácilmente puede reconocerse en la producción de aquellos días la influencia de Bécquer. Ella fue ciertamente beneficiosa y preparó el advenimiento de la musa nueva que años después iba á pasear sus alas luminosas por todo el cielo americano. El amable poeta andaluz fue como picadura de arteria por donde se trasfundió en el organismo envejecido de las letras castellanas, sangre nueva. El reúne al color, á la luz deslumbradora del mediodía, el tinte pálido, la bruma, el subjetivismo del norte. El trae, en germen, la emoción turbadora y honda, el vocablo preciso.

Torres Abandero fue de los jóvenes de su generación el que sintió más la influencia bequeiana. Y no la acogió por espíritu de imitación ó por capricho de moda, sino que su temperamento de poeta delicado y muy subjetivo, halló en ella atmósfera propicia. Cuán poderosa, cuán íntima, no será esa comunión cuando todavía, hoy, después de muchas renovaciones, brota entre sus versos como planta de antiguo olvidado jardín que surge de cuando en cuando y abre sus flores por sorpresa!

Que se desdñe con razón la vieja hipérbole que supone consustanciación perfecta, desde luego improbable, del artista con el modelo ambicionado; mas al leer muchas de las *Mariposas*, la XV y la XVII, por ejemplo, es fuerza advertir que allí palpita el espíritu de Bécquer, la esencia de su verso, de su modo, que tantos han perseguido y que nadie, acaso, ha logrado poseer.

La sugerión del grande artista que rimó tan bellamente el amor, no alcanzó á expulsar la musa propia de Torres Abandero. Ella tiene en este libro su nota personal, su acento por el cual puede fácilmente reconocérsela. De lo que mejor la caracteriza es la suave resignación fatalista que á manera de atmósfera muy tenue, envuelve sus versos y refresca la prosa del prólogo, rico de ingenuidad.

Al leerlos se siente que son la obra de un poeta. Uno como aroma de naturaleza se desprende de ellos y si no en todos, en los más, se aspira ese perfume perdurable de la poesía originada en sentimientos yá intrínsecos del sér humano, que la hace siempre joven y fresca como flor recién abierta. Si algunos se resienten (y esto no es de extrañar) de una fraseología que estaba yá para morir, cuando el autor escribía sus primeros versos, otros en desquite ofrecen el corte, el léxico de hoy, hasta parecer obra de mistificación á quien no los conociera de antes como el lector venezolano.

Testimonio el más notable de esto, nos lo ofrece la *Mariposa I* que hace de introducción á esta primera serie y es de las primeras entre las más antiguas del poeta. En leyéndola se advierte el color, la amplitud del ritmo y aquella delicadeza de expresión que



EL CLAUSTRO O EL MUNDO. — Por Arthur Hacker, 1896

tanto amaron dos grandes modernistas americanos: Gutiérrez Nájera, el que extremaba á las veces la frase galante y acariciadora hasta aparecer remilgado, y Sánchez Pesquera, más sobrio y no menos delicado que el ilustre mexicano.

Esta poesía, antecesora de las que Nájera y otros han escrito con el mismo ó análogo tema, es de lo más hermoso del volumen. Sintetiza las ansias del poeta, ansias de naturaleza joven y ambiciosa de lo bello, compartidas entre el amor triste ó risueño y la fiebre—que él juzga incurable—de la gloria.

Muchos pensarán que la publicación de esta serie de versos entraña un grito de rebeldía contra el modernismo todavía imperante en América; una bandera levantada como un reto frente á la falange de la libertad rítmica, del símbolo, del color y de la música. Nosotros, recordamos que este poeta ha sentido alguna vez la sugestión voluptuosa del ideal modernista; que hay versos suyos—y de los más recientes—que sin duda alguna vuelan en torno de ese ideal, siquiera sea de lejos; que entre sus *Mariposas* mismas las hay, desde las que lucen los cambiantes de la pedrería, como nacidas para volar á pleno sol, hasta las pálidas, las grises, como nacidas para la noche ó el crepúsculo. Preferimos creerle, á él, que es todo sinceridad, cuando en su prosa ingenua nos ha dicho de su entusiasmo por escritores modernistas de América. El tiene derecho á ser creído cuando en el prólogo de su libro nos revela que los próximos le exhibirán quizás de una manera distinta y que al público, sólo le ha guiado “el propio amor que tiene á esos versos.” Y sin duda es así, porque él los ha sentido y *vincido*, según el término consagrado, en la edad en que se siente más intensamente la vida.

Otros hallarán que el dolor se abre paso en la obra de Torres Abandero más á menudo y con más franqueza de lo que conviene á estos tiempos de falsa reacción anti-romántica. Expulsar el dolor de los dominios del Arte: obra tan irrealizable como expulsarlo del mundo organizado. Pero la crítica tiene el derecho de investigar si las impresiones dolorosas que el poeta traduce, se comunican al lector y luego, si esas impresiones son reales, ó “fingidas lamentaciones de penas falsas.”

Sugiere Torres Abandero la emoción dolorosa? Para responder, fuerza es entrar en pleno dominio impresionista. Yá en él, nuestra respuesta es afirmativa. Como nuestro poeta posee dos de las cualidades inherentes al artista—el poder de sentir y el de expresar y sugerir—su dolor resulta real y es trasmisible. Gana las simpatías del lector, cuando otros, imitadores sin arte, apenas alcanzan el desdén ó la mofa.

El ha padecido dolores verdaderos y profundos: de ellos, alguno muy cruel que ha tiempo es de moda fingir para despertar el interés de las almas sensibles. Mas, lleva fija la mirada en el que es faro de su vida de hombre y de poeta: la esperanza. Al finalizar su primer libro, consagración del pasado, lo cierra mirando al porvenir. Y sobre el resto de su nave, sueña verla de nuevo, á velas desplegadas, dorada por el sol matinal, navegando hacia mejores horizontes.

Y como su primer libro no se perderá en el olvido, antes bien, hará vibrar muchas almas, pronto podremos saludar la aparición de “Brizas y Brotes” y “Penumbra” y seguir la evolución progresiva de este poeta, el que mejor caracteriza hoy, todavía, entre los jóvenes, el sentimiento libre y espontáneo.

JOSÉ MONTEMNEGRO.

23 de febrero—1899.

BEBIDAS.—VENENOS.

No se puede servir á dos señores á la vez....

No podéis servir á Dios y á Mammón.

(San Lucas, XVI—13)

El que no está conmigo está contra mí.

(San Mateo, XII—30)

Grandes extensiones de las mejores tierras, que podrían alimentar millones de familias hoy en la miseria, están consagradas al cultivo del tabaco, de la vid, cebada, lúpulo, y sobre todo, avena y patatas, destinadas á la fabricación de bebidas alcohólicas: vino, cerveza, aguardiente.

Millones de obreros que pudieran fabricar objetos de utilidad, se ocupan en la producción de esas bebidas. Se ha calculado que en Inglaterra la industria del aguardiente absorbe la décima parte de los obreros.

¿Cuáles son las consecuencias de la preparación y del empleo del vino, del aguardiente y de la cerveza?

Una antigua leyenda refiere que un monje hizo con el diablo la apuesta de que le impediría penetrar en su celda, comprometiéndose, si el diablo conseguía entrar, á hacer todo lo que le ordenase. El diablo tomó la forma de un cuervo herido; se presentó delante de la puerta, alicaido y ensangrentado, saltando y quejándose. El monje se apiadó de él y lo llevó á su celda. Entonces el diablo, ganada la apuesta, recobró su forma y dejó al monje la elección entre tres crímenes: el asesinato, el adulterio ó la embriaguez. El monje escogió la embriaguez, creyendo que no se haría daño sino á sí mismo. Pero cuando bebió, perdió la razón, fué á la ciudad, y allí, tentado por una mujer, se hizo culpable de adulterio, luégo de homicidio, al defenderse del marido que lo había sorprendido y se había arrojado sobre él.

Tales son, según la leyenda, las consecuencias de la embriaguez, y tales son en realidad. Es raro que un ladrón ó un asesino no beba para robar ó matar. La estadística de los tribunales prueba que las nueve décimas partes de los crímenes cometidos lo han sido en estado de embriaguez. Una prueba más de que ello es así, es que en algunos Estados de América en donde está prohibido el uso del alcohol los crímenes casi han desaparecido: no hay robos ni asesinatos y las prisiones están vacías.

La segunda consecuencia del uso de las bebidas alcohólicas, es el efecto nocivo sobre la salud. Sin hablar de las enfermedades especiales de los ebrios, enfermedades terribles de las cuales han perecido miles de hombres, se ha observado que los ebrios que contraen alguna enfermedad ordinaria sanan con dificultad, de manera que las compañías de seguros dan siempre ventajas sobre la vida de las personas temperantes.

La tercera y más terrible consecuencia es el oscurecimiento de la razón y de la conciencia: los hombres, por el uso del vino, se hacen más groseros, más estúpidos y más perversos.

¿Y qué utilidad presenta el uso de las bebidas?

Ninguna.

Los defensores del aguardiente, del vino y de la cerveza, aseguran en primer lugar que esas bebidas dan salud, fuerza, calor y regocijo. Pero hoy está absolutamente probado que eso es un error. Esas bebidas no dan la salud, porque contienen un veneno poderoso, el alcohol.

El hecho de que el vino no da fuerza ha sido probado más de una vez, comparando, durante meses y años, el trabajo de un obrero bebedor y el de otro temperante, de igual fuerza ambos. El resultado estuvo siempre en favor del último, que producía más y mejor. Así mismo, en las compañías de los ejércitos en marcha, que reciben aguardiente, hay ma-

yor número de soldados débiles y cansados que en aquellas que no reciben ración de beber.

Se ha probado también que el aguardiente no dá calor; que el que produce no dura mucho tiempo; y que después de un momento de excitación se siente el frío con mayor intensidad y se soporta menos. Los labriegos rusos que mueren cada año de frío sucumben precisamente porque tratan de recalentarse con aguardiente.

En cuanto á la alegría procurada por el vino es hoy superfluo decir que no es la verdadera, la sana alegría. Todos sabemos lo que es el regocijo de los ebrios: basta observar lo que pasa en las tabernas y en las fiestas de las poblaciones. Esa alegría tiene siempre como epílogo injurias, riñas, heridas, toda clase de crímenes y la degradación de la dignidad humana.

El alcohol no da, pues, ni salud, ni fuerza, ni alegría, ni calor: no hace sino mal. Parecería, en consecuencia, que todo hombre razonable y bueno, no solamente no debiera hacer uso de bebidas alcohólicas, sino tratar de obtener por todos los medios que los otros no bebesen.

Desgraciadamente, acontece lo contrario. El hombre adquiere de tal manera un hábito, que le es difícil desprendérse de él, á tal punto que hombres buenos y prudentes, lejos de abandonar el uso de las bebidas y la costumbre de ofrecerlas, toman su defensa como pueden.

“No es el uso sino el abuso el que perjudica. El rey David ha dicho: *El vino regocaja el corazón del hombre*. El Cristo bendijo el vino en las bodas de Cana. Si no se bebiera, el gobierno perdería una de las fuentes más ricas de renta. Es imposible celebrar una fiesta, un bautismo, unas bodas, sin vino.”

“Con nuestra vida de trabajo y de miseria es preciso beber”, dice el pobre obrero.

“Bebiendo sin exceso no se perjudica á nadie”, dicen las gentes acomodadas.

“Beber es la felicidad de la Rusia,” dijo ya el príncipe Uladimiro.

“Esa es cuestión nuestra. A nadie obligamos, ni pedimos consejos á nadie. No somos los primeros ni seremos los últimos,” dice la gente frívola.

Así hablan los bebedores de toda condición y de toda edad, para justificarse. Pero estas justificaciones, que podrían ser aceptables hace treinta ó cuarenta años, no pueden admitirse hoy. Parecían razonables cuando no se conocía el peligro; cuando daban salud y fuerza las bebidas; cuando se ignoraba que fuesen veneno; cuando no se conocían sus terribles consecuencias, tan evidentes hoy.

Eso podía decirse cuando no había centenares y miles de hombres que muriesen jóvenes en medio de atroces sufrimientos; cuando el vino no era nocivo; cuando no se veía á miles de mujeres y niños hambrientos porque sus maridos y sus padres han adquirido el hábito de beber; cuando no se había visto las prisiones henchidas de criminales y mujeres que el vino arroja á la prostitución; cuando no sabíamos que centenares de miles de hombres que habrían podido vivir para su propia felicidad y para la de los demás, han perdido sus fuerzas, su razón y su alma, porque se han entregado al alcohol.

Es por ello por lo que hoy el uso de las bebidas espirituosas no es cuestión personal, no es cuestión privada; es cuestión social.

Quieren ó no, todos los hombres están hoy divididos en dos bandos: los unos luchan contra el uso inútil de un veneno, con la palabra y con el ejemplo; los otros con la palabra y con el ejemplo también, toman la defensa de ese veneno.

Y esa lucha se prosigue hoy en todos los países.

LEON TOLSTOI

DANIEL



ÉLO ahí en el límite de dos mundos, sobre el carro del tiempo, bajo cuyas ruedas corren veloces los años y los siglos.

Las perspectivas de lo porvenir pintánselle en los ojos, como en altura inaccesible la luz del astro que no brilla aún sobre el horizonte.

Y cada uno de sus ojos tiene distinta visión:—el uno la visión de lo presente, el otro la de lo porvenir.

“Qué digo? El tiempo no existe para él; porque si como hombre es hijo de la muerte, como profeta es el desposado de la Inmortalidad.

Cuando Israel plante de nuevo sus tiendas en el solar paterno: en el solar que deslindara la mano misma del Dios-Vivo; guiarlo DANIEL por entre ajenos campos, y lo pondrá de nuevo en posesión de su heredad.

En vano tratan de seducirlo las grandes terrenas, sobre las cuales pasa como aliento de tempestad sobre campo desolado.

“Qué son para el hombre de Dios el poder, la gloria, las riquezas, cuando él antevé el trono convertido en polvo y la diadema real hecha guarda de los gusanos que se crían en la tumba?

Los caracteres misteriosos, mudos para todos, hablan para él con clara elocuencia; y su palabra, heráldica de la victoria del medo y del persa, sentencia es de muerte para el babilonio.

Fijos los ojos en un punto del tiempo, para todos arcano y sólo por él conocido, cuenta y recuenta con los dedos, y computa en la mente la fecha misteriosa que ha de variar los destinos del hombre.

Y la fija; y luégo descansa tranquilo contemplando, al través de los siglos, el brillo de la estrella de Jacob sobre el estable de Belén.

Y cuando el Apocalíptico de la antigua Ley sueña y publica sus visiones, Juan, el espíritu apocalíptico de la nueva Ley, se agita y se estremece en la mente soberana del Eterno.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

REVISTA DE REVISTAS

BACTERIOLOGÍA

ABAJO LA HIGIENE!—Con este título publica Jean Rameau, en una revista francesa, un espiritual artículo tendente á poner valla á la preocupación,—en exceso generalizada,—de los microbios y de sus infecciones.

“Lástima—dice—que haya muerto Molière antes del descubrimiento de los microbios! Ya tendrímos en la comedia otra obra maestra, á costa del caballero que por doquier ve microbios y que á fuerza de evitarlos, hace la vida tan aterradora y odiosa como la misma Muerte.

“Porque existe el higienómano. Abunda, pula, gracias á la teoría de los microbios. Ha cincio ó seis lustros que nació: su origen podría remontar hasta la época de Mr. Thiers,—tan pequeño de estatura, que podría denominarse “el primer microbio del Imperio.”

“El higienómano está hoy en todo su auge, en todo su esplendor; cada día nos revela una nueva maravilla. La última es encantadora,

Consiste en suplicarles á los empleados del correo que coloquen una esponja embebida de agua al lado de su despacho de estampillas, á fin de evitar el contagio cuando tengamos que franquear la correspondencia. Porque se ha observado que hay gran peligro en aplicar el extremo de la lengua á cualquier fragmento de papel que el Gobierno expida. Parece que son eminentemente virulentos los microbios oficiales!.....Y que, por ellos, en todo papel del Estado nos acechan: la fiebre tifoidea, la bronquitis, la enteritis y cincuenta mil horrores en *itis*, más terribles y pavorosos,—en tan pequeñas superficies,—que el famoso cuadro de Waterloo.....

“Pero, me parece que los microbios no nos entran todos por la lengua, á manera de un escuadrón veterano por un puente levadizo. Creo que hay una clase que se introduce por los poros, acaso la más peligrosa; y en tal emergencia, para qué serviría la esponja?

“Veráse como dentro de poco tiempo no se franquera la correspondencia que se dirija á los amigos: solamente los tíos ricos, en peligro de ser heredados, tendrán el derecho de recibir sus cartas con la debida estampilla.

“No hace mucho eran las ostras las que merecían el desprecio sincero de los higienómanos, porque podían producir también fiebre tifoidea. Ahora son las frutas: el higienómano cree que realiza el acto más heroico de los siglos, al comerse una pera: á poco más, pide la cruz de la Lección de Honor.

“En dónde no se han encontrado microbios? En donde quiera se les halla: en los vestidos, en los cabellos, en la piel que transpira, en la palabra que suena, en el ojo que mira. Los hay en el oro, en la plata, en el cobre. No se diga en los billetes de Banco! Piénsese en todos los tuberculosos, viroles, escarlatinosos que los tocan. Yo espero que pronto esos nidos de bacilos serán tan despreciados y depreciados como las ostras, y que un billete de cien francos valdrá solamente dos *lises*.

“Pero lo que baja más y más son los besos. No se tiene idea del *krach* que van á sufrir los besos en la Bolsa de amor. Ya en Nueva York hay pánico. Tienen mucha oferta, pero nadie los quiere, ni al contado ni al crédito.

“En efecto, se acaba de descubrir que los besos son los más temibles propagadores de microbios. Véis una boca sonrosada en un rostro de mujer joven y bella, abierta á la sonrisa como un clavel al sol y os dan tentaciones de refrescar vuestros labios en su sonrisa? No hagáis tal cosa, desverdudos! La naturaleza, la infame naturaleza, os tiende un lazo: creerás que os conduce al vestíbulo de los placeres, pero quiere arrojaros en la fosa de los microbios.

“En el próximo siglo no se abrazarán sino los enemigos.

“Librenme los dioses de moñarme de los señores higienistas: son excelentes sujetos y no tengo sino alabanzas para el médico que recomienda á sus enfermos la mayor suma de prudencia. Pero todo tiene su límite, y, la teoría de los microbios, que llevó á Pasteur al Panteón, dentro de poco va á llevar á mucha gente al manicomio.

“La higienomanía es la locura reinante. Hay individuos que pasan su vida desinfectando, filtrando, esterilizando, preguntándose qué enfermedad podrán contraer si comen tal manjar que apetecen, si toman tal bebida, si dan un paseo ó ejecutan tal acto que su instinto les aconseja. Se encuentran personas que llevan sobre la boca especies de filtros para impedir el paso de los bacterios y otras que no cesan de frotarse, limpiar todo lo que les rodea, raspar, soplar como para ahuyentar los microbios, como si se tratase de un enjambre; en tanto que otras, más aterradas, no se atrevan ni á frotarse, ni á limpiar, ni á soplar por temor de alborotar la fúnebre nidada. Hay gentes que pasarán todas las mañanas á sus hijos por la estufa, y á la mujer todas las tardes por sublimado corrosivo.

“Y qué diablos! Siempre ha habido microbios y aunque antes nada se hacía para combatirlos, no por eso morían más próximos que ahora.

“Pero las leyes de la higiene cambian felizmente, como todas las leyes de este bajo mundo. Ya se puede leer que un médico francés inoculó recientemente esputos de un tuberculoso á varios individuos, sin que les hubiese acontecido nada.

“Bendito sea Dios! Si ya no podemos abrazar-

nos sin peligro, podemos al menos escupirnos mutuamente cuantas veces nos plazca.

“*La vie est encore bonne!*”

LAS NACIONALIDADES

CARÁCTER INGLÉS.—Henri de Régnier refiere una anécdota de Leconte de Lisle, que da perfecta idea del carácter y convicciones del pueblo inglés.

El poeta se encontraba en cierta ocasión en una posada de la costa de Bretaña. A la hora del almuerzo se sentó á la única mesa que había, frente á un *gentleman* inglés, que ya había tomado asiento. Era un hombre robusto, morenito y rubicundo. La comida terminaba en medio del más profundo silencio, cuando la criada colocó sobre la mesa una fuente de fresas. El inglés, sin decir una palabra, la acercó á sí y la vertió toda en su plato.—“Caballero, le dijo Leconte de Lisle, á mí también me gustan las fresas.”—“Oh! contestó el inglés, pero no tanto como á mí.” Comentando Régner esta anécdota, se expresa, en síntesis, así:

“Aquel rasgo individual es común á toda la nación. La política de Inglaterra es la del plato de fresas.

Los franceses se contentan con fórmulas fáciles que los halaguen. Les basta decirse que el alemán es pesado, el italiano expansivo, el español orgulloso, el suizo honrado, el americano rico. En cuanto al inglés, lo encuentra ridículo.

El inglés es el tipo de la mofa popular francesa. Hay no sé qué de hostil entre estas dos razas. De una y otra parte existe un sentimiento recíproco de absurdo y de grotesco. En una palabra, el inglés es impopular en Francia.

A esta impopularidad contribuye la extraña población ambulante que viene cada año de Ultra-Mancha á visitar nuestros monumentos, nuestros sitios y nuestras ciudades. Esta población es caricaturesca y la noción popular se regula por su aspecto físico. El inglés es poco comunicativo y el pueblo no ve, á su paso, sino su gravedad y su desercuencia.

Pero quien resista á esa impresión y se informe, observe, estudie, compare y piense, ve inmediatamente otra Inglaterra. La habita una raza seria y fuerte, audaz y energética. Esta Inglaterra merece nuestra admiración y tiene sus admiradores. En ella ven una de las más bellas y de las más completas expresiones sociales de los tiempos modernos. Admiran un Estado sólidamente organizado, con un gran sentido de la libertad y de la dignidad humanas. Aman sus garrafas, el sabio equilibrio de sus fuerzas, su laboriosa vitalidad. Los poderes públicos son altísimos y activos; las instituciones políticas durables; las empresas privadas inteligentes. Esta Inglaterra hace gran figura á distancia. Es un pueblo robusto y sano; sabe lo que quiere; su alta prosperidad justifica su orgullo. Presenta el espectáculo de una hermosa vida nacional. Tiene el culto de la libertad y el respeto del derecho.

Aprovechémonos de la vecindad: con Inglaterra no tendremos los desagrados de la brutalidad tudesca, ni las sorpresas de la vivacidad italiana. Inglaterra tiene por divisa: *Dios y mi derecho*.

Sí; tratándose de derechos, los suyos le parecen más que ciertos, indiscutibles. Esta convicción la hace brutal. Habla del bien de la humanidad y lo confunde con su propio bien. Tiene por doctrina secreta que el mundo fue hecho para que le pertenezcase.

El inglés no tiene por la guerra ese gusto heroico que la hace una especie de juego terrible y casi desinteresado. Como Inglaterra es valerosa, hace la guerra valerosamente, pero no se resuelve á ella sino por razones comerciales y prácticas, que no confiesa, porque aun en medio de sus peores pretensiones guarda siempre las conveniencias. Os dice que el mundo es grande y que hay en él lugar para todos. En virtud de eso, se sienta á la misma mesa; pero pronto advierte el vecino que lo están molestando con el codo. Se sirve las fresas y ante cualquier advertencia contesta que á nadie le agrada más que á ella.

La educación que Inglaterra da á sus hijos les enseña perfectamente todo lo que espera de ellos y todo lo que puede prometerles. Los hace

seres fuertes y sanos, capaces de gustar la vida en todos sus goces materiales y espirituales. El inglés es realista; su reino es de este mundo; quiere vivir bien y vive bien. Ha inventado el confort; ama sus comodidades. Las necesita en su *home* como en sus instituciones, en toda su existencia. Hará todo lo posible por hacerse la vida buena, sólida y agradable.

En eso consiste su gran trabajo individual y nacional.

A todo precio asegurará su estabilidad vital. Así, ve con terror y cólera lo que, con razón ó sin ella, le parezca una amenaza. Tiene un instinto casi animal de su conservación. De ordinario todo eso es tácito; pero en cuanto se presenta alguna circunstancia, se hace unánime ese sentimiento en el pueblo.

No hay que imaginarse, sin embargo, una Inglaterra enteramente comercial, ocupada de alto abajo en la obra de su bienestar, entregada á sus funciones mercantiles e industriales. Nō, Inglaterra es una gran nación que se basta para todo. Puede conservar su actitud territorial y permitirse los gustos más diversos. La riqueza autoriza el lujo. El cuidado del confort no impide el gusto de la elegancia. Las negras humaredas de las fábricas de Manchester y de Birmingham pasan por sobre las antiguas y suntuosas mansiones en donde los lores calientan sus blancas manos, al claro fuego de amplias chimeneas blasonadas.

La poderosa vida británica no alimenta sólamente obreros y comerciantes; sostiene también sabios y artistas. Tiene poetas laureados que cantan la gloria del Reino y grandes poetas que se cantan su propia gloria. Y es en los poetas en donde los pueblos pueden amarse y comprenderse mejor. Las relaciones entre los pueblos están sujetas á malas interpretaciones y disputas. Solamente las relaciones espirituales se conservan puras y divinas. Están por encima de las controversias nacionales. Goethe ó Heine me hacen olvidar á Bismarck ó Moltke; D'Annunzio me disimula á Crispí.

Leyendo un drama de Shakespeare, pienso menos en Chamberlain. Nunca he sentido como ahora la necesidad de releer los poetas ingleses, Inglaterra y Francia son las que han producido mayor número en este siglo. Es una admirable literatura la que puede ofrecernos un canto de Childe Harold, una balada de Coleridge, un poema rústico de Robert Burns, un soneto de Rossetti, estrofas de Robert Browning, una composición elocuente de William Morris, una oda sonora y apasionada de Charles Algernon Swinburne !

Y si esos genios no bastan, hay otro, que no es grandioso, ni exaltado, sino sencillamente delicioso: es el divino John Keats, muerto á los veinte y dos años, de melancolía y desolación. Nació para vivir en las Islas Afortunadas, entre brisas perfumadas, murmullos de fuentes y arrullos de palomas, y no entre las brumas de la antigua Caledonia."

PRENSA EXTRANJERA

REVISTA ILUSTRADA.—Bogotá.—República de Colombia.—Director: Pedro Carlos Manrique.—Hemos recibido el número correspondiente al 24 de enero. Forman su texto seis producciones en prosa y en verso, autorizadas por firmas ya conocidas en diversas publicaciones que han circulado en América; y once ilustraciones, de las cuales cuatro son de vistas de Pasto y las restantes de Cúcuta.

En nuestro número pasado avisamos el recibo del 8º de la *Revista Ilustrada*: por el envío de ambos consignamos nuestras gracias.

Hemos recibido en la última quincena: *La Ilustración Artística*, de Barcelona (E.), números 891 y 892 y *El Proyectil*, de Bogotá, semanario ilustrado, de política y literatura.

A este último colega agradecemos debidamente la honrosa mención que hace en sus columnas de nuestro número 156. (Nueve meses de atraso?) El presente número de nuestra Revista es el 174).

Nos ha visitado también *La Vida Literaria*, edición correspondiente al mes de enero.

SECCION RECREATIVA

"**EUGENIO DE CASTRO.—BELKISS.**—Reina de Saba, de Axum y de Hymiar.

Traducción del portugués, por Luis Berisso, con una noticia crítica por el mismo y un discurso preliminar por Leopoldo Lugones.—Segunda edición.—Buenos Aires.—Félix Lajouane, editor. 1899."

Todo lo anterior está escrito en la portada de un folletico de 20 páginas á lo sumo, que hemos recibido de la capital argentina, y en el cual ha colecciónado Luis Berisso todas las opiniones, todos los aplausos y todos los parabienes que ha recibido por su traducción de BELKISS.

Es con el más sincero júbilo con el que voy á hacer referencia de esta nueva producción del querido colega sud-americano. Y no por cierto para alabarle su obra, porque ya ella en sí es una pura alabanza; sino para comunicarle, en medio de la más amable *camaraderie*, las diversas impresiones que me ha producido su libro.

Si no fuese por lo mucho que nos enseña y nos hace eruditos este género literario llamado *Critica*, que Berisso y yo cultivamos, me habría equivocado por entero al leer la portada y vistear las páginas del folleto; porque, en formato, disposición tipográfica, etc., se parece como un huevo á otro á la inagotable cantidad de esos cuadernillos nutridos de certificaciones, recomendaciones y reclamos de drogas patentadas, ó de propaganda de Compañías de Seguros.

En efecto, quien de antemano hubiese ignorado lo que significa "Belkiss," habría experimentado las mismas impresiones que produce el Almanaque de Ayer, los folletos de Vino San Rafael, del Vino Cordial de Cerebrina compuesto y la Estomacalina del doctor Ulrich, de la Emulsión de Scott ó del *Pombe, Saron et Crème Simon*. ¡Poder del reclamo! influencia del industrioso genio sajón, que nos tiene habituados á confundir el folleto de los entusiasmos juveniles con las libretas de *La Equitativa* y el *Elixir de Capuchinos*!

No, mi querido Berisso; el Arte y las letras americanas nada habrían dicho de su última obra, si usted tuviese la gerencia del "Bitter" como la tiene don Adrián Labro en la calle San Martín, ó fuese usted como don Tiburcio Benegas propietario de viñedos y bodegas en Mendoza; pero tratándose de *Belkiss*, su cuadernito no puede pasar sin reparos, porque coloca usted el poema de Eugenio de Castro en la categoría de artículos de primera necesidad. Fíjese usted: "Belkiss" traducido, acompañado de todas las recomendaciones de su folleto, esto es, "Belkiss" *exportable*, es como si dijerámos: "Cigarrillos elaborados con piezas tan excelentes como las de la Habana."

Corre el colega el mismo peligro de un ciudadano de vecina república que dio en el recurso de litografiar, en medio de una verdadera apoteosis de arabescos colorados, lo que constitúa la gran sinopsis de su vida de heroicidades; é insertó,—entre volutas y acantos, laureles y viñetas—demostraciones que le hicieran algunos. El general Pellooux le decía, al firmar su carta:—*J'ai pour vous la plus haute considération*.

Don Sergio Camargo juzgó que se trataba de algún álbum y le insertó este latín: *Inducti discant et amet meminisse periti*.

Freycinet, tan cortés como hijo de la Francia, suscribió así: *Je suis à vous*.

El Mariscal Falcão da Frota, legítimo brasileño, le dijo: *Tem muito talento nas milícias*.

Todo eso, por supuesto, igual que si cualquiera de nosotros diese en saludar á cuanto transeúnte topase y luego escogitase las más galantes maneras con que le hubiesen contestado y se escribiera un boquete, adornado de lo siguiente:—*Addio, mio caro!—Adieu, mon cher!—Good bye, my little dear!*

Perdone usted la manera de señalar, caro amigo; pero fue prometido corresponder la chispeante y festiva crónica de *El Sol del Domingo* al alegre y querido "Gavroche," y como ha dado la desgracia de que su librillo ha sido el primer *bambuco* que nos han bailado desde allá, después de aquella promesa, y tiene usted *sprit* y buen carácter, sobre ser sincera-

mente apreciado por el señor Director de *EL COJO ILUSTRADO*, nada podrán en contra de sus distinguidas cualidades de escritor y crítico estos meros *polvitos del doctor Kuntz*.

Ni será usted el único, apreciado colega, á quien tengamos que hacer estas cariñosas advertencias. Ya vendrá turno para otros excelentes amigos que en nombre del más puro afecto remiten á *EL COJO ILUSTRADO* cuantas manifestaciones y "avisos de recibo"—epistolares ó periodísticos,—se hace á las obras suyas que envían á correr tierras por este mundo y el otro.

Y como el señor Director de *EL COJO ILUSTRADO* tuvo la cortesía de insertar en esta Revista lo publicado en *El Sol del Domingo* por el festivo Gavroche, lógico es suponer que se haga la inserción de estas líneas en aquel mismo diario.—"Si creo Padre; pero ya verá usted como no sucede."

E. VILLAMEDIANA.

Adición:

Se trata de hacer la competencia á Bélgica? Ese país está á la cabeza de las naciones propagadoras del reclamo.

Mientras se representaba últimamente en Charleroi, el *Conde de Monte-Cristo*, en el primer entracto se levantó uno de los espectadores de la primera fila de balcón y dirigió al público la siguiente arenga:

"Señoras y caballeros! Yo soy Fulano, el gran vendedor de artículos esmaltados! Mi reputación es conocida: en parte alguna se vende tanto y mejor como en casa. Mañana me encontraréis en el mercado de la ciudad-Alta. Acudid y veréis algo increíble: vasijas espléndidas, vendidas nō á cinco francos, nō á cuatro, nō á tres, nō á dos, sino á un franco la pieza. Además, una cacerola de propina! Acudid, señoras y caballeros, aprovechad la ocasión!"

El público, al principio estupefacto, concluyó por romper en grandes aplausos y el orador, entusiasmado, volvió á comenzar su discurso.

Notable operación

Un cirujano de Minneapolis, ha practicado últimamente con gran éxito una operación verdaderamente maravillosa: parece que le ha devuelto la vista á una de sus enfermas, ciega desde hacía seis años.

Es muy sabido que en algunos casos, la cirugía moderna no vacila en tomar, de una persona sana, la cantidad de carne viva necesaria para componer los tejidos de un herido, por ejemplo. Esta transplantación se llama el *ingerto animal*. El médico americano, que está considerado allá como uno de los maestros del bisturí, transplantó,—por medio de un instrumento de su invención,—toda la parte anterior del ojo de un conejo vivo y la insertó exactamente sobre el globo ocular de la enferma. Hizo la misma operación en el otro órgano que estaba atrofiado desde hacía quince años, y en seguida se los vendó, de modo que no viera ni un rayo de luz.

Al cabo de una semana, quitó la venda y observó que la enferma sin necesidad de anteojos, veía—con sus ojos de conejo—todo lo que la rodeaba.

Varios médicos y cirujanos asistieron á la operación: al principio absolutamente escépticos, pero pronto tuvieron que reconocer el éxito milagroso de la operación.

Heridas de lanza

La lanza es un arma que parece peligrosa, aun en tiempo de paz. Sus detractores sistemáticos dicen, que en tiempo de guerra es más peligrosa para el que está del lado del mango que para el que se encuentra hacia la punta.

La estadística de los ejércitos prusianos, sajones y württembergueses, presenta la suma de 667 heridas producidas por la lanza y observadas desde 1888 hasta el año pasado.

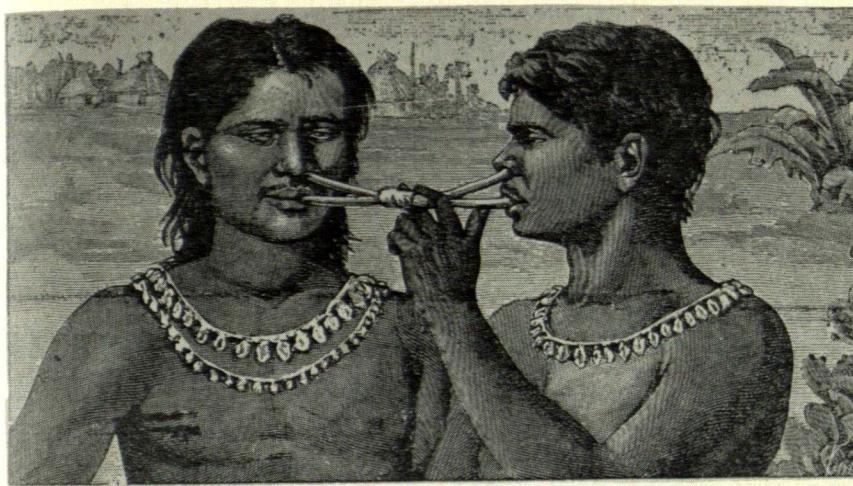
Estas 667 heridas fueron hechas por 83 regimientos de caballería: 126 hombres fueron heridos con su propia lanza y 330 por uno de los compañeros. Las otras heridas fueron producidas en su mayor parte, porque los ginetes eran atravesados por lanzas que quedaban enterradas por el mango, al caer los caballos de quienes las llevaban.

De estas 667 heridas, 4 fueron mortales, 28 graves y las demás 6 sea 95 p \varnothing pueden considerarse como leves.

Una mujer arquitecta

Una potente y sabia sociedad inglesa, de difícil acceso,—el Instituto real de los arquitectos de la Gran Bretaña—acaba de abrir sus puertas á una mujer arquitecta, de nombre Miss Ethel Macy Charles.

Esta es la primera mujer que obtiene semejante distinción; Miss Charles fue admitida con gran mayoría. Ejerce su profesión desde 1893 y se dedica especialmente á la construcción de iglesias y escuelas.



El tabaco

En el mes de octubre de 1492, Cristóbal Colón arribaba á Cuba. Dos de sus oficiales desembarcaron, por su orden, para reconocer el país.

Aquellos enviados,—escribía el ilustre navegante,—vieron que un gran número de indios, hombres, mujeres y niños, llevaban un tizón encendido cuyo humo aspiraban. Las Casas, el primer obispo de Chiapas, agrega que aquel tizón era una especie de mosquete lleno de hojas secas que los indios encendían por un extremo y chupaban por el otro. Los indios llamaban á estos mosquetes *tabacos*.

Tal es el origen del tabaco, que desempeña hoy entre nosotros tan importante papel económico y social. Desde hace cuatro siglos, apenas han sufrido nuestros cigarros ligeras modificaciones.

De América pasó el tabaco rápidamente á Europa. Desde 1518, Cortés envía semillas á Carlos V y hacia 1559, Juan Nicot, embajador de Francisco II en la corte de Portugal, hacía el mismo obsequio á Catalina de Médicis. Thévet pretende que para aquella época era conocido en Inglaterra, á donde Drake lo había hecho llevar desde Virginia; pero la opinión general es que Walter Raleigh fue quien primero lo ofreció á la reina Isabel.

De Inglaterra, el tabaco penetró en Holanda; luégo, por las colonias de ambos países, su uso se extendió con extrema rapidez al Asia, al África y hasta los límites de las tierras habitadas. Una yerba insignificante, venida de pobladas casi desconocidas, ha creado entre las naciones más avanzadas una de las más imperiosas necesidades artificiales; no solamente ha modificado todos los usos, sino que ha influido de una manera innegable, aunque en medida difícil de determinar, en la constitución física de los pueblos modernos.

Desde otro punto de vista, el tabaco desempeña otro papel más útil: ha venido en ayuda de los adeudados gobiernos de nuestros días. En Francia, el fisco se apoderó de él desde los comienzos. En el mes de noviembre de 1674, se permitió un arriendo por cuatro años á las granjas generales, mediante el pago de 500.000 francos en los dos primeros años y de 700.000 en los años siguientes. El monopolio del tabaco, suprimido durante la Revolución, fue restablecido en 1811. Produjo cerca de 21 millones durante los tres últimos años del Imperio; 42 millones en 1819; 75 millones en 1842; hoy produce 400 millones, tanto ha sido el consumo. En ese sentido, tienen razón los españoles al llamar al tabaco "yerba bienhechora".

Si hoy se fuma el tabaco en pipas ó bien arrollado en cigarras, antes se reducía á polvo y se aspiraba por la nariz. Las espléndidas tabaqueras antiguas se conservan como ornamentos de los museos.

Aquel sistema fue también originario de América. Clavigero refiere que los aztecas que habitaban Méjico en el momento de la invasión española, introducían el *pyctiel* (nombre dado al tabaco), en las ventanillas de la nariz, y Garcilaso dice igual cosa de los peruanos. Alejandro de Humboldt refiere que los otomaeas, grandes tomadores de tabaco en polvo, lo aspiraban por un tubo, y el descubrimiento, en Tiahuanaco (Bolivia), de un instrumento de hueso, destinado á aquel uso, demuestra su antigüedad.

El tubo se fabrica del hueso de un llama joven, cortado por ambas extremidades y pulido con todo esmero. Uno de los extremos se colocaba en un vaso que contenía el precioso polvo y el otro se aplicaba á la nariz, por donde se hacía una fuerte aspiración. En una de las facetas se veía una figura humana, de rasgos bastante informes y un pequeño mamífero de contornos muy bien determinados; por la otra faz había grabados y

estrias que recordaban los de los antiguos monumentos y alfarerías del país. Los indios actuales no sabrían ni concebir ni ejecutar semejante ornamentación; en ello está la mejor prueba de la antigüedad del tubo, y puede, sin temor de equivocación, asegurarse que data de la época del esplendor de Tiahuanaco.

Los instrumentos que servían para tomar el tabaco estaban raramente cuidados: un hueso de ave, el de un mamífero cualquiera, cuidadosamente vaciado, llenaba el objeto. A menudo se unían dos huesos de estos por medio de una ligadura, de manera que pudiese aspirarse el tabaco por ambas ventanillas. También se adoptaba esa disposición á fin de tomar en compañía. El tomador, como se ve en el grabado, insuflaba el tabaco en la nariz del compañero, el cual hacía el servicio recíproco.

Además del tabaco, los indios se servían de otro polvo, el *parica* ó *niopo*, extraído de las semillas del *Pipadenia peregrina* (familia de las acacias). Este polvo, más astringente, más fuerte que el tabaco, del cual tiene el aroma, se encuentra en el Brasil y en Venezuela. Es muy estimado por las tribus poco civilizadas que habitan las orillas del Amazonas, del Orinoco ó del Ucayali.

Un sabio distinguido, el doctor Ernst, fundándose en un antiguo diccionario de aquellas lenguas, ha creído encontrar la costumbre entre los tupis del Brasil; otros exploradores en Córdoba, en la República Argentina, pero sería de desechar que esta última opinión fuese confirmada con mayor amplitud.

En Haití se tomaba, en las ceremonias religiosas, sobre todo, un polvo llamado indiferentemente *cohobá* ó *cogioba*, al cual se ha querido identificar con el tabaco. Se refiere que este polvo tenía propiedades intoxicantes y producía visiones extraordinarias. El tabaco, aunque se le acuse de algunos perjuicios, no ha producido nunca embraguez ni visiones extrañas; ó hay exageración en los relatos, ó el *cogioba* se parece al *parica*. Lo cierto es que los haitianos colocaban las hojas del tabaco sobre tizones y cenizas calientes y aspiraban el humo desprendido por medio de tubos de madera, de hueso, ó juncos á los cuales se les daba comúnmente el nombre de *taboca*.

Estos hechos demuestran la extensión del tabaco y su empleo en todas las formas, en las regiones más diferentes y en los tiempos más remotos.

MIS. DE NADAILLAC.

La herencia del organista

La crónica que apasiona en los últimos días los diarios ingleses es la relativa á cierto organista que de la noche á la mañana se ha hecho archimillonario.

La población de Londres conocía desde varios años atrás á un mendigo tocador de organillo que recorría las calles de la Cité acompañado de su mujer y rodeado siempre de una muchedumbre de pilluelos.

Pero no eran los aires del organillo los que atraían á aquella multitud, sino un cartel colocado en la parte anterior del instrumento y en el cual se leía la siguiente inscripción: *Y am viscount Hinton, lord Poulett's eldest son.* (Soy el vizconde Hinton, hijo mayor de lord Poulett).

Efectivamente, el matrimonio de lord Poulett fue muy original. Siendo muy joven, apostó, durante una travesía marítima, que se casaría con la primera mujer que encontrase al desembarcar. Esta fue la hija del piloto del buque en el cual había viajado lord Poulett.

Tiempos después, vinieron diferencias domésticas y el lord intentó obtener la anulación del matrimonio, pero todo fue en vano.

Entonces optó abandonar á su mujer y al hijo que habían tenido. La madre murió á poco, y el hijo, abandonado á su propia suerte, tuvo que ejercer, para vivir, los oficios más diversos. Terminó por hacerse mendigo y organista, llamando la atención de los transeúntes por el cartel en el cual revelaba su estado civil.

Ultimamente ha muerto lord Poulett y lo más verosímil es, que aun cuando deja otros hijos, el vizconde Hinton que es el mayor, sea el heredero de la inmensa fortuna, valuada en cien millones.

Desde que circuló en Londres esta noticia, se reunieron todos los mendigos de la ciudad y le hicieron una ruidosa ovación al organista. Todos los pobres que viven de la caridad pública en la gran ciudad formaban numeroso séquito, llevando cada cual un enorme cartel, con esta palabra: *Hurrah!* Desde el granuja que abre la portezuela de los carroajes, en solicitud de una propina, hasta el negro murguista, el "nigger" que se encuentra en todas las calles y tabernas de los barrios populares de Londres, instrumentistas extravagantes, seguían al organista y á su mujer, celebrando á su modo aquel golpe de fortuna.

Refieren los diarios ingleses que el vizconde Hinton recibió la noticia pormenorizada, en momentos en que se hallaba tocando un aire del *Carnaval de Venecia* en una de las calles más miserables de la Cité.

Charcot artista

Cuando Charcot cumplió 17 años, su familia dudó algún tiempo sobre la carrera que debía seguir. ¿Sería médico? ¿Sería pintor? Parecía igualmente dotado para brillar en una u otra profesión. El niño escogió la de médico y todo el mundo sabe cómo el porvenir aprobó esta elección. Pero generalmente se ignoran los dones maravillosos que el sabio profesor tenía por todas las cosas de arte.

El no se mostró solamente excelente conocedor, crítico eruditó y prudente, pues también manejaba el lápiz y el pincel con verdadera habilidad, y se complacía en trazar sobre el papel el diseño de sus enfermos, así como también paisajes tomados en sus viajes y hasta caricaturas de sus contemporáneos.

Varios albums están llenos con sus dibujos personales, y tienen hoy un sabor inesperado. Con motivo de la erección del monumento á la memoria de J. M. Charcot, el doctor Henry Meige ha consagrado en la *Nouvelle Iconographie de la Salpêtrière* un estudio muy interesante á *Charcot artista*, en el cual hace conocer á todos la obra desconocida, la herencia del maestro á su familia y á algunos íntimos. Este estudio ilustrado con numerosas reproducciones de los dibujos, diseños y caricaturas del gran sabio, demuestran que si Charcot no hubiera sido una de las glorias médicas, habría podido ser uno de los más célebres artistas.

El Vesubio en París

La imaginación francesa no descansa.

Se afana por encontrar un clou para la Exposición.

Trabaja sin cesar, se fatiga, llega á un estado de sobreexcitación inquietante. En medio de la especie de delirio neurástenico que se ha apoderado de ella, tiene invenciones que sorprenden, que desconciertan, que asombran.

Ahora se trata seriamente de instalar en París, cerca de Grenelle, un volcán, para inaugurarlo en la fecha de la Exposición.

Un volcán "coronado de verdaderas llamas y que arroje verdadera lava." Se le fabricará en París, á fin de que los pueblos rivales de la Francia que asistán al Certamen se formen una idea aproximada del estado floreciente de la industria Francesa.

El volcán tendrá cien metros de altura, por cuatrocientos setenta y un metros de circunferencia: sobre sus flancos se establecerán cafés-conciertos, restaurantes, bares provistos de todo el confort moderno.

Al pie del monstruo podrá, además, construirse un pequeño Herculano y una pequeña Pompeya; y el último día de la Exposición podrá aumentársele "vapor" al volcán, á fin de que cubra á aquellas ciudades con lava implacable.

Un volcán en París..... La idea no deja de ser simbólica en estos tiempos de calamidades para la Francia.

Paradojas sobre la belleza

El sentido de la palabra "belleza" es de todos conocido. Un prejuicio vulgar, que se apoya en la observación, muy justa por otra parte, de que la mujer está constituida con más delicadeza que el hombre, de que las fibras de los cuerpos femeninos son más débiles que las de los nuestros," un prejuicio vulgar, digo, quiere absolutamente que la perfección femenina consista en la pequeñez, en el carácter *mignon* de ciertas partes del cuerpo. Nada más absurdo. No hay sino fijarse en

los grabados de los periódicos de modas, para formarse una idea de las elegantes monstruosidades nacidas á favor de ese prejuicio; manos diminutas, pies imperceptibles, ojos mayores que la boca, una cintura de avispa que contrasta con hombros y caderas de una amplitud exagerada, tales son las horripilantes y desastrosas bellezas que aman todas las mujeres y que celebra la pública tontería.

Los artistas, únicas personas competentes en el asunto, quieren á toda costa que la belleza consista en la armonía de las partes de un sujeto, así como en el perfecto equilibrio de sus proporciones. Nada más justo: es indispensable que los ojos de una mujer sean más pequeños que la boca, que el talle conserve la gracia y la flexibilidad, que son sus principales atractivos y que se encuentre en justa proporción con las partes restantes del cuerpo. Una mujer alta, para ser bien hecha debe tener las manos y los pies grandes. Si no los tiene, peor para ella: es una criatura manquée. La belleza de cada uno de los miembros no consiste en su dimensión, sino en su forma especial. Una mujer alta con pies pequeños, sobre todo si son bien formados, es ciertamente menos chocante y más agradable que una enana con plantas de orangután. Lo que no quiere decir que sea perfecta.....

ERNEST TEYDEAU.



El tenogui y los peinados populares del Japón

El peinado era, y aún es hoy, para la mayor parte de los japoneses un trabajo complicadísimo. En la actualidad, muchos hombres se contentan con cortarse el pelo lo más pequeño posible; pero otros siguen los usos antiguos y se rapan la parte superior de la cabeza, dejando que crezca el cabello alrededor de la nuca, largo y espeso hasta los hombros.

Bien peinados y untados de aceite de semillas de camelia, los cabelllos se arrollan luégo en un solo paquete que se introduce en un cilindro de cartón barnizado de laca, el cual se fija en seguida en la parte superior de la cabeza por medio de cordones.

El peinado de las mujeres se asemeja al de los hombres, pero su trabajo es más artístico y de más larga ejecución.

Se comprende que los japoneses de ambos sexos, sobre todo, la clase de los agricultores y de los coolies conductores de vehículos, los *Tinrikishas*, se hayan habituado á preservar el cabello durante sus labores, bien sea para preservarlo del polvo, ó bien para conservar su complicado arreglo. Toman en esto, como en muchas otras cosas, el ejemplo de los chinos, que ocultan su larga trenza en una especie de pañuelo de tela de algodón, al que llaman *chow-kine*: las mujeres y los hombres del Japón han adoptado á su vez el *tenogui*.

Este consiste en un grosor pedazo de tela de algodón azul ó blanca, de cerca de 1 metro de longitud por 30 centímetros de ancho, bordado con dibujos que representan generalmente flores, pájaros y mariposas. Con él se forman diversos tocados, más pintorescos unos que otros; y es maravilloso ver con cuanta agilidad arrollan ó tuercen los japoneses el *tenogui* en redor de la cabeza.

Las diferentes maneras de adornarse tienen su significación para los japoneses. Por ella, hombres y mujeres descubren perfectamente bien el carácter ó las pretensiones de las personas que lo llevan.

En los campos, el *tenogui* se reemplaza á menudo por un paraguas de papel untado de aceite ó de cera vegetal. Los paisanos y las gentes del pueblo se sirven también de una especie de sombrero en forma de hongo, tejido con fibras de bambú y el cual se fija sobre la cabeza por medio de gruesos cordones atados debajo de la barba. Las otras clases sociales no emplean este sombrero sino en viaje.

Los peregrinos que efectúan la ascensión del *Tuji-Yama*, á los santuarios budísticos situados sobre los bordes del cráter, á 3.778 metros de altura, no dejan de abrigarse la cabeza con él para resguardarse de un sol ardiente ó de una tempestad de nieve que sobreviene á menudo, aun en verano, en aquellas altas regiones.

Hoy, los fieltros importados de Europa encuentran fácil y segura demanda entre los hombres de todas las clases sociales; reemplazan poco á poco, desdichadamente, á todos los adornos pintorescos de los habitantes del Japón. Desde hace pocos años están conquistando el derecho de ciudadanía en el imperio del Sol Naciente.

Goethe

Alemania festejará con gran solemnidad el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Goethe. Las fiestas durarán tres días. Iluminación, bailes, banquetes populares, cabalgatas históricas, representaciones teatrales gratuitas.

El primer día, las campanas de Santa Catalina, que arrullaron la infancia del poeta, sonarán á todo vuelo. En seguida, con carros cargados de flores se irá al cementerio y de allí á una floresta vecina de Francfort, donde existe un lugar llamado el *Reposo de Goethe*.

El carácter nacional

Mantegazza se ha dirigido á los sabios de todos los pueblos, á fin de encontrar los medios de definir el carácter de las diferentes naciones. Expone así las dificultades del problema: "Ningún escritor puede sus traerse al prejuicio nacional. ¿Qué no han escrito los alemanes contra la Francia, desde 1870? El grande y sereno Virchow me dijo un día que la ciencia italiana era muy superior á la ciencia francesa. Esto no es sólo una lisonja, es simplemente un absurdo....."

Mantegazza cita, en apoyo de su tesis, juicios de ingleses, alemanes, flamencos, italianos y eslavos, unos respecto á otros; juicios insuficientes ó parciales.

Recogiendo las calificaciones generalmente empleadas, se llega á formar el cuadro siguiente:

Italianos: estetas y eróticos.

Franceses: impresionables, inconstantes, eróticos.

Alemanes: cándidos y entusiastas.

Inglese: egoístas, religiosos, hipócritas, orgullosos.

Españoles: violentos, orgullosos.

Rusos: neuróticos.

Superioridad de los granos pesados

En el *Bulletin agricole de l'Algérie* el doctor Trabut presenta una nueva prueba de la superioridad de los granos pesados. Reunió granos de semilla de tabaco, separó los que quedaban á flor de agua de los que iban al fondo, y los sembró en diferentes lugares.

Todas las plantas nacidas de granos pesados eran más verdes, más vigorosas y más grandes; después fueron trasplantadas alterando las de granos pesados y las de granos livianos y la superioridad siguió manifestándose.

Las primeras tienen las hojas más verdes y más largas, en tanto que las otras se secan antes de llegar á su completo desarrollo.

Alcohol extraído del cok

M. P. Fritzsche, sabio químico alemán, ha hecho conocer el resultado de sus interesantes trabajos, sobre la posibilidad de convertir en alcohol el etilo contenido en los gases que se escapan de los hornos donde se fabrica el cok para la metalurgia.

El aprovecha la facultad de absorción, que posee el ácido sulfúrico respecto del etilo, para separar este gas de los vapores perdidos en los hornos de cok y transformarlo en sulfato de etilo; y este último lo convierte en alcohol. El producto es de uno ó dos por ciento del volumen del gas y el costo de la operación permite hacer entrar ventajosamente este original procedimiento de fabricación del alcohol en el dominio de la práctica industrial.

El aire artificial y sus aplicaciones

Á un hombre que se encuentre en un lugar herméticamente cerrado, se le podría proporcionar el modo de preparar artificialmente el aire que necesite para vivir?

Este problema ha sido presentado por un químico M. G. F. Jaubert, y un fisiológico, M. Laborde. En realidad, el aire que una persona ha respirado, contiene menos oxígeno y más ácido carbónico y vapor de agua. Queda el azóe que no sirve sino de diluyente interno.

Eliminando el ácido carbónico y el vapor de agua, y restituyendo el oxígeno en el lugar en que se respira, se restablecería la composición normal del aire.

Así pues, M. Jaubert acaba de anunciar á la Academia de medicina, que después de largos y extensos estudios, ha encontrado una substancia química, que, con un peso relativamente liviano, y con una misma operación:

1º Desembaraza totalmente el aire viciado de su ácido carbónico y de su vapor de agua:

2º Le devuelve automáticamente la cantidad de oxígeno que le falta.

En otros términos, esta sustancia, por su simple contacto con el aire viciado por la respiración, lo regenera totalmente y le restituye sus primeras cualidades.

Los autores no dicen todavía de qué sustancia se trata, pero aseguran que con 2 ó 4 kilos de ella, se puede hacer vivir en un espacio herméticamente cerrado á un hombre sano y adulto, durante 24 horas.

Ya se ve, pues, qué gran importancia tendrá este descubrimiento, si responde á las esperanzas de sus autores.

Su aplicación en los aparatos sumergibles ó en los que están destinados á penetrar en lugares irrespirables, sería indicada inmediatamente, y la vida en los buques submarinos, ó en los escafandros estaría asegurada en condiciones muy sencillas.

Se le harían muchas otras aplicaciones, sobre todo en medicina, pues con algunos gramos de una sustancia que se puede llevar en los bolsillos del vestido, sería posible disponer instantáneamente de algunas decenas de litros de oxígeno.

Iluminación eléctrica de una ciudad por medio de un pozo artesiano

En la Australia central existe una ciudad llamada Thargomindah y entre sus atracciones municipales se cuenta la instalación de alumbrado eléctrico que presenta una verdadera originalidad. La fuerza motriz necesaria al funcionamiento de los dinamos está producida por el pozo artesiano que surte á la ciudad. M. Horace Tozer, agente general de Queensland, en una reciente comunicación dirigida al *Royal Colonial Institute* dice que esta fuerza motriz, evaluada en 30 caballos de vapor, basta para asegurar el alumbrado por medio de 150 á 200 lámparas eléctricas; él espera que los excelentes resultados obtenidos en Thargomindah atentaran á otras municipalidades á seguir su ejemplo.

El sepulcro de Rómulo

Una revista de Europa, refiere que ha descubierto en el Foro "el más antiguo monumento romano, á saber: la sepulcral de Rómulo, que permaneció venerada hasta fines del Imperio."

La noticia es sorprendente. Los romanos creían, en efecto, que Rómulo, un día que pasaba revista á sus tropas cerca del Palatino, había desaparecido en medio de una tempestad, arrebatado en un carro de fuego por su padre Marte, el cual lo había convertido en Dios, bajo el nombre de Quirino.

Esta creencia, aceptada ó por lo menos propagada por todos los historiadores de Roma, parece inconciliable con la existencia de un sepulcro de Rómulo *venerado hasta fines del Imperio*.

Es cierto que la leyenda del rapto de Rómulo no es de remota antigüedad, puesto que se la encuentra referida por primera vez cuarenta años antes de la segunda guerra púnica.

Es, pues, imposible que haya existido otro sepulcro de Rómulo que no sea el que se dice acaba de descubrirse. Para que la leyenda haya podido formarse, es preciso admitir que la tumba, situada en pleno Foro, haya sido olvidada; lo que es difícil de creer, dado el culto que los romanos profesaban á cuanto dijese relación con la memoria de Rómulo, y las incesantes excavaciones practicadas en el Foro.

Quizá se trate simplemente del templo del otro Rómulo, del hijo de Majencio.

Las trepidaciones de los carruajes

La mecánica tiene también sus excelencias en terapéutica. Muchos enfermos han sanado con sólo haberlos sometido á las trepidaciones de los coches de ferrocarril y aun á los choques de un fiacre contra el pavimento. Las vibraciones ritmicas y repetidas ejercen, en efecto, cierta influencia sobre el sistema nervioso y sobre la circulación sanguínea. Conocí en el extranjero á un médico que trataba la tuberculosis sometiendolo al paciente á golpes renovados de un martillete de marfil; golpeaba, golpeaba los pulmones durante un buen cuarto de hora, diariamente, obteniendo mejorías y, según él, curaciones.

El abate Saint-Pierre curaba también con su zancla, desde 1734, á los atacados de jaqueca, torticolis, gastralgia, etc. Pero los chinos, desde hace ya dos mil años, utilizaban las vibraciones nerviosas en medicina. El método no es, pues, nuevo; solamente que se le renueva de tiempo en tiempo y á veces con provecho. El "aporreo," sobre todo, la vibración con los dedos casi se emplea en todas partes.

Los suecos, en particular, lo emplean desde principios del siglo, con más ó menos buen éxito. Despues se ha perfeccionado el procedimiento y se han inventado aparatos mecánicos que se aplican al enfermo y lo hacen entrar en vibración.

El primero de esos aparatos se debió á Zander, en 1864. Luégo se han variado los tipos: la cuestión

es producir manual ó mecánicamente una trepidación local que repercuta sobre el organismo. El último año, en el Congreso de la Asociación francesa, el doctor Loquet, de Nantes, ha llamado de nuevo la atención acerca de este pequeño gimnasio vibratorio que considera, como los suecos, de una eficacia perfecta. Es, ante todo, partidario de la vibración local. A este respecto, emprende algunas investigaciones que confirmarían los buenos efectos de ese género de gimnasio.

Ha adoptado el vibrador sueco de Liedbeck (realizado en 1891), al cual adapta un movimiento de pedal, que le permite obtener 2.000 vibraciones por minuto. La aplicación dura 30 segundos.

Un vibrador es una especie de diapasón cuyos movimientos se efectúan por un medio mecánico cualquiera. El vibrador, aplicado sobre un órgano, lo golpea poco á poco, y, como es natural, los choques repetidos producen irritación y aflujo de sangre. M. Loquet, por ejemplo, toma un termómetro y lo coloca en el muslo izquierdo del paciente: la temperatura es de 31° 6. Hace obrar el vibrador sobre la pierna derecha y toma inmediatamente la temperatura en ese punto: es de 35° 6. La piel se enrojece y se calienta durante más de cinco minutos. De todo lo cual se deduce una acción calorífica importante.

El calor producido depende evidentemente del ritmo y del número de choques. El efecto es menos sensible con un aparato que no produce sino cierto número de vibraciones comprendido entre 300 y 500. M. Bourcart, de Ginebra, con ayuda de un pequeño motor eléctrico, produce 15.000 vibraciones por minuto y la temperatura sube con rapidez. De resto es lo que se observa, por regla general, en todo el cuerpo con la aplicación del caballo trepidante de Zander (1864), ó el sillón trepidante de Charcot Tégu (1884).

El trasporte en ferrocarril basta para activar la circulación y hacer subir la tensión arterial; de ahí que aumente el apetito.

La trepidación local, muy practicada en Suecia, ejerce una acción más energética sobre un punto dado del cuerpo. Se la emplea contra los dolores de cabeza, de estómago, los lumbagos, etc. Una sola sesión basta á menudo para disipar los dolores del reumatismo articular, torticolis, neuralgias reumáticas. Vibración y masaje asociados producen los mejores efectos.

A M. Soquet le ha llamado la atención cómo se distiende en pocos segundos un miembro contraído, por medio de la trepidación. Ha observado rápidas y durables mejorías obtenidas en algunas semanas en la hemiplejia y en la enfermedad de Little. En el reumatismo crónico se observan á menudo alivios admirables, en épocas en que se ha creído irremediable la anquilosis. En la enfermedad de Parkinson (parálisis agitante), la trepidación local ha producido á veces mejorías notables, pero solamente con respecto á la rigidez, puesto que el temblor continúa. El esguince y sus consecuencias son también susceptibles á la acción benéfica de las vibraciones.

La acción calmante es evidente sobre las palpitaciones, aritmias, secreciones de las glándulas, etc. Finalmente, las pruebas están al alcance de cuantos quieran experimentarlas y sería conveniente no olvidar los buenos resultados obtenidos.

HENRI DE PARVILLE.

ENTRETENIMIENTOS FILOSÓFICOS Y LITERARIOS

SECCION SEXTA

EPOCAS PASADAS

LOS OLORES

I

Cada cualidad moral, á semejanza de los objetos físicos, produce una especie de aroma ó olor que le es peculiar, que se trasciende claramente, y por el cual puede reconocerse y distinguirse.

De estos olores unos son más ó menos gratos, y otros más ó menos ingratos. Por de contado, los gratos son los de las buenas cualidades y virtudes; los ingratos, los de las malas y los vicios.

Es un olor éste que no se percibe por el olfato, sino por el sentido en general; de una manera inexplicable e incomprensible, pero es lo cierto que se siente.

II

La verdad, por ejemplo, reina de las buenas cualidades, tiene una fragancia semejante á la de la rosa

de Alejandría, reina de las flores; y cuidado que se asemejan mucho, aun en lo de tener espinas, con las que punzan y hieren hasta ensangrentar en ocasiones.

Mas, ¡oh misterios insondables de la Providencia! Dios nos libre de Rosas sin espinas: no dicen verdad, son engañosas y engañadoras.

Deteniéndose uno y fijando la atención, se encuentra que el olor que uno exhala es semejante á tal ó cual cosa; pero con una semejanza más ideal que material, y que otro huele á otra cosa distinta, pues no todos tienen el mismo aroma.

Con alguna vocación natural y buen deseo, se aprende á distinguir estos olores, y á reconocer por ellos las cualidades del sujeto; lo cual es muy conveniente para poder juzgar con acierto, y saber á quién debemos admitir, y á quién rechazar de nuestro trato y amistad.

III

De estos olores, como hace poco se insinuó, unos son aromáticos y otros son pestilenciales: los primeros purifican la atmósfera, los últimos la infestan.

Los buenos olores á nadie son desagradables, y cuando alguno dice que le desagrada, es por el estado de corrupción en que él se encuentra.

A ninguno repugna la fetidez de los que le son semejantes, porque como es su propio olor y lo está aspirando y respirando de continuo, se convirtió con él y se le hace agradable.

Entre los amigos y adoradores de Baco, por ejemplo, cuánto no agrada á los unos la transpiración alcoholica de los otros. ¡Qué simpatía, qué atractivo tan grande sienten ellos entre sí!

Los fumadores. Cuánto no se deleitan incansándose reciprocamente con el aroma pestífero y nauseabundo de la nicotiana.

Existe, empero, un olor malo que repugna aun más á los que pertenecen á la misma familia: este es el del vano y presumido. Es una circunstancia digna de notarse, que aquellos que no expiden de sí este olor repelente, son los que más y mejor lo soportan y toleran en otros.

Este olor es semejante al del ácido volátil, vulgo cuerno de ciervo; rechaza como él, mas no corrompe, antes bien sirve para depurar.

IV

El aroma del pícaro es naturalmente desagradable al hombre de bien, y no á los pícaros. De ahí proviene, como queda indicado, que puedan ellos simpatizar entre sí: «Dios los cría y ellos se juntan.»

El olor de hombre de bien no desagrada ni aun al pícaro; y si éste aparesta lo contrario, es por el despecho de la emulación, ó mejor dicho, por la envida que produce en él la superioridad moral del bueno.

A cada sexo agrada reciprocamente el aroma del otro; y más en épocas de amores, en que este olor se encuentra exaltado y resaltante.

Hay aromas périfidos, de los cuales es necesario preservarse cuidadosamente, pues halagan el sentido y aparecen como buenos, siendo corruptos.

Vice-versa, los hay severos y salutíferos, como la quinina.

Existen aromas que agradan de lejos y no de cerca, como algunos hombres que hay *muy grandes*; tanto, que sólo sirven para vistos de lejos, por lo grandes que son.

V

Los necios huelen á hipecacuina ó á bodega de vinos. Marean como una y otra cosa; pero sirven de purificativo.

El charlatán inocente trasciende á perico; y algo valdría, si como esta avecilla, fuera amigo de corazón. (1)

Se nos viene ahora preguntar, fulano, zutano, mengano, á qué huelen? Pero ¡tate! no hay que señalar nombres propios, porque y que es vedado; y por otra parte, son tan conocidos en el lugar, que es innecesario nombrarlos.

Mas ofimos un cigarrón que zumba: «En eso hay inmoralidad». —Alto ahí! La inmoralidad no consiste en señalar lo inmoral; si en tolerarlo, tanto como en practicarlo. Dice usted que no lo practica, pero lo tolera; y contra éstos quisieramos dirigir nuestra puntería más de firme, pues están blindados.

VI

Prosigamos. Los valientes huelen á gallo, y cantan claro como él. Estos seres, galanos y gallardos por naturaleza, son galantes con el sexo débil: gustan mucho de la gala, de los gallardetes, de la gallardía, de la galantería, y de todo lo que suena como deriva-

vado del suntuoso gallo; entre lo cual se comprende además la gaita y lo gaitero. Y es por esto que son tan amigos de los colorines, del encarnado, oro, plata, azul, etc.; como sus bellas plumajes.

Calzan espuelas, aunque también suelen encontrarse gallinas que las calzan; pero éstas se distinguen por la pluma, y en qué no cantan, sino cacarean.

El ladrón fino huele á gato, que muy poco huele por cierto, pues cuidan mucho de la *limpieza*; pero arañan.

Y como el gato es animal tan juguetón, á esta familia se agregan los amigos de *juguetear*; y si no obviérase lo aseaditos que andan siempre, lo mismo que el gato, y lo finos que son.

Y obviérase, sobre todo, aquella gravedad tan parecida á la del gato, que contraen y se hace típica en sus fisionomías.

—Pero, señor articulista, yo conozco algunos de éstos que andan por ahí desastradamente.—Eso son malos jugadores, que no hacen regla.

VII

Recordamos haber leído hace muchos años un jocoso poema histórico, en el cual la dama, que era joven y bella, insinuaba al galán pretendiente, que por lo visto no sería muy niño, de esta manera:

«A mí, madre me decía,
En el más sentido tono,
Viejo pobre, hiede á mono;
No hay que dejarlo acercar...»

¡Y qué verdad tan grande decía la chica! Vean ustedes si será exacto y antiguo eso de que la humedad huele.

Hasta en el diccionario de la Academia Española encontramos prueba de ello. En este libro clásico, en la palabra *Poleo*, que es nombre de una hierba aromática, se lee: «Vienes á deseos, huélesme á poleo». Con lo cual se enseña que es bueno escasearse para ser bien recibido; esto es, para no heder. Traslado en quien corresponda. (2)

Entre las acepciones del verbo *Oler* trae el diccionario la siguiente: «Parecerse ó tener señas y visos de una cosa, que por lo regular es mala, y así se dice: *Este hombre me huele á hereje*.»

En el mismo libro en el artículo *Fragancia*, se encuentra que da á esta voz la significación de: «Buen nombre y fama de las virtudes de una persona».

Existe además un antiguo proverbio que dice: «La envida del justo es un perfume que se exhala en el porvenir».

Y pasamos por alto el olor de santidad, en que ha muerto tanto varón insignie, que no deja de ser también antiguo, por lo descrito de la época.

VIII

Los hombres de moral incorruptible huelen á cedro amargo; y en verdad que amargan mucho á los crompidos, sin más que con su presencia, sin necesidad de dirigírseles ni una palabra.

Las chismosas huelen á cucaracha; pero ¡guarda! que entre las cucarachas se encuentran fácilmente escorpiones. Limpiar pues la casa, guerra de exterminio contra esta raza, detestables unos, perversos otros, todos inmundos.

El adulador huele al manzanillo. ¡Ay del que responde á su mafiosa sombra!

Esta especie merecería un artículo aparte. Es increíble la adversión que inspiran sus individuos al pueblo, el cual en su despecho los apedilla *adulantes*.

Aquel á quien no repugna recibir el aroma pestífero de la servil adulación, es porque él pertenece á la misma familia; es decir, que á su vez sería también capaz de ser un adulador.

IX

La esposa infiel huele á la flor del estramonio: hermosa y aromática como ella; pero este es uno de esos olores périfidos de que hemos hablado. Y lo más notable es que aunque al principio halaga á entrambas partes, luégo se convierte en tóxico para todos.

El calavera tiene sus puntos de semejanza con la mujer infiel: halaga al principio, pero después apesta.

Pero ¿qué vamos diciendo? Si fuera á seguirse lo que antecede al pie de la letra, resultaría que los boticarios, por sus concomitancias huelen á demonios, y serían los hombres más perversos del mundo; cuando hé aquí que todos los de esta ciudad que conocemos son unos excelentes ciudadanos. Lo cual significa que es necesario irse con mucho tiento en la aplicación de estas reglas.

(1) Sabido es que el perico es ave chacharrera, y que come sólo el corazón del maíz.

(2) Lo que antecede se refiere á la edición undécima del Diccionario, pues en la duodécima se registra este adagio en la voz *Desco*.

X

Algunas muchachas trascienden á mañanitas de Abril, por los floridos campos de *El Recreo*, allá á las márgenes del Guaire pintoresco. La semejanza no puede darse más cabal: primaverales unas y otras; fresquitas, risueñas, suaves; un tantito húmedas; sonrosadas cual la luz que refleja el oriente á esas horas. La melodía de su canto enajena el espíritu: su delicado aroma no es comparable al de ninguna flor; pues es el conjunto, el resumen de todas las más exquisitas y delicadas del valle y de la montaña inmediata. Pero ¡ah! luego viene el calor del mediodía, y después viene el estío que todo lo agota.

Mas no haya cuidado, que en esto se verifica lo que dicen los geógrafos: mientras por unas tierras es mediodía, por otras es medianoche; mientras para unas principian las sombras vespertinas, los albores de la aurora asoman para otras. Cuando en los países situados al sur del ecuador es verano, reina el frío invierno en los del norte.

La buena madre de familia semeja majestuosa encina. Poco olor, mucha sombra, benigna y refrigerante. Copada en invierno y en verano, en tiempo de seca y en tiempo de lluvia; flexible, bella, la buena madre siempre es bella. Su fragancia es indescriptible: sus consejos son los consejos de la sabiduría: su bendición, la bendición del Cielo.

La mala madre..... La mala madre, no la conocemos.

El hijo ingrato hiede á infierno.

El buen hijo huele á incienso, pues como vive en adoración perpetua á Dios y á sus padres, incendiéndolos de continuo, al fin adquiere él mismo este perfume sagrado.

XI

Eso hombres que estudian y más estudian, y son tenidos ó se tienen por grandes sabios, y nunca dan aroma ninguno; ó si alguno dan al estrujarlos es más bien repelente: estos son la flor del cardo-santo.

Tienen espinas y punzan porque, á la verdad, no carecen de alguna virtud; pero cuán diferentes son de las rosas que también tienen espinas y punzan. Las rosas, apartando con cuidado y discreción las espinas, puede uno tomarlas sin herirse, aspirar su aroma delicado y aprovecharse de ellas, que sirven hasta para curar los ojos; como sucede con los hombres veraces á quienes se asemejan, que dan hasta luz y vista, en sabiéndolos tratar.

Pero el cardo; ¡Dios eterno! se hinca uno los dedos, y al cogerlo se deshoja sin remedio. Son abejas en lo laboriosos y el agujón; mas no por la miel que producen: si acaso alguna cera.

Y los sorbedores del tal rapé, señores, ¿á qué huele? ¿Qué nos haremos para librarnos de los restos que aún quedan de esta plaga?

Por nuestra parte quisieramos que el diablo arrebatará con ellos á dos manos, como dijo el otro aquel, y colocara semejantes vestigios en un museo de antigüedades, para que no volviera más nunca ningún ejemplar de ellos á sentársenos al lado; pues se nos hace insoportable la dualidad del asqueroso y nauseabundo tabaco junto con el fuerte olor de las esencias concentradas; y luego, digan usted, aquella filtracioncita perenne, que á veces cae hasta sobre la pechera, puf..... ¡Quién pudo haber inventado eso de atapuzarse las narices de inmundicia! Ab renuncio de Satanás, sus obras y sus pompas.

XII

Cada raza humana, así como su color, tiene también su olor peculiar; y aun las variedades de una misma raza se diferencian entre sí. ¿Se dirá que esto pertenece únicamente al olor material que se percibe por el olfato? —Quizás.

Sobre los que huele á vinagre nada diremos, pues para tratar debidamente estos acéticos es necesario ser químico, y nosotros no lo somos.

El mentiroso huele á *cacho quemado*. Cacho, se entiende, como decimos por estos mundos nuevos; que en las viejas tierras de Castilla estilan llamarlo cuerno, y que en nuestro lenguaje popular se toma también como sinónimo de mentira.

Los sátiros olican á macho cabrío: su tufo almizclado trasciende á lo lejos.

Los perezosos huelen, como es de cajón, al animalito llamado pereza; de cuyo nombre se deriva moral y literalmente el perecer á que están condenados.

XIII

¿Y esos flacos que viven dando remedios y consejos para engordar, á otros más gordos que ellos?

¿Y los valetudinarios que dan reglas de higiene á los que gozan de buena y cabal salud?

¿Y algunos arruinados que están siempre corrigiendo la plana y enseñando los medios de adquirir fortuna á los que prosperan?

¿A qué huele esta runfla de honestos ciudadanos?

Vemos sonreír al entendido lector, y amonestado ya en el arte contestar entre sí con asaz acierto y sabiduría.

XIV

Pero ¿á dónde iríamos á parar si siguiéramos pasando revista á todos los olores que se presentan á nuestras narices?

¿Qué diríamos de la beata y el roealtares? ¿De aque-los y aquellas á cuyo fervor no basta cumplir con el precepto que dice: "Oír misa entera con devoción los domingos y fiestas de guardar"; sino que han de vivir metidos de hoz y de ciza, día y noche, en las iglesias? *Libera nos, domine.*—Estos huelen á gazmoñería.

¿Qué de estos que andan siempre reprochando la rectitud de otros?—Que huelen á vino torcido.

¿Qué de esos comerciantes que están constantemente diciendo la verdad, vendiendo al costo, y viviendo como unos sibaritas?—Que huelen á *cacho quemado* (léase *mentiroso*).

¿Qué de algunos periodistas que no saben escribir ni pensar?—Que huelen á calamidad pública.

¿Qué de los que se meten á criticar cuando no saben ni leer?—Que huelen á *Geroncios* ó *Pedaneos*.

¿Qué de aquellos que dicen que hablando mal se entienden mejor las gentes?—Que huelen á gansos.

¿Y de los que pretenden escribir historias sin tener el talento, ciencia ni conciencia necesarias para tan ardua empresa?—Que estos no huelen, sino husmean.

¿De los médicos, los abogados, y de los poetas, señores, los necrólogos sobre todo?

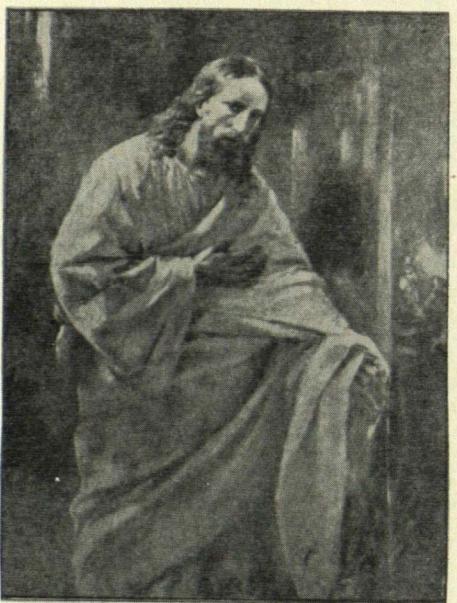
—Que cada uno de estos tipos tiene su olor particular, y en ocasiones no es uno solamente, sino el de un ramillote (pero no de divinas flores), en que trascienden varios á un tiempo.

Esta materia es una mina inagotable; tratarla en toda su extensión sería eluento de nunca acabar.

¡Quérclis, donoso lector, que continuemos explotándola para honra nuestra y solaz vuestro!

Pero no, basta. No abusaremos de vuestra benevolencia, pues si llegáis á cansaros; ay de nosotros! diríais entonces que nuestro artículo os huele á muerto.

BALDOMERO RIVODÓ.



JESUS. — Por Ferd. Brütt

Semana Santa.—En la sección correspondiente hacemos referencia á los grabados de este número consagrados á rememorar la vida y la pasión del Redentor. La Iglesia y la sociedad cristiana de Venezuela se preparan á tributar sus homenajes de adoración al Hijo de Dios, en estos días de recogimiento y de fervor. Quieren amor y paz los corazones, saludable serenidad todos los espíritus y van en piadosa solicitud á los santuarios consagrados al Apóstol de la caridad y del perdón, al Dios de mansedumbre y de bondad, al Cordero sin manilla, Mártir de su inagotable amor.

"El Tiempo".—Este apreciable colega de la capital ha entrado, con el número 1.761, en el séptimo año de su existencia.

Bien merece el general aplauso más de un lustro de vida meritoria y provechosa á los intereses del país, á los cuales ha venido consagrado *El Tiempo* desde su fundación.

En sus columnas han tenido todos los gremios constante, seria y discreta información en cuantas materias puedan importar al conocimiento de los asociados.

Las letras, las industrias, el comercio, la política han merecido siempre esmerada atención de los Directores del notable colega, quienes hacen cada día mayores esfuerzos por prestar efectivos y útiles servicios al país, desde la austera tribuna del periodismo.

Reciba el señor Director de *El Tiempo*, nuestro amigo don Carlos Pumar, la expresión cordial de nuestras felicitaciones y los votos que hacemos por la prosperidad de su Empresa.

Bienvenida.—Ha regresado á la patria, después de dos años de residencia en Europa, nuestra apreciado colaborador y amigo, el joven escritor P.-E. Coll.

Envíámole nuestro cordial saludo de bienvenida.

El Noticiero.—Enviamos nuestros parabienes al señor Director de este acreditado diario, el cual ha entrado en el décimo año de su fundación.

Horizontes.—Es el título de una nueva Revista mensual, órgano del "Centro científico literario" instalado recientemente en Ciudad Bolívar bajo la dirección de los señores doctor Luis Alcalá Sucre, Presidente; Luis F. Vargas Pizarro, Vicepresidente; doctor José Miguel Torrealba García, segundo Vicepresidente; doctor José Manuel Agosto Méndez, Secretario de Actas; bachiller Santiago Rodríguez Berenguel; y B. Tavera Acosta, Secretario de Correspondencia.

Tenemos á la vista el primer número de *Horizontes*, cuyo Sumario es el siguiente:

"Prospecto," por Luis Alcalá Sucre; "Lucha Eterna!" por J. M. Agosto Méndez; "Monólogo," por L. F. Vargas Pizarro; "Crepúsculo," por B. Tavera Acosta; "Sola," por Antonio J. Lagardera; "Gladiadores," por Luis M. Márquez; "Desarticulación Esápulo-humeral," por José T. Ochoa; "La Nueva Ciencia," por J. M. Torrealba G.; "Vida," por Saturio Rodríguez Berenguel; "Fragmento," por Guillermo Herrera Franco; "Mis primeras estrofas," por Federico Calderón; "Párrafos," por Antonio Bello; "Poder de la Asociación," por Luis Arísteguieta Grillet; "Siempre vivas," por Pedro Felipe Escalona; "Últimos instantes de Bolívar," por L. F. Vargas Pizarro; "Renacimiento," por E. Núñez Machado; "El Beso-Saludo," por Rafael Villapol; "El primer diente," por L. Acevedo Itriago; "Fantasía," por J. M. Agosto Méndez; "Actas y Correspondencia;" "Eeos y Notas."

Nuestros votos muy sinceros por la prosperidad del CENTRO CIENTÍFICO LITERARIO, y nuestras cordiales felicitaciones á los caballeros que forman la Junta Directiva, á quien con gusto enviamos el canje de esta Revista.

Memorias administrativas.— Con atentas dedicatorias se nos han remitido las siguientes:

Memoria del Ministro de Relaciones Interiores, presentada á las Cámaras Legislativas en sus sesiones ordinarias de 1899.

Libro Amarillo de Venezuela, presentado por el Ministro de Relaciones Exteriores.

Registro de los dictámenes del Consejo de Gobierno, en el año que terminó el 20 de febrero último.

Memoria de Obras Públicas, dos tomos, acompañados de siete mapas ilustrativos, dos de los cuales constituyen la carta general de los ferrocarriles de Venezuela.

Memoria del Ministerio de Correos y Telégrafos. 2 tomos, los cuales traen: el primero, el Mapa de Correos de los Estados Unidos de Venezuela; y el segundo, el Mapa Telegráfico y Cablegráfico.

Memoria de la Gobernación del Distrito Federal.

Memoria del Ministro de Instrucción Pública. 10 tomos.

Damos nuestras gracias más cumplidas á los señores remitentes.

Pedro César Domínguez. — A fines de este mes circulará en Venezuela la última obra de este joven literato, colaborador muy apreciado de nuestra Revista.

El libro es una novela titulada *La Tristeza Voluptuosa* y se está imprimiendo en Europa.

Tendremos el placer de insertar en nuestras columnas el juicio que hagamos de su libro.

Prensa americana. — *La Ilustración Sud-Americanica.* — La bella revista argentina celebra en su número 144 el sexto aniversario de su fundación.

El colega del Sur ha venido cumpliendo, durante un lustro, misión meritaria, en las letras y en el arte; y al retribuirle el saludo que envía á la prensa de América, hacemos sinceros votos por su prosperidad.

El Monitor de las Exposiciones. — Hemos recibido el número 21 de este órgano de la Exposición de 1900, cuyo sumario es el siguiente:

“La Villa de París en la Exposición de 1900,” por Pierre Baudin; “Ecos;” “Crónica científica e industrial de la Exposición,” por Max de Nansouty; “Las obras de la Exposición,” por Da Cunha; *Revista Americana*, por Rosmerholm; “Relación sobre el Congreso internacional de Legislación Aduanera y de Reglamentación del trabajo, celebrado en Amberes,” por Désiré Pector; “Un arreglo de las Deudas de España,” por Francisco Manuel Pau; 7 grabados.

Folleto recibidos. — *Memoria* que el ciudadano Presidente del Concejo Municipal del Distrito Maracaibo, presenta al ciudadano Presidente Constitucional del Estado en 30 de noviembre de 1898.

Documentos relativos al Mensaje que el Presidente del Zulia dirige á la Asamblea Legislativa del Estado en sus sesiones ordinarias de 1898, compilados por la Secretaría General de Gobierno.

Revista de la Instrucción Pública, cuaderno número 61, correspondiente al mes de febrero.

Informe que presenta la Junta Directiva de la Compañía Anónima “Ferrocarril del Sur,” á la Asamblea General de Accionistas reunida en febrero de 1899, correspondiente al semestre de julio á diciembre de 1898.

Discurso de orden pronunciado por el doctor Jerónimo Maldonado, h., en la sesión solemne que la Sociedad “Hijas de María,” de Rubio, efectuó el 8 de diciembre de 1898.

Cámara de Comercio de Caracas, número 55, correspondiente al mes de febrero.

Gaceta Médica de Caracas, número 4, correspondiente al mes de febrero.

El Tabaco, Revista tabaquera de la Isla de Cuba, número 1º de la época III, año II.

Damos las gracias á los señores remitentes.

Café inalterable. — El señor M. M. Herrera nos ha obsequiado con dos muestras del café que prepara por un nuevo sistema de que es propietario y el cual se promete hacer conocer en la próxima Exposición Universal de 1900.

Bien merece el más franco estímulo el industrioso y honrado joven, por sus esfuerzos en pro del mejor crédito y mayor difusión de un producto venezolano que goza en el extranjero de fama y excelencia por su calidad.

Damos las gracias más cumplidas al señor M. M. Herrera por su obsequio.

NUESTROS GRABADOS

Don Félix Soublette

Pulsó inspirado todas las cuerdas de la lira y á la épica arrancó el laurel que, ajustado á su amplia frente, embellecían los hilos de plata de su radiante arianiadán.

En el reducido grupo de nuestros principales poetas su alba cabeza resplandecía como la nieve impoluta que corona las cumbres.

Blanca y bella también era su alma; y firme, como su inspiración, fue su carácter.

No lloramos sobre su tumba. Cantamos su advenimiento á la gloria. Los poetas, como los dioses, son inmortales.

El Cristo de los ojos azules

El reciente descubrimiento de esta preciosa escultura, ha causado profunda sensación en el mundo artístico.

Peritos competentes la consideran como obra de Miguel Angel ó Donabedoy; y debido á este dictamen acaba de adquirirla el Embajador de Rusia en Madrid.

Una de las particularidades de esta antigua imagen de Cristo es que sus ojos, de cristal de roca, son de color azul.

El cuadro de Kaulbach

Llegado el día octavo en que debía ser circundado el niño, no fue puesto por nombre Jesús, nombre que le puso el ángel, antes de que fuese concebido. Cumplido así mismo el tiempo de la purificación de la madre, según la ley de Moisés, llevaron el niño á Jerusalem, para presentarlo al Señor, porque está escrito en la ley de éste: todo varón que nazca el primero, será consagrado al Señor.

Había á la sazón en Jerusalem un hombre justo, temeroso de Dios, llamado Simeón, el cual esperaba la consolación de Israel, y á quien el Espíritu Santo le había revelado que no moriría antes de ver al Cristo.

Fué al templo; y al entrar con el niño Jesús sus padres, lo tomó Simeón en sus brazos y bendijo á Dios diciendo: Ahora, Señor, despidé en paz á tu siervo, según tu promesa; porque ya mis ojos han visto la luz que ilumina á los gentiles y la gloria de tu pueblo de Israel.

Y luego que los padres de Jesús escucharon con admiración las cosas que de él se decían, Simeón bendijo á ambos y dijo á María: Mira, este que ves está destinado para caída, para levantamientos de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción; á fin de que sean manifestados los pensamientos de muchos corazones. En cuanto á ti, una espada traspasará tu propia alma.

Jesús y San José

De la infancia del Redentor y del afecto diligente del casto esposo de María, habla el espíritu cristiano el cuadro de Zimmermann. El descendiente de la Real Casa de David, es allí el varón de edad perfecta, en quien los Pontífices no ven al humilde Maestro Carpintero, sino al santo de sangre generosa, designado por la Divinidad para ser el legítimo compañero de la hija de Ana.

“En Jesús la materia está penetrada por el alma que la domina y la transfigura, y el alma por el espíritu de Dios que la llena y la diviniza. Ninguna psicología podrá comprender las irradiaciones de Dios en el alma de Jesús y ninguna ciencia comprenderá jamás toda la belleza de su cuerpo vibrante y creciente bajo los rayos y los impulsos de una alma que lo Infinito desarrolla todo enterá con su inspiración y su virtud.

El es el niño, el adolescente ideal, como será más tarde el hombre ideal. Entre él y los hijos de la tierra, hay esta diferencia: los mejores entre nosotros aspiran á la perfección á la que nunca llegan, él realiza el tipo absoluto.

La unión total, personal, de la naturaleza humana y de la naturaleza divina le dan la intuición de la verdad infinita, la posesión del amor infinito; pero ella no impedía en su razón el desarrollo del conocimiento experimental, el ejercicio progresivo de las virtudes, el esfuerzo de la voluntad, las fatigas del cuerpo, el trabajo y el dolor. Este es el patrimonio esencial del hombre terrestre. Jesús le ha quitado todo entero con sus debilidades, su miseria y mortalidad; su unión con Dios le libertó sólo del pecado y de la imperfección.

Los modos más diversos pueden existir simultáneamente en el alma, sin excluise y sin destruirse; la intención es compatible con el conocimiento experimental, las alegrías divinas se unen á las angustias sin nombre y los combates violentos á una inalterable serenidad.”

Jesús y María y Marta

Caminando Jesús por las ciudades y villas de Judea, extendiendo las noticias del reino de Dios por todas partes, entró en un castillo llamado Betania, poco distante de Jerusalem, donde una piadosa mujer, nombrada Marta, le recibió y hospedó en su casa. Tenía ésta una hermana, cuyo nombre era María, la cual desde Galilea había venido en compañía de Jesús, sirviéndole con su caudal, y había sido parte para que le coroasen Lázaro y Marta, hermanos suyos. De aquí se originó en Marta el cuidado de hospedar en su casa á Jesús las veces que venía á predicar.

María, en esta ocasión, sentándose á los pies de Jesús, se ocupaba enteramente en oríre y meditar las palabras que decía. Cuidaba Marta de lo necesario para el decente y regalado hospicio de Jesús, y viendo á su hermana que sin dar vista á tan justa obligación, sólo se empleaba en regular su espíritu con las dulces razones del Maestro, le dijo: —Señor, ¿es posible que no te dé cuidado ver que María mi hermana me ha dejado todo el peso de servirte, sin poner la mano en este ministerio que debiera ser tan de su amor y obligación? Dile que se levante y me ayude en él, porque yo no me hallo con fuerzas para satisfacer á tanto empeño.”

—Síbe, oh María, respondióle el Señor, que yo no baje del cielo para que los hombres me regalen con muelas y exquisitas viandas, sino para alimentar sus espíritus con las divinas suavidades que de mi pecho lleno de amor para con ellos brotan mis labios.

—María, á quien acusas de ociosa, y á quien has juzgado omisa en las finanzas de servirme, eligió la mejor parte que nuncas se ie quitará; porque la dureza de escucharme y meditar en mis palabras, que ha comenzado á gustar en esta vida, gozará con aumentos en la eterna.”

Tan desinteresado se mostraba Jesús en el ejercicio de la predicción de su Evangelio, que aun la virtud de recibirlo como á Dios y en su persona á su Padre, que con tanto encarecimiento había encomendado, le pareció menos hermosa que el ocio santo de oríre y meditarle sus palabras.

Santa Jesús á un paralítico

Llegaron á la casa de Jesús en Cafarnaum cuatro hombres que traían en su misma cama á un paralítico, para que le sanase. No pudiendo llegar fácilmente á su presencia por la innumerable gente que ocupaba las puertas y los patios, se subieron al techo, rompieron por la parte que caía adonde estaba Jesús, y bajando por allí al paralítico en su lecho, llenos de confianza lo colocaron á los pies de aquél, quien viendo la valerosa fe de aquellos hombres y sintiéndola menos viva en el enfermo, le dijo:

“Hijo, confía verte sano, y para que llegues á conseguir la salud del cuerpo que deseas, yo te doy, sin que me lo pidas, la del alma que vale más; yo te perdono tus pecados.”

Los Fariseos y Doctores allí presentes, viendo la majestad con que había perdonado al paralítico sus culpas, comenzaron á discurrir y aun llegaron á decir que Jesús blasfemaba, usurpando la potestad de Dios en redimir delitos, no siendo más que un hombre.

“Contigo hablo, —dijo Jesús al paralítico, después de haber confundido á los Fariseos y Doctores; —levántate sano, cogé tu cama al hombro y véte luégo sin lesión alguna á tu casa.”

Al momento, levantándose el enfermo sin achaques ni dolor, en presencia de todos se echó al hombro el carretón en que yacía y se fue á su casa ensalzando la omnipotencia de Dios. Con gran temor y asombro vio esto la muchedumbre, y atónita decía: “¡oh hemos visto maravillas, nunca se vieron milagros semejantes!”

Resurrección de la hija de Jairo

Dice el texto católico que el Príncipe de la Sinagoga de Cafarnaum, llamado Jairo, en vista de que se le moría su única hija, se acercó llorando á los pies de Jesús y le dijo:

“Señor, mi hija está en lo último de su vida, por ventura habrá expirado; si vienes conmigo y le pones en su rostro la mano, sanará.”

Levantóse Jesús y enterneciendo con las razones del padre iba con sus discípulos á dar salud á la hija de aquel Príncipe; pero entre la multitud que le rodeaba y seguía tuvo que detenerse, para oír la confesión de una mujer que, inspirada por la fe, había sanado con sólo haber tocado su túника.

Cuando esto acontecía, llegaron comisionados de la casa del Príncipe á decirle que su hija acababa de expirar, por lo que ya no servía de nada molestar al Maestro. Oyó Jesús lo que decían á Jairo sus criados, y díjole:

“No temas, aunque te hayan informado de que tu hija está difunta; solo te encargo de que tengas vida en que la puedo resucitar.”

Entró Jesús á la casa de Jairo, diciendo á los que lloraban: “De qué estás afligidos? De qué sirven esas lágrimas? Basta ya: no llores; apartaos, que no está la niña muerta, sino dormida.”

Burláronse todos, porque tenían la certidumbre de que la niña estaba muerta; pero Jesús mandó despear la sala y llevándose consigo á los padres de la doncella, entró en la cámara, donde la halló difunta, y tomando de la mano le dijo: —“Niña, contigo hablo, levántate.”

Y al punto se levantó, y comenzó á pasearse sin admisión de haber estado enferma. Quedaron sus padres asombrados; pero Jesús les prohibió que se supiese por ellos aquél milagro, que la fama divulgó luégo en toda la tierra.

Entrada á Jerusalem

El cuadro que se halla en Valencia, obra de nuestro notable artista Herrera Toro corresponde, de manera expresiva, á la descripción del suceso que la iglesia católica rememora el Domingo de Ramos.

Desde que se supo que Jesús se dirigía á Jerusalem, dice uno de sus apóstoles, el pueblo acudió á su encuentro. El entusiasmo se apoderó de los discípulos y de la multitud. Veían capas extendidas á lo largo de la ruta, bajo el paso del Profeta, y ramas de áboles esparcidas por el suelo; algunos llevaban palmas en las manos. Los que abrían la marcha, proclamaban sin cesar en aclamaciones prolongadas: “Honra a Jesús en las alturas.” Si la conciencia popular tiene sus horas de extravío y de locura, también tiene su sinceridad ardiente y sus respaldos de verdad. Jesús, que en su vida pública ha rechazado toda ovación, huéyendo de la efervescente del pueblo, acepta el triunfo que le es ofrecido, acoge las voces que aclaman su título de Mesías y la venida de su Reino. Es preciso que la verdad sea saludada, y que al glorificarla, el hombre se honre.

Esta ovación de un día estaba en los designios de Dios; los profetas la habían anunciado y descripto.

Resurrección de Lázaro

Así la describe el autor de las *Mujeres del Evangelio* inspirado en la breve narración de San Juan:

“¿Quién marchitó la flor de tu alegría?
¿Quién nubla, Marta, tus radiantes ojos?
¡Ay, Lázaro murió! —La tierra fría
Oprime ya sus miserios despojos.”

Mas no se pierden en la inmensa esfera
Las lágrimas que vierte tu hermano;
Muévelo á Dios tu queja lastimera
Y tiende á tí su valedora mano.

Enmudezcan los téticos clamores,
Y el lloro cese que tu faz anega;
Que ornado de fulgentes resplandores,
Cristo á las puertas de Betania llega.

¡Penetra en tu morada funeraria,
A ser de tu dolor mudo testigo?
¡Viene sobre la tumba solitaria,
Inútil llanto á derramar contigo?

No; ya presiente la infeliz hermana
Que el alivio á sus penas se avicina.
Que nunca muere la esperanza humana
Y nunca duerme la bondad divina.

Su voz doliente al Salvador eleva;
Y cercado de turba numerosa,
Desciende Cristo á la profunda cueva
Do el cadáver de Lázaro reposa.

Morada sepulcral, gruta sombría,
De pardas rocas y de ambiente insano,
Que con pálida luz alumbría el día,
Y á de nunca llegó ruido mundano.

El tímido mirando enternecido,
Con el fervor profético que anuncia
La certeza de ser obedecido,
"Lázaro, ven á mí," Cristo pronuncia.

Por la cóncava bóveda retumba
Su voz, cuanto solemne, poderosa,
Y subyugada la insensible tumba,
Se quiebra y salta la marmórea losa.

¡Y el prodigo se cumple! —Se va alzando
Sobre la abierta fosa cuerpo inerte,
Con espanto y con pena despertando
Del sosegado sueño de la muerte.

¡Es Lázaro.... tu hermano! —Ya la planta
Mueve, recobra la color marchita,
Desata el labio, la cervix levanta,
Sus ojos ven, su corazón palpita.

Por calmar tu amargurísima tristeza,
En la noche mortal brilló la aurora,
Sus leyes quebrantó naturaleza;
¡Qué tanto puede la virtud que llora!

Jesús — El Cristo

(CUADROS DE BRÜTT Y ZIMMERMANN)

Cafarnaum y Jericó, Caná y Betania, Samaria y Jerusalem, toda la Galilea y la Judea, escribe el padre Baldú, fueron testigos de multiplicados y patentes ejemplos del poder sobrenatural de la palabra del Dios-Hombre, que resucitó a Lázaro, perdonó á la Magdalena y á la adultera, y escogió á un pobre pescador para fundamento de su iglesia.

El que predicaba que todos los hombres eran hermanos y que como á tales debían amarse y protegerse sin distinción de clases ni gerarquías, atrajo hacia él todas las voluntades y todos los corazones, y cuantos ofran su palabra santa no vacilaban en creer que quien sólo el amor y el bien ensalzaba con la palabra y el ejemplo, había de ser el hijo de Aquél que es bien infinito y amor infinito.

Era, en efecto, Jesús, el Mesías que los profetas habían anunciado. Pero los Pontífices de la Sinagoga, los Doctores de la Ley, los Escritores y Fariseos á quienes el Salvador reprendía con divino imperio y libertad, conspiraron contra él; y no contentos con perseguirle, intentaron hacerle pasar por blasfemo, dando á este fin la más torcida interpretación á las palabras divinas para lograr una sentencia de muerte contra quien había de llevar su abnegación hasta el extremo de derramar su sangre en la cruz para redimir á la humanidad y enseñar á morir perdonando.

Y Jesús fue abofeteado, escarnecido, azotado, coronado de espinas, juzgado y crucificado por el torpe poder de los fuertes, entre el miedoso abandono de los débiles.

Pero bien pronto llegó á fertilizar toda la tierra la sangre del Justo derramada en el Calvario.

Las hécatombe de víctimas humanas inmoladas por Nerón, Commodo, Diocleciano y otros verdugos purpurados, en vez de apagar, acrecentaron continuamente la fuerza vivificadora del Cristianismo; y de las cenizas de miles de mártires renacían por millones los confessores de la Fe. Cumplíase así la profecía del Mártir del Gólgota, que había dicho: "cuando yo sea elevado en el árbol de la cruz atraeré hacia mí á todo el Universo."

Magdalena

Su vida, que tuvo dos épocas, está magistralmente sintetizada en los lienzos de Batoni y Lingner, como en el sentido poema de Larmig.

Esa hermosa tan joven y gallarda
es cincelado vaso de oro puro,
que sólo flores agostadas guarda,
ruinas que encubre diamantino muro.
Sin escuchar la voz de los deberes
es su idea constante
fingir pasiones, inventar placeres,
y cada sol conoce nuevo amante.

Sirena engañadora,
risueña y tierna ora
se muestra, ora doliente;
ya la máscara adopta seductora
de modestia inocente,
ya el deseo adormido,
cauta despierta con desdén fingido;
ya voluptuosa, lánquida, indolente,
sobre lecho de flores recostada,
suspira del amor dulces pesares,
como la enamorada
esposa del Cantor de los Cantares.

Después es la santa arrepentida que unge con esencia de nardos los pies de Jesús, á él se consagra, le sigue hasta el Calvario y, acompañada de María, lo conduce al sepulcro, de donde habría de levantarse para escalar el cielo y sentarse á la diestra del Dios Padre.

"Esta es mas barata . . .

. . . y tan buena como la de Scott." Tales palabras son una confesión tácita aunque involuntaria de que la Emulsión de Scott es la única que produce los resultados deseados. De todas las emulsiones de aceite de hígado de bacalao, solamente la Emulsión de Scott es perfecta. Cerca de treinta años de experiencia en la exclusiva tarea de prepararla, nos permiten hacer esta afirmación. Recháicense todas las demás que pretendan ser "tan buenas como" ó "más baratas que la de Scott." Hay algunas que dicen ser "análogas á la de Scott" ó hechas "según la fórmula de Scott." Todo eso es erróneo por no calificarlo de otro modo.

La Emulsión de Scott contiene aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de calcio y de soda. Es un excelente tónico, creador de carnes, y purificador de la sangre. Cura las afecciones de la garganta y pulmones, el asma, la escrófula, la anemia, la clorosis y la debilidad general. No tiene rival para los niños raquílicos.

Para impedir que el público sea engañado con las imitaciones y falsificaciones, cada frasco lleva la contraseña del hombre con el bacalao á cuestas adherida al envoltorio. Recháicense las imitaciones y sustitutos, así como también las "preparaciones" y "vinos" llamados de aceite de hígado de bacalao pero que no lo contienen. Recuérdese que sólo hay una verdadera Emulsión de Scott.

De venta en las Droguerías y Farmacias. SCOTT & BOWNE, QUÍMICOS, NUEVA YORK.

La primera caída

Dictada por Pilato la sentencia de muerte, salió Jesús del Palacio con su cruz al hombro, y de la misma suerte los ladrones, porque era circunstancia inexcusable de aquel suplicio, que el delincuente cargase la cruz en qué le habían de fijar. No bien llegó á la plaza, fue extraordinario el regocijo que con gritos y ademanes mostraron los Judíos que habían pedido á voces la muerte del Señor; los cuales se determinaron á ir con él hasta el Calvario para mosarle e injuriarle en el patíbulo hasta que expirase. No fueron solamente del vulgo los que tomaron esta resolución; también se pusieron en camino los Escrivanes y Fariseos, Ancianos y Magistrados del pueblo, magnates, caballeros y vocales del Concilio Sanhedrín, que con más calor habían decretado su muerte.

Ya había caminado Jesús fuera de Jerusalén algún trecho con el Iesu al hombro, dándole prisa los Judíos y Gentiles Ministros de Justicia, cuando le faltaron de todo punto las fuerzas y se arrodilló con la Cruz, sin poder dar paso adelante, porque los muchos que había dado desde el jueves al mediodía hasta entonces, y la sangre que había derramado, así en la Oración del Huerto, como en los azotes y corona de espinas, le tenían exento el vigor y consumido el aliento natural, y estaba más para morir que para trepar la fragosidad del Gólgota.

Este es el momento que rememora Schongauer en su celebrado lienzo.

San Juan

El Apóstol predilecto de Jesucristo nació en Bethsaida Galilea, y el primer oficio que ejerció fue el de pescador. Amado intimamente por el Maestro, lo siguió desde la edad de 25 años y lo acompañó hasta el Monte Calvario, donde le dio el encargo de consolar á María. Asistió al Concilio de Jerusalén el año de 51, recorrió el Asia Menor predicando el Evangelio, vivió largo tiempo en Efeso; y según Tertuliano y San Jerónimo, en tiempo de Domiciano fue conducido á Roma y arrojado en un tonel de aceite hirviendo. Salvado milagrosamente, le desterraron á Patmos. Al principio del reinado de Trajano, murió en Efeso, ya muy entrado en años. En dicha ciudad redactó su Evangelio, en lengua griega. También escribió el Apocalipsis, profecía célebre por su obscuridad misteriosa, y tres Epístolas que figuran en los libros canónicos.

El claustro ó el mundo

Y

El mundo o el claustro

El dilema está artísticamente expresado en los dos cuadros de Hacker y Collins. Este último fue uno de los famosos pintores de género que tuvo Inglaterra hasta mediados del presente siglo. Sobresalió, especialmente, en la reproducción de escenas campesinas y vistas de costas. En sus cuadros se describe una poética melancolía que no excluye, sin embargo, el vigor y la verdad de la ejecución.

Gran Hotel Venezuela

Por la situación que ocupa, por las comodidades que ofrecen sus amplios y lujosos departamentos, y por la correcta manera con qué son atendidos los huéspedes, goza el Gran Hotel Venezuela de merecido crédito dentro y fuera del país. Su actual propietario, antiguo conocedor del negocio, y caballero culto y estimado, contribuye con tales títulos al buen nombre del establecimiento.

La simple vista exterior de éste revela inmediatamente que es un hotel de primera categoría.

Para las afecciones crónicas de los pulmones, sobre todo para los niños débiles y escrofulosos.

Dr. S. del Castillo y Cruz, de la Universidad Central de Madrid,

Certifico: Que desde hace algún tiempo hago uso de la Emulsión de Scott, con éxito satisfactorio en las afecciones crónicas de los pulmones, y sobre todo en los niños débiles y escrofulosos, por lo que no tengo inconveniente en recomendar su empleo, en la seguridad de obtener buen resultado.

S. Pedro de Mocorís, Septiembre, 1894.

DR. S. DEL CASTILLO Y CRUZ.

EXCESO DE CABELO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Envíaremos un frasco de dicha medicina para uso inmediato, por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str. New-York. City

Debilidad — de la — Garganta

Si siente usted como un cosquilleo constante en la garganta? ¿Se pone usted rostro con frecuencia? ¿Se esfuerza siempre en arrojar flemas? ¿Está usted molestado por las tos?

Si es así padece usted de debilidad de la garganta. Y esta afección empeorará de cada día más. Quizá á estas horas ya le ha debilitado á usted.

Si no puede ir pasando con tal estado de la garganta, entonces no hay más que curarla.

El Pectoral de Cereza del DR. AYER

cura la debilidad e inflamación de la garganta, y lo realiza porque es un remedio calmante y curativo de suma eficacia. No es cuestión de botellas y más botellas y grandes dosis. A menudo con un frasco pequeño se realiza la curación completa.

Los mejores efectos de esta medicina se obtienen cuando el hidrato funciona con actividad y el estado del vientre es normal.

Corrijase toda tendencia al estreñimiento, tomando al efecto todas las noches dosis laxantes de las Fildoras del Dr. Ayer. Mucho habrán de contribuir á aliviar la congestión de la garganta.

Póngase en guardia contra las imitaciones baratas. Véase que el nombre de Pectoral de Cereza del Dr. Ayer este vaciado en cada frasco.

Preparado por el
Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., E. U. A.

1 a

PARNASO VENEZOLANO

PRIMER TOMO

A la venta en El Cojo

PRECIO DE REALIZACION

Tarjetas en blanco para Menus

De venta en esta Empresa

BUSTOS Y MEDALLAS

(CON 15 RETRATOS)

Por J. Ignacio Vargas Vila

2 BOLIVARES EL EJEMPLAR



PROPIEDADES DEL AVENA-CACAO FOSFATADA

El Avena-Cacao fabricado por los señores FULLIÉ & CA., marca **La India**, es un producto imitable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos y cada cubo da una taza grande de esta saludable bebida.



MUEBLERIA

MODERNA

DE
S. Martínez Egana & C°

Avenida Sur N. 22

De Sociedad à Camejo

Cama estilo Luis XV

Continuamos la serie de grabados de copias fotográficas de los muebles que se construyen en nuestros talleres.

La elegante cama que se halla al frente de estas líneas, es de estilo Luis XV.

Tenemos toda clase de muebles en existencia; y se construyen además por encargo especial de nuestros clientes, conforme á modelos europeos del más refinado gusto, con excelentes maderas y á precios incuestionablemente económicos.

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: tan calmante y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores e inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
Ministro de la Guerra, E. U. de A.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

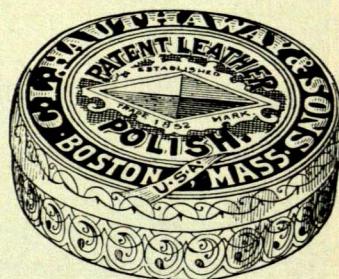
Se Vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

75 POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

1895.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas.

Rev. CHAS. H. PARKHURST,
Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.



El mejor limpiador
para las pieles rojizas

LUSTRE ROJIZO DE HAUTHAWAY

Para usarlo cuando una piel rojiza requiera un verdadero y brillante lustre.

71

TROVADORES

Y TROVAS

POR RUFINO BLANCO FOMBONA

EDICIÓN DE LA EMPRESA "EL COJO"

"Si no todo, mucho de lo mejor de su prosa está en la consagrada á sus *Trovadores* predilectos. Es prosa culta, sabia, musical, sembrada de imágenes digna de trovadores.

Blanco Fombona trabaja su verso como un esteta. Aún más escrupuloso en el verso, no quiere nada común, ni falso, ni ajeno en su obra. Cultivador capaz y afortunado, quiere jardín propio y propias flores."—PROLOGO.—M. Díaz Rodríguez.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

B. 3 EL EJEMPLAR

PLANO E INDICADOR DE CARACAS



OBRA NUEVA

Editada en **EL COJO**

B. 2 EL EJEMPLAR

TABLAS DE MONEDAS

De venta en esta Empresa.

**EL GRAN CURATIVO y EL ÚNICO JABON SANITARIO, es,
El Jabon Hamamelis-Sulfuroso del Doctor Rosa.**

(Hecho por el Famoso Químico Frances, Dr. Rosa en su Laboratorio Americano.)

CONTIENE 33½% del tan exelente PURIFICADOR de la PIEL, AZUFRE, 10% del mejor CURATIVO de la PIEL, ACEITE HAMAMELIS, el contenido restante es PURO ACEITE VEGETAL.

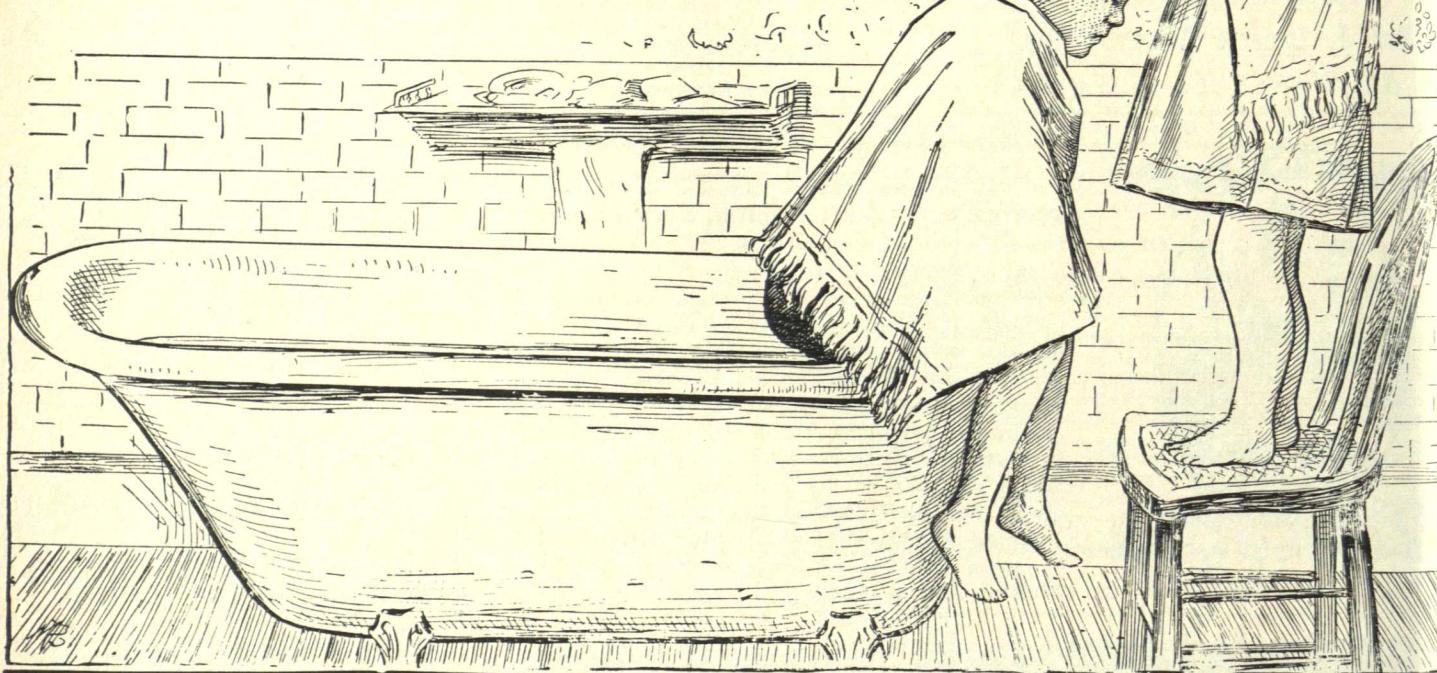
AVISO: Este precioso jabón no tiene GRASA COMUN y se usa para el Baño, Cara y las Manos.

Hace felices á los Niños, pues no tendrán granos ni erupciones. Hermosea la Mujer pues le da una COMPLEXION BLANCA y BELLA. Los Hombres se sienten tan bien y tan alegres después de usarlo en el Baño.

Fijense en que cada etiqueta diga Dr. Rosa Co., Montclair, N. J., y que este impresa con tinta dorada, roja y verde, teniendo en cada una el mismo retrato que á la izquierda de esta ponemos.

ESCENA I.

Ella. Hermanito si tu me dejas lavarte el cabello todos los días con este puro Jabón, nunca estarás calvo como Papá.

**FAC. SIMILE DE LA
PASTILLA DE JABON —****EN COLORES, DORADO, ROJO Y VERDE.****ESCENA II.**

El. ¡¡ Me algero que me echaras al baño !! Cuando en él se usa el Jabón Hamamelis Sulfuroso del Dr. Rosa, la piél se vuelve la mas pura, fresca y saludable. Mamá siempre lo usa y ¿No ves que cutis tan bonito y que complecion mas hermosa tiene?

